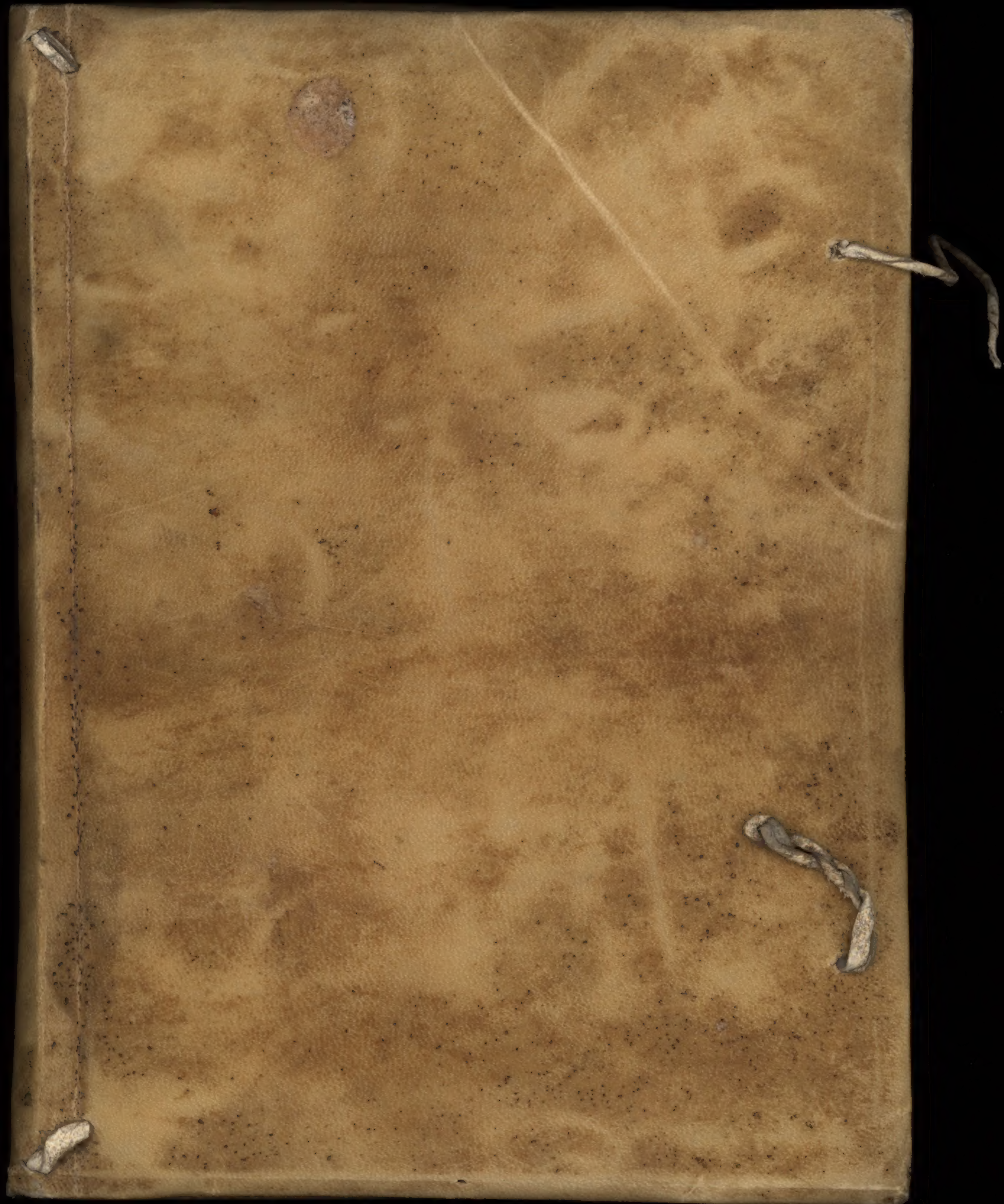


VIDA

DE LA GLORIOSISIMA MADRE DE LA MADRE DE DIOS, Y ABUELA DE JESUCHRISTO SEÑORA SANTA ANA.

DADA Á LUZ

Á expensas de un humilde cordialísimo Devoto suyo.

ESCRITA

POR EL R. P. Fr. JOSEPH FRANCISCO VALDES, Hijo de la Santa Provincia de San Diego de México, Lector Jubilado, Custodio que fue en dicha Provincia, y su Visitador, y Calificador del Santo Oficio de la Inquisicion en este Reyno.



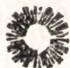
EN MÉXICO:
Por los Herederos de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1794.

VIDA
DE LA GLORIOSÍSIMA
MADRE
DE LA MADRE DE DIOS,
Y ABUELA DE JESUCHRISTO
SEÑORA SANTA ANA.

DADA Á LUZ
Á expensas de un humilde cordialísimo
Devoto suyo.

ESCRITA

POR EL R. P. Fr. JOSEPH FRANCISCO VALDES, hijo de la Santa Provincia de San Diego de México, Lector Jubilado, Custodio que fue en dicha Provincia, y su Visitador, y Calificador del Santo Oficio de la Inquisicion en este Reyno.



EN MÉXICO:
Por los Herederos de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros,
calle del Espíritu Santo, año de 1794.



DEDICATORIA

A LA SOBERANA EMPERATRIZ DEL EMPIREO; A LA REYNA DE LOS ANGELES Y HOMBRES; A LA SEÑORA DEL UNIVERSO; A LA MADRE VERDADERA DEL DIOS HOMBRE,

MARIA SANTISIMA.

SEÑORA.

ASI como sería culpable omision permitir que se diese á las prensas esta obra sin ponerla baxo la proteccion de algun Mecenas, así tambien sería sacrílego robo buscarlo en otra parte que en vuestra sagrada Persona, siendo por esto el dedicarlo, no tanto obsequio gracioso de la voluntad, quanto sacrificio debido á vuestras aras.

Lo que en este libro se contiene es la Vida de vuestra Santísima Madre, y no puede ménos que seros muy agradable obsequio el que os franquea ocasion de explicar vuestra gratitud hácia esta felicísima Matrona. Quando Vos salisteis á la luz del mundo á disfrutar la vida que habiais recibido de la mano de vuestro Criador, Ana fué la destinada para comunicaros este beneficio; ahora que sale á luz la Vida de Ana, espero os deis por bien servida de ser elegida por Patrona y Protectora de la obra.

Si ha sido osadía, yo os pido me disculpeis, pues quien se publica Esclavo vuestro nada tiene, nada hace que no deba ponerlo con su Persona á vuestras sagradas plantas.

Fr. Joseph Francisco Valdés.

PROLOGO.

L libro que tienes en la mano no es otra cosa que un Compendio de lo mucho que de la gloriosísima Señora Santa Ana han escrito los Santos Padres y los Historiadores Eclesiásticos. En vano se armará tu crítica de todos los rigores de su austeridad para hacer sangrientas acusaciones contra la obra y su Autor. Estoy allanado á confesarlas todas; porque no soy tan necio que me prometa haber encontrado yo con el acierto en un tiempo en que revestidos los Aristarcos, quantos saben leer se hacen ojos para descubrir defectos aun en las mas hermosas producciones de los Sabios. Confieso desde

luego que habré errado mucho, pero de todos estos errores son responsables los Autores de quienes he trasuntado todo quanto aquí digo, no habiéndome adelantado á decir cosa que no haya dicho ántes algun Escritor acreditado de verídico. Es verdad que quanto se escriba de nuestra Santa gloriosísima no puede tener otro apoyo que el de consideraciones piadosas, de conjeturas racionales y de revelaciones bien recibidas, las quales no son acreedoras mas que á una fe puramente humana y prudente; pero esto en nada perjudica á la veracidad de la Historia; porque aunque solas las verdades reveladas en las divinas Escrituras sean objeto de la fe divina, sería temeridad insufrible negar el asenso á las asevera-

ciones en que conspiran unánimes los Escritores Eclesiásticos y los Santos Padres. Puede ser que se culpe no haber seguido el dictámen de algunos Críticos modernos, así en quanto á los Padres de Señora Santa Ana, como en quanto á su edad, y á otras circunstancias de poca consideracion para la substancia y esencia de la Historia; pero satisfago á ello diciendo: que mi obligacion no ha sido otra que obedecer el precepto por muchos títulos respetable para mi, que me puso la pluma en la mano, persuadido á que no siendo otro el designio que el de propagar la devocion á la Santísima Señora Santa, y extender el conocimiento de sus excelencias, de sus virtudes, de su dignidad y de su incomparable dicha de

haber sido elegida para Madre de la Madre de Dios, nada podia desmerecer la grandeza de tanto asunto por la rusticidad é ignorancia de la pluma que la escribia. En conseqüencia de esto, á mi me basta haber obedecido, esperando que el amor y devocion que á título de Christiano profesas á mi Santísima Señora Santa Ana, te moverá á perdonar mis notorios defectos, y á pedir me alcanze de su Nieto divinísimo el perdon de mis gravísimos y muchísimos pecados, y la felicidad de alabar á Dios por una eternidad.

PARECER DEL SR. LIC. Y MRÔ. D. JUAN ANTONIO BRUNO, *Canónigo Lectoral de esta Santa Metropolitana Iglesia.*

EXMO. SEÑOR.

LA Vida de la Madre de María Santísima nuestra Señora la gloriosa Santa Ana, que pretende imprimir el Suplicante, y parece escrita por el R. P. Fr. Joseph Francisco Valdés, Lector Jubilado en su Provincia de San Diego de México, me parece se halla escrita en el mas útil y proporcionado estilo para que los Fieles se aprovechen y exciten á la mas tierna y fervorosa devocion á tan respetable y apreciable Santa; y que no contiene palabra ni proposicion alguna opuesta á nuestra Santa Fe, buenas costumbres y Regalias de nuestro Católico Monarca: así lo siento (*salvo meliori.*) México Octubre 8 de 1793.

Exmô. Señor.

Lic. y Mrô. Juan Antonio Bruno.

PARECER DEL R. P. D. MANUEL BOLEA, Prepósito de la Congregacion del Oratorio de S. Felipe Neri de esta Ciudad de México.

SEÑOR PROVISOR.

CON igual atencion que complacencia he leido la Vida de la gloriosísima Señora Santa Ana, que por el superior Decreto precedente se ha servido V. S. pasar á mi censura. Ella está escrita por el R. P. Fr. Joseph Francisco Valdés, Lector Jubilado, Visitador y Custodio que ha sido de su Provincia de San Diego de México, y Calificador propietario del Santo Oficio de la Inquisicion de estos Reynos, Autor que se ha merecido la estimacion de los Sabios que le han oido en los Púlpitos, que han leido sus obras y han sido Censores para la impresion de sus escritos, cuyos honores se ha grangeado justamente, pues jamas pone la pluma que no sea con el mayor acierto, dando todo el lleno á sus producciones, aun de aquellas que siendo grandes por su objeto, son pequeñas por su volúmen. En efecto, la hermosura y claridad del estilo, la pureza de sus expresiones, la buena eleccion y crítica de las noticias de que se usa en este piadoso escrito, y el no contener cosa alguna contraria al dogma, buenas costumbres y Regalias de S. M. lo hace digno de la luz pública, previa la licencia de V. S. que puede conceder si lo tuviese á bien. Real Congregacion del Oratorio de México 5 de Septiembre de 1793.

Manuel Bolea.

PARECER DEL R. P. LECTOR FR. *NICOLAS* JOSEPH ARSDEQUIN, *Guardian del Convento de San Diego de México.*

N. C. H. Ministro Provincial.

LA Vida de la Santa Abuela de Dios que N. H. Fr. Joseph Francisco Valdés solicita dar á las prensas la considero utilísima, capaz de fomentar piadosos sentimientos, erudita, propia del ingenio insigne de su Autor, y que nada contiene contra nuestra Santa Fe, buenas costumbres ni Regalías de S. M. (que Dios guarde). Este es mi parecer, *salvo meliori.* Convento de San Diego de México y Octubre 19 de 1793.

N. C. H. Ministro Provincial.

Rendido Subdito de V. C. que le venera.

Fr. Nicolás Joseph Arsdequin.

LICENCIA DEL SUPERIOR GOBIERNO.

EL Exmô. Sr. D. Juan Vicente de Guemes Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, Conde de Revilla Gigedo, Virrey, Gobernador y Capitan general de Nueva España &c. visto el Parecer que precede del Sr. Lic. y Mrô. Don Juan Antonio Bruno concedió su licencia para la impresion de este quaderno por su Decreto de 9 de Octubre de 1793.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

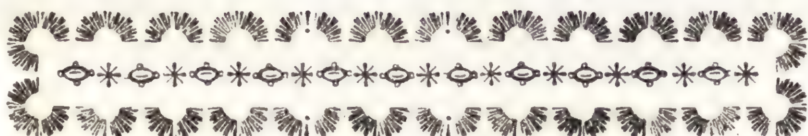
EL Sr. Lic. D. Juan Cienfuegos Juez Provisor y Vicario general de este Arzobispado &c. por su Decreto de 6 de Septiembre de 1793. concedió su licencia para la impresion de este Libro.

LICENCIA DE LA ÓRDEN.

FRay Luis Garcia Barrios, de la mas estrecha Observancia de N. S. P. S. Francisco, Predicador, ex-Definidor y Ministro Provincial de esta de San Diego de México: á nuestro Hermano Fray Joseph Francisco Valdés, salud y paz en nuestro Señor Jesuchristo.=Por quanto la Vida de la Señora Santa Ana que pretende V. C. dar á las prensas ha sido reconocida de nuestro órden por el Hermano Lector Fray Nicolás Arsdequin Guardian del Convento de S. Diego, quien nos certifica no contener cosa que se oponga á nuestra Santa Fe, buenas costumbres ni Regalias de S. Mag. por tanto concedo á V. C. mi bendicion y licencia para que la imprima.=Dada en este nuestro Convento de nuestra Señora de Guadalupe de la Ciudad de Valladolid en 29 de Octubre de 1793 años, firmada de mi mano y refrendada de mi Secretario.=Fr. Luis Barrios, Ministro Provincial.=Ante mi Fr. Ignacio Muñoz, Secretario.



S. S ANNA Madre de la Madre de Dios Ruega por mi pecador.



CAPÍTULO PRIMERO.

Patria y Padres de la Señora Santa Ana.

COMO el objeto principal que se propuso la Sabiduría infinita en la creacion del mundo fué el Verbo Divino hecho hombre, mientras mas se acercaba el tiempo determinado y provisto para su divina encarnacion, mayor cuidado ponia la Providencia del Señor en que las generaciones que habian de ser el camino regular por donde entrase al mundo estuviesen adornadas de prendas superiores y sobresalientes á las demas. Por eso habiendo llegado el tiempo de que la tierra se honrase con la que habia de ser Madre de la Madre de Dios, previno en la Tribu de Judá y Real Familia de David un matrimonio santo, para que el fruto que á su tiempo produxese fuese lleno de bendiciones de dulzura, y lograse la felicidad de tocar inmediatamente

y de cerca á la Criatura en cuyo seno habia de tomar carne el Unigénito del Padre. Entre las nobilísimas Doncellas que honraban la Ciudad de Nazaret, ocupaba un lugar muy distinguido Emerenciana; porque dotada de todas aquellas prendas con que la naturaleza sabe engalanar á las que destina para digno empleo de amantes pretensiones, habia concurrido la gracia á santificar aquellas prendas, y darles el agradable esmalte de la honestidad y del recato. La nobleza de su estirpe, la riqueza de sus Padres y la hermosura de su rostro, mancomunadas con la conducta regular y modesta de la niña, la hacian justo blanco de las pretensiones de los Jóvenes mas ilustres de su Tribu; pero como sobre las demas virtudes que se hospedaban en su pecho resplandecia el amor á la pureza y castidad, eran vanas las esperanzas que ellos se prometian de llegar á la posesion. No parece sino que ya el Señor quando inspiraba á Emerenciana pensamientos tan castos, iba echando las primeras lineas ó dibuxando aquel hermoso lienzo en que despues se habia de ver á la nieta sagra-

da de Emerenciana pronta á renunciar el alto honor de Madre de Dios, si no fuese sin el mas leve perjuicio de la virginidad. En efecto, Emerenciana habia propuesto resueltamente en su corazon hacer á Dios el sacrificio de su pureza virginal; y aunque no lo habia hecho mediante algun voto ó promesa, lo habia hecho con una resolucion tan firme, que nada habia en el mundo capaz de podérsela debilitar. Y aun mirándose en aquel tiempo la esterilidad como una maldicion que el Cielo descargaba sobre las cabezas de aquellas que no eran dignas de ser Madres del Mesias, era su humildad tan profunda que jamas le pasó por la imaginacion que pudiese recaer en su persona tan soberana dignidad, ántes sí se juzgaba acreedora á aquella funesta maldicion. No por esto se entiviaba en sus ansias de la venida del Mesias prometido; porque aunque ella se contemplaba muy distante de poderla merecer, su ardiente caridad y zelo de la gloria del Altísimo le avivaban sus fervores y la obligaban á pedir incesantemente á Dios acercase los plazos señalados para la redencion de

Israel, y abriese los Cielos para que lloviesen las nubes y enviasen á la tierra el Justo. Esta era la mas continua ocupacion de Emerenciana: en esto empleaba los dias y las noches, y este era el objeto de sus oraciones, quando un lance impensado le turbó toda su serenidad. Atentos los Padres de Emerenciana á darle el correspondiente estado á su hidalguía, y á que su edad se consideraba madura y sazonada, pensaron en casarla, y para esto corrieron en su imaginacion por todas las familias de su Tribu para buscar en ellas un Jóven honrado, virtuoso y adornado de todas las prendas y calidades que les pudiese suavizar la amarga pero indispensable necesidad de privarse de su hija para dársela por esposa. Halláronlo á medida de su deseo en Estolano Jóven de edad madura, de ilustre sangre, como descendiente de la familia Sacerdotal de Aaron, de hermosa varonil presencia, de conducta irreprehensible y de opinion asentada en su Pueblo. Propusieron su pensamiento á Emerenciana, haciéndole primero la salva de ser así preciso para dexarla asegurada quando la divina Pro-

videncia los sacase de este mundo y los llevase á descansar en el seno de Abrahan: que habiéndolos dotado Dios de riquezas considerables, era fuerza buscar un hombre que mereciese heredarlas, y las supiese conservar para la subsistencia de la casa, para la manutencion de la familia, y para poder socorrer con el sobrante á las necesidades de los pobres: que la promesa que el Señor habia hecho á sus Padres y Patriarcas, de que el Mesias habia de nacer de una de las descendientes del Santo Rey David, los ponia en la obligacion de procurarse esta dicha, no siendo imposible que tamaña felicidad recayese en una hija suya. Que no habiendo cosa que la impidiese tomar el estado del matrimonio, ellos estaban ya resueltos á dárselo, y esperaban de su virtud que aprobase su resolucion y condescendiese á sus deseos. Que el esposo que le preparaban era igual á ella en la sangre, en la educacion y en las demas calidades que pueden hacer feliz el matrimonio, y que por tanto solo aguardaban su consentimiento para dar las providencias necesarias para la execucion. Sorpren-

dióse Emerenciana con tan impensada proposicion, y saliendo á teñirle el rostro el virginal pudor y la verguenza que se habia apoderado ya del corazon, quedó suspensa un rato sin poder articular palabra, hasta que desembarazada un poco de aquella primera turbacion que le causó la palabra matrimonio, respondió, puestos los ojos en el suelo: que bien conocia la obligacion en que la naturaleza la puso de obedecer á los que le dieron el sér; pero que tenia entendido de su piedad y virtud que jamas la querrian violentar su voluntad, ni obligarla á que tomase un estado á que siempre habia concebido una genial aversion, por lo qual desde muy niña habia hecho propósito de conservarse vírgen, sin tener otro objeto que le moviese á este propósito que el del amor á esta virtud.

Qual sería la extrañeza que causó á sus Padres semejante respuesta, ya se dexa entender; porque ciertamente aquel idioma era desconocido hasta entónces en el Reyno de Israel, donde anhelando cada una de las mugeres á ponerse en situacion de poder lograr la

dicha de ser ascendiente del Mesias prometido, ninguna habia que pensase en esta resolucion: por otro lado contemplaban que pensamiento tan noble no podia ménos que nacer de una hidalga virtud, ni pudiera sobreponerse á las inclinaciones de la carne y de la sangre, si no lo hubiese fortalecido alguna sobrenatural virtud que viniese de lo alto. Por eso remitiéndose todos, como justos, á las disposiciones del Cielo, quedaron de acuerdo en que para la decision de este negocio era preciso recurrir al Padre de las lumbres, sin cuyas luces no puede encontrarse el acierto en las resoluciones. Efectivamente, los Padres por su parte y Emerenciana por la suya se dedicaron á suplicarle instantemente á Dios se dignase ilustrarlos, para que la resolucion que se tomase sobre el punto fuese gobernada y dirigida por su sabiduria infinita. Emerenciana, no satisfecha con esto, recurrió á las oraciones de otras personas justas, esperando que la multiplicacion de los intercesores sería medio mas seguro para mover la misericordia del Señor. Encomendó pues el negocio á ciertos

Varones, que retirados del bullicio de la Ciudad, y encerrados en las grutas del Monte Carmelo, vivian solo empleados en la contemplacion de las cosas celestiales. No era esta la vez primera que comunicaba con aquellos Varones; ya hacia algun tiempo que llevada del buen olor de la fama de su virtud y santidad, los habia visitado y consultado puntos dudosos de las sagradas Escrituras y de las profecias sobre la venida del Mesias. El consuelo que en su comunicacion habia encontrado, y las medras que su espíritu habia experimentado, la dieron esperanzas de que sus consejos vendrian marcados con el divino beneplácito, y que en su execucion estaria vinculado el acierto. Por esto luego que aquellos Varones le declararon de acuerdo todos y unánimes que la voluntad de Dios era que tomase el estado del matrimonio, cuyo fruto, segun se les habia manifestado en la oracion, sería una ilustre propagacion, se resolvió á condescender con el deseo de sus Padres, persuadida á que le era mas agradable al Señor que obedeciese ella á sus Padres y tomase el

esposo que le tenían destinado, que no el conservarse por su voluntad en el propósito de guardar su virginidad. Hízolos sabidores de su última resolucion, y habiéndose dado todos los pasos correspondientes, y tomádose las providencias necesarias, se efectuó el desposorio de Emerenciana con Estolano con universal aplauso y regocijo de los Parientes, Deudos y Vecinos.

Dios, que estaba ya empeñado en fecundar este matrimonio, desempeñó su promesa haciendo salir á la luz del mundo la Primogénita de Estolano, á quien pusieron por nombre Ismeria, y quien despues que llegó á edad proporcionada casó con Aprano, de cuyo matrimonio nació Isabel esposa de Zacarias Madre del Bautista Juan, y Tia juntamente y Prima hermana de la Madre del Salvador del mundo Jesus. Celebró Emerenciana como era justo el feliz suceso de su parto, y no se olvidó de rendir á Dios las gracias, reconociéndolo como Autor de aquel beneficio, y procurando hacerse por medio del reconocimiento y de la gratitud acreedora á otros iguales.

Pero no habia llegado el tiempo de que Dios se diese por entendido á sus clamores y deseos. Pásose mucho tiempo despues del primer parto sin dar Emerenciana señas de su fecundidad; y quanto mas tardaba en lograr esta satisfaccion, tanto mas vivamente instaba á Dios se la concediese, y tanto mas digna se hacia con sus humildes súplicas de que el Señor usase de sus misericordias y la visitase, como efectivamente la visitó, haciendo que concibiese el segundo fruto de su vientre. Era esta una dádiva muy grande y apreciable, y quiso Dios que se la grangeasen las súplicas y ruegos, para que como hija de oraciones, la estimasen mas sus Padres, y la mirasen con particular cuidado y atencion.

CAPÍTULO. SEGUNDO.

De opinion de algunos Santos Padres se establece el privilegio de haber sido santificada Ana en el vientre de su Madre.

A Mas de lo dicho, habia otra circunstancia que hacia mas recomendable aquel

beneficio. La preñez de Emerenciana habia ocasionado en ella tan extraordinarios efectos, que fácilmente se dexaba conocer en ellos que lo que encerraba en su vientre era una Criatura que le mereciese á Dios muy particulares cuidados. Léjos de experimentar aquel molesto embarazo, y aquellos síntomas enfadosos que padecen las demas mugeres quando se hallan abrumadas de este peso, Emerenciana no reconocia sino una agilidad gustosa y desembarazada, que le infundia en el fondo del corazon un regocijo, tan fácil de conocerse como dificil de explicarse. El consuelo de verse favorecida segunda vez del Señor con la fecundidad de su vientre, era sin duda bastante para derramar en su corazon sentimientos de regocijo y alegria; pero eran de esfera muy superior los que sentia ahora, y no eran comparables con los que habia experimentado la vez primera que la visitó el Señor concediéndole el fruto de bendicion. Esto fue lo que movió á muchos Padres y Doctores de la Iglesia á presumir que Señora Santa Ana habia logrado el alto privilegio de ser santificada en

el vientre de su Madre, y que aquellos extraordinarios sentimientos de gozo y regocijo que experimentaba Emerenciana en su preñado, eran uno como efecto del celestial júbilo que anegaba el tiernecito corazon de la Niña Ana, al verse desatada de las prisiones de la culpa original, aun estando en la obscura cárcel del vientre materno. Y á la verdad, que aunque en los libros sagrados no se encuentra apoyo sólido sobre que establecer este dictámen, ni los Santos Padres se adelantan á definirlo en atencion á que la Iglesia no lo ha definido; sin embargo, son tantas y de tanto peso las razones que lo persuaden, que no será temeridad dar por sentado tamaño privilegio. Con solo reflexar en que la Persona de quien se habla es la Madre de la Madre de Dios, Abuela inmediata de Jesuchristo, y la que habia de llevar en su seno á la misma que habia de darle carne en su virginal vientre al Unigénito del Padre Eterno: con solo reflexar esto se hace fácil y aun necesaria la creencia de aquel privilegio. Se le concede al sagrado Precursor San Juan Bautista (aun es-

tando enclaustrado en el vientre de Isabel) verse libre de las prisiones de la culpa original por solo el título de ser Precursor del Mesias prometido, ¿y no se le habia de conceder á la que no tanto venia á prevenir los caminos por donde habia de baxar al mundo el Hijo de Dios Padre, quanto á influir efectivamente en la venida de ese mismo Señor? El Bautista goza de este privilegio de la santificacion ántes de nacer, por solo el mérito de ser él quien entre los demas Profetas anuncie mas de cerca la encarnacion del divino Verbo; ¿y se le habia de regatear á aquella que tan de cerca y tan inmediatamente cooperó como Abuela en la misma encarnacion?

Se considera Jeremias digno de este privilegio por solo el título de ser una anticipada imágen, ó un dibuxo de Jesuchristo perseguido, maltratado y muerto por sus mismos Compatriotas; ¿y no ha de reputarse digna de él la que no solo en representacion, sino con toda realidad, habia de traer en su vientre á la viva imágen y semejanza natural del Hijo de Dios vivo, qual fué su Madre Santísima

María? Ántes si se atiende á la razon que inculcan continuamente los Santos Padres quando tratan de las prerrogativas concedidas á la sagrada Reyna de los Ángeles, se hallará que la misma, aunque con la debida proporcion, se debe aplicar á nuestra gloriosísima Señora Santa Ana. Asientan pues como principio inconcuso, y como regla infalible para medir las excelencias y prerrogativas de la Madre de Dios, que todos aquellos privilegios, todas aquellas gracias y mercedes que se hallan concedidas por la infinita bondad de Dios á alguno de sus Santos, las mismas sin reserva de alguna se deben creer concedidas á María Santísima. De manera, que basta saber que este ó aquel privilegio, esta ó aquella prerrogativa se dignó conceder el Todo-Poderoso á algun Santo y Siervo suyo, para concluir indubitablemente, que lo mismo se le concedió á la sagrada Reyna de los Ángeles, con tal que no desdiga á su augusta Persona, ni al decoro de su suprema dignidad; ni se encuentre por otra parte contradiccion ú oposicion á las sagradas Escrituras. Máxîma inconcusa y soli-

dísimo principio, deducido nada ménos que de aquel estrecho vínculo y enlace que une á María con Jesus; no pudiendo persuadirse el entendimiento humano á que la infinita liberalidad y bizarria de Dios negase á su Santísima Madre lo que no rehusó conceder á sus Siervos; y que la que estaba en un grado casi divino, por el vínculo de sangre tan estrecho que la une con su hijo Dios, careciese de una prerrogativa que se verá brillar en otra criatura muy inferior á ella en la dignidad.

Argumento que aplicado con la debida proporcion á la gloriosísima Señora Santa Ana, prueba evidentemente el privilegio que vamos estableciendo de la santificacion en el vientre de su Madre Emerenciana; pues ni la piedad del Nieto divinísimo, ni el decoro debido á María Santísima, podian permitir se le negase á la Abuela tan inmediata Ana, lo que á otros se les habia concedido; no siendo esto mas que la extension de un favor que con menores títulos habian disfrutado otros. Á mas de que estando no ménos unida Ana á María que lo estaba María á Jesus, así como piden

la justicia y equidad divina que todos los favores concedidos á otros Santo , distantes y como extraños del Hijo de Dios por la humana generacion, se crean concedidos á María por el estrecho vínculo de sangre que la une con el hombre Dios Autor de estos beneficios, así tambien se juzgan concedidos á Ana por la inmediacion y estrecho vínculo de sangre que la une con la Madre verdadera y natural del mismo Dios.

Debemos confesar llanamente que no hay en las sagradas Escrituras apoyo alguno sólido sobre que establecer este dictámen; pero tambien debemos confesar que este silencio de la sagrada Escritura, de ninguna manera embaraza á nuestra creencia sobre este punto; ¿porque quien obligó ó pudo obligar al Espíritu Santo á revelar todas quantas obras executó la diestra del Señor en todo tiempo? ¿Porqué ley se podia precisar el Espíritu del Señor á declarar á los mortales todos aquellos profundísimos misterios, que no siendo necesaria su revelacion para instruir ó informar á la Iglesia sobre algun artículo esencial de la

Fe y de la Religion, solo podia servir para fomentar la devocion, ó para exercitar el discurso de los Sabios y Doctores? Así lo reconocieron aquellos Santos Padres, á quienes no les sirvió de embarazo el profundo silencio de la sagrada Escritura, para dar por asentado el goce de semejante privilegio en otros muchos Santos. El Señor San Ambrosio expresamente afirma, que el Patriarca Jacob fue santificado en el vientre de su Madre, y esto no por otro título, ni por otro respeto, sino por el de ser Progenitor de Jesuchristo. El antiguo y venerable Padre San Efren Siro afirma y asienta, sin recelo de errar en su juicio, que el Santísimo Caudillo del Pueblo Hebreo Moysés logró ser santificado y libre del pecado original desde el vientre de su Madre. ¿Y quien podrá contar el número portentoso de Autores clásicos que defienden y promueven esforzadamente el mismo privilegio concedido al Santísimo y dichosísimo Esposo de María Señora nuestra el Señor San Joseph? ¿Ignoran por ventura estos Sabios el silencio de la sagrada Escritura sobre este punto? ¿Se podrán acusar

de temerarios por haberse adelantado á proponer á la creencia piadosa de los Fieles un artículo aun no declarado por la Iglesia? Claro está que no; porque quando así lo proponen, saben que no contravienen á las reglas infalibles de la Fe divina, quien pidiendo para sí el justo obsequio de cautivar el entendimiento y rendirlo á la voz de la revelacion divina, permite que la fe humana dé asenso á aquellos puntos que ni se oponen á sus dogmas, ni traen consigo algun reato de perjudiciales conseqüencias.

Razon porque algunos de los mismos Santos Padres y Escritores han juzgado haberse concedido el mismo privilegio á otros Santos de quienes sin arrojarnos temerariamente á tomar en nuestras manos el peso del Santuario, y dexando á la Justicia divina la graduacion del mérito y santidad de ellos, podemos afirmar ser de órden muy inferior á los que hemos insinuado hasta ahora. Tales son la bienaventurada Stela, de quien afirma el Máxîmo Doctor de la Iglesia S. Gerónimo haber salido del vientre de su Madre adornada con la

joya preciosísima de la santificacion: la misma felicidad asegura San Antonino de Florencia haber desfrutado Señor San Nicolás Obispo y el gloriosísimo Patriarca Santo Domingo de Guzman.

¿Y podrá censurarse de exôrbitante respecto de nuestra Ama y Señora la Señora Santa Ana, un privilegio que no dudan los verdaderos Sabios conceder á muchos otros Santos inferiores á ella en la dignidad? ¿Es posible que la bizarria y generosidad de un Dios infinitamente bueno, infinitamente noble, infinitamente justo, no habia de hacer alguna demostracion particular de su benevolencia hácia una ilustrísima Matrona con quien iba á contraer un parentesco tan inmediato como el de Nieto suyo? ¿Miraria á su Santísima Abuela con los ojos mismos con que mira á las demas criaturas con quienes no tiene otro título que el de su Criador, su Redentor &c.? ¿No procuraria darse priesa á sacar del cautiverio del Demonio y librar de esta infame esclavitud á la que iba á salir al mundo como lucero hermoso que anunciaba tan de cerca el nacimien-

to de la Aurora alegre en cuyos brazos habia de nacer el Sol divino Jesuchristo? Arrime pues la crítica escrupulosa su vara censoria, y desnudándose de las torpes preocupaciones en que la ha puesto el deseo de acomodarse al Scepticismo del siglo presente, confiese que la Abuela de Jesuchristo Señor nuestro fue santificada en el vientre de su Madre, y que no salió á desfrutar las luces de este mundo sino despues de haberse disipado en su alma las tinieblas de la culpa original con las bellísimas luces de la gracia.

CAPÍTULO TERCERO.

Nace la Niña Ana, y prodigios que acaecieron en su nacimiento.

NACIÓ pues Ana por los años de tres mil novecientos y sesenta de la creacion del mundo, setenta y siete ántes de que tomase carne humana el Salvador del mundo en el vientre purísimo de Maria. El lugar de su nacimiento fue Belen, poblacion pequeña de la Tribu de Judá distante dos leguas de Je-

rusalen: el dia en que salió á la luz del mundo fue Martes, desmintiéndose con tan feliz horóscopo los funestos agüeros con que la ignorancia infama y desacredita este dia. Estuvieron de mas la hermosura de la niña y su graciosa afabilidad para empeñar á Emerenciana á que la criase á sus pechos, dándose por entendida de la obligacion en que la naturaleza pone á las Madres quando las provee los pechos del alimeneo necesario para sustentar al hijo que les formó en sus entrañas. Se resolvió á satisfacerla puntualmente, y juzgó, con razon, ser una villana grosería dexar desairada y burlada aquella amorosa y tierna providencia con que la naturaleza le previene á la criatura en los pechos de la Madre el precioso licor que ha de gustar luego que desocupe el seno de su formacion. Estaba Emerenciana muy zanjada en la virtud para aumentar el número de aquellas infames Madres, que despues que hicieron gala de su fecundidad en el preñado, se averguenzan de parecerlo presentándose á los ojos del mundo con el fruto de su fecundidad entre los brazos. Esta-

ba Emerenciana muy engreida con la niña, para imitar á aquellas Madres crueles é inhumanas, que consultando mas á su comodidad que á su amor y á su conciencia, descargan en una muger asalariada el peso de una obligacion que consideran de embarazo para sus diversiones y paseos. Á trueque de quedar desembarazadas de este peso, no dudan pasar por la fatal conseqüencia, de que junto con la leche, mame tambien la criatura las malas inclinaciones y groseras calidades de una muger ordinaria. Léjos de esto Emerenciana, así como se mostró agradecida al Todo-poderoso por haberla sacado con felicidad de los peligros del Parto, y por haberla hecho Madre de una niña tan hermosa y apacible, se mostró tambien obediente á sus órdenes intimados por medio de la naturaleza criando á sus pechos á la niña.

Pasados los ocho dias se dió paso á ponerle nombre baxo aquellas ceremonias y ritos religiosos, que eran, respecto de los hombres, un equivalente de la circuncision que se executaba con los varones. Púsosele el nombre de Ana, y claro está que esta imposicion

no fue efecto del capricho, ni de algun respeto humano, ó de antojo de sus Padres; fue disposicion divina: porque siendo estilo muy usado de la divina Providencia dar á aquellos Sugetos que destina para algun alto designio de su sabiduría, nombres que lo signifiquen, ó lo anuncien y pronostiquen: á una niña que estaba destinada para ser tierra de bendicion en que naciese la Vara de Jesé, cuya flor habia de ser el Hombre-Dios, ¿qué otro nombre se le debia dar sino el de Ana, que significa, ó es nombre de bendicion? Y aun discurriendo con muchos Santos Padres por todas las interpretaciones y significaciones que admite este nombre, se ve la particular providencia con que Dios determinó que se le impusiese. Porque ora signifique gracia, como dice San Epifanio, ó signifique dádiva, ó don y donacion, como dice el Abad Tritemio, ó quiera decir misericordia, ó la que descansa, como dice el mismo venerable Abad: todo se vió verificado en esta niña, puesto que, como dice San Bernardo, nacia para ser Madre de la que es por antonomasia llena de gracia: na-

cia para Abuela del que habia de venir á obligar al Padre Eterno á que abriese el seno de su misericordia; y nacia finalmente para que en el fruto de su vientre descansasen las esperanzas y deseos del Linage humano que hacia tantos siglos suspiraba por su Redentor.

Algunos Autores aseguran, que indecisos los Padres de Ana y altercando sobre el nombre que se le debia imponer á la niña, vieron las Criadas al tiempo de abrigarla con las mantillas y faxos, que en el cándido y tierno papel de su pecho tenia gravado con letras de oro el nombre Ana, y esto repetido por tres veces. Prodigio que les serenó la contienda y les hizo ver que á Ana, no ménos que á Juan Bautista, y aun al mismo Salvador del mundo, les habia dado Dios el nombre ántes de que los hombres se lo diesen. Añaden los mismos Autores, que para confirmar el Señor este prodigio, ó para hacerlo mas célebre y plausible, obró otro de mayor admiracion. El caso fue, que divulgada por todo el Pueblo la maravilla de haber sacado la niña impreso en el pecho el nombre de Ana, acudia á la casa

multitud de gentes á ser testigos oculares de tanta maravilla, pronosticando, como sucedió con el Bautista, que desde luego tenia Dios destinada aquella criatura para grandes designios, pues tan visiblemente la habia señalado con el dedo de un prodigio tan extraño. Entre los muchos que se movieron al ruido de este prodigio, uno fue un Ciego de nacimiento, quien aunque impedido por su desgracia de lograr la felicidad de ver y registrar por sus ojos semejante maravilla, deseaba á lo ménos el consuelo de oir hablar de cerca á los que estaban mirando, para que de este modo substituyesen los oidos al oficio de los ojos. Logró que lo llevasen á la casa de la niña, y para satisfacer su deseo del mejor modo que pudiese, pidió á la Madre le permitiese poner siquiera la mano en el pecho de la niña, que era donde estaba escrito con caracteres de oro el nombre, para que el tacto concediese al corazon el consuelo que le negaba la vista. Permitiólo la Madre compadecida del trabajo del hombre, y movida de sus clamores, y:::¡cosa maravillosa! lo mismo fue llegar las manos el

Ciego al pecho de la niña Ana, que recobrar la vista.

La fe de este prodigio no tiene, claro está, el apoyo de las sagradas Escrituras, pero tiene el de gravísimos Autores y Santos Padres, que unánimes lo escriben y aseguran. Ni es de extrañar que aquel Dios que quiso hacer célebre el nacimiento del divino Precursor restituyendo la habla á un Mudo, quisiese hacer tambien plausible el nacimiento de Ana dando la vista á un Ciego.

Lo cierto es que las Historias Eclesiásticas están llenas de portentos y maravillas con que quiso Dios hacer visible á los ojos del mundo la complacencia que recibia en el nacimiento de algunos especiales Siervos, llamando la atencion de todos con alguna extraña circunstancia. Así se lee de N. P. S. Francisco haber salido á la luz del mundo señalada é impresa al hombro la señal de la Cruz. Así se lee de Santa Rosa de Lima haber transformádose su rostro, estando aun en la cuna, en una rosa hermosa de castilla. Así se lee del Santo Arzobispo Cárlos Borromeo, y del glo-

rioso Patriarca San Juan de Dios, haber aparecido sobre la recámara de su Madre al tiempo de nacer, un globo de luz refulgente que llenaba de gozo y regocijo á los que lo veian. Del Santo Doctor de la Iglesia San Ambrosio se refiere, que estando en la cuna fabricaron las Avejas en su boca un sabrosísimo panal. Las mismas ó semejantes maravillas se refieren de otros Santos. Y si así se dignó de recomendar la Omnipotencia divina el nacimiento de aquellos que no salian al mundo con otra qualidad que de Amigos ó Siervos de Dios, ¿qué mucho que de la misma suerte quisiese hacer recomendable á la que nacia para ser Abuela suya y Madre de su Madre?

Estas circunstancias exteriores, añadidas á la hermosura natural y á la apacibilidad de la niña, la hacian tan amable y tan apreciable á los ojos de todos los del Pueblo, que no habia para ellos instantes de mayor consuelo y de satisfaccion mas grande, que los que empleaban en regalar su vista con la niña. Particularmente su Madre se embelezaba de manera en la vista y contemplacion de las prendas

de su hija, que no acertaba jamas á apartarla de sus brazos: y quando la necesidad la obligaba á hacerlo, no era sin grande sentimiento, considerando como robo que se le hacia á su amor apartar de su seno á la criatura.

Lo mas admirable que se notaba en la niña era el recato y la modestia que ya desde aquella edad comenzaba á brillar en su conducta; porque no permitiéndose á caricias ménos puras, retiraba el rostrito quando alguna persona poco cauta se atrevia á hacerle algun cariño descompuesto: ni de las mismas Criadas de la casa permitia cariños que no fuesen muy decentes y circunspectos. Como si ya estuviese armada del santo temor de Dios, huia el rostro quando alguna de ellas se tomaba la licencia de imprimir en él alguna de aquellas caricias á que su tierna edad y su hermosura las brindaba. Para con los hombres era extremado este recato, porque no solo torcia el rostro con ademanes significativos de su repugnancia quando alguno se acercaba á acariciarla, sino que prorrumpia en un lastimoso llanto con que los obligaba á desistir del em-

peño, y los dexaba advertidos para no repetir la diligencia. En este recato y pudor tan extraño para su edad se fundan algunos Santos Padres y Doctores gravísimos, para dar por sentado el privilegio con que la honró el Altísimo de anticiparle el uso de la razon. Ello es cierto que si los cariños y expresiones amorosas que se practican con las criaturas de esta edad fueran reguladas por la razon, no fueran tan perjudiciales á su inocencia, porque domesticadas con ellas, y facilitadas á franquearse indiferentemente á todos, van perdiendo insensiblemente el miedo á estas licenciosas demostraciones del cariño; y pues la niña Ana se negaba á ellas, señal es que el uso de la razon estaba ya anticipado para inspirarla el recato y el pudor debido.

No dexaban de notar esto sus Padres, que pronosticando siempre cosas sublimes de su hija desde que vieron en su pecho señalada la mano de Dios, no se descuidaban un punto: hechos siempre unos Argos vigilantes de todas sus acciones, en todas ellas reflexaban, á todas atendian, y en todas echaban de

ver un rasgo divino y una imperceptible seña que las dexaba marcadas de celestiales y Angélicas. Tres años les duró el gusto de tener á sus ojos y en sus brazos aquella prenda de su corazon; pero siendo ya forzoso que cumplidos los tres años se resolviesen á apartarla de su vista, lo hicieron con la pena que se dexa conocer y que se verá en el Capítulo siguiente.

CAPÍTULO QUARTO.

Cumplidos los tres años de su edad llevan á la niña Ana sus Padres al Templo de Jerusalen, donde es educada é instruida en los misterios de la Religion.

LA educacion de los niños ha sido siempre en las Naciones cultas y civilizadas uno de los principales objetos que han llevádoles la atencion. El conocimiento de que la sociedad humana tiene vinculada su felicidad, por la mayor parte, en la educacion buena y arreglada de los niños, las ha obligado á hacer punto muy principal de la Legislacion el

cuidado de la juventud: y por eso entre las Leyes establecidas para el buen gobierno de las Repúblicas, una de las primeras es la crianza y educacion de los Jóvenes: como que no pueden contribuir á la tranquilidad pública en su madura edad, los que en la edad tierna no se han acostumbrado á la docilidad y disciplina.

La Nacion Hebrea, como una de las mas políticas que habitaban entónces la tierra, no podia desentenderse de este estilo, ni exîmirse de este cargo; por eso tenia en Jerusalen un Colegio donde se educasen las Doncellas y se criasen en recogimiento, estando á la direcion y gobierno de los Sacerdotes, los quales procuraban con el mayor empeño instruirlas en los misterios sacrosantos de la Religion y en las máxîmas de la virtud: atentos siempre á que al paso que iban creciendo en la edad, fuesen adelantándose en los conocimientos de la verdad y en la práctica de todas las virtudes. Este Colegio, ó Conservatorio, era un general asilo para todas las Doncellas distinguidas de la Nacion. El acierto y

prudencia con que los Sacerdotes desempeñaban el gravísimo cargo de la instruccion y educacion de las niñas, alentaba á los Padres á que luego que las niñas despertaban á la razon, las llevasen á aquel Colegio y las entregasen á los Sacerdotes, quienes se valian del ministerio de algunas Matronas ancianas de conocida virtud y cordura, para que estas inmediatamente cuidasen y velasen sobre la conducta de las niñas, y las hiciesen poner por obra y exercitarse en las ocupaciones honestas y santas que los Sacerdotes les prescribian. Mas no solo se cuidaba en el Colegio de que las niñas se instruyesen en los puntos de la Religion y de que se acostumbrasen á la virtud; se cuidaba tambien de que aprendiesen todas aquellas habilidades que son propias del sexô y concernientes á la edad: leer, escribir, coser, texer, bordar, y todas las demas ocupaciones en que han de gastar el tiempo las Señoras quando pasen la edad de niñas, todas se enseñaban en el Colegio. Y como el objeto de los Padres, quando encerraban allí á sus hijas, era pro-

porcionarlas á un decente matrimonio, se empeñaban las Maestras y ancianas Pedagogas en enseñar á las Jóvenes quanto es preciso y regular que sepan las madres de familia, ó ya sea que ellas lo hayan de executar por su mano, ó ya sea que hayan de mandarlo y obligar á otras á que lo executen.

Tal era el Colegio ó Conservatorio que habia en Jerusalen destinado, como se dixo, para todas las doncellas distinguidas de la Nacion; pero las que tenian mayor derecho á él eran las descendientes del Tribu Real de Judá, y el Tribu Sacerdotal de Leví. En conseqüencia de lo qual Ana, como descendiente de una y otra Tribu, debia tener lugar muy preferente en el Colegio. Por esto sus Padres, luego que la vieron en edad proporcionada para presentarla á Dios, la llevaron al Templo de Jerusalén y la entregaron á los Sacerdotes para que ellos se encargasen de su instruccion, la informasen de las obligaciones de la Ley que debia tener por regla y pauta de sus operaciones, la ilustrasen con la perfecta inteligencia de los Libros sagrados, de las sa-

gradas Escrituras, y de todos aquellos conocimientos que eran conducentes á la práctica de las virtudes. Tres años solos contaba Ana quando entró en aquel Colegio; pero comenzó desde luego á descollar con tales incrementos de virtud, que era la admiracion aun de las mas ancianas: aun no tenia la edad competente para ser Discípula, y ya se dexaba ver como Maestra.

La reverencia á los Sacerdotes, la obediencia á las Maestras, la afabilidad con sus Concolegas, y la humildad con que sazonaba todas estas virtudes, la hacian el embeleso de todos los de aquella santa habitacion. Siendo ella la primera en las ocupaciones laboriosas, era la última para el descanso: reñida siempre con la ociosidad, empleaba el tiempo que le restaba de aquellas ocupaciones en visitar las enfermas, en consolar á las tristes y en servir á las que necesitaban de su ayuda. Y como estas prendas caían sobre la apacibilidad de un corazon que jamas le daba entrada á la ira ó á la perturbacion, sobre un ayre graciosísimo de compostura magestuosa, y sobre un señorio na-

tural, sin resabio de soberbia, se habia hecho dueño de los corazones y de los afectos de todos. Pero quien daba mejor el peso que ellas se merecian á estas bellas qualidades eran los Sacerdotes, quienes pronosticando desde luego algun grande misterio en principios tan ventajosos, la miraban con una especie de cuidado que parecia veneracion; y como la docilidad de su genio, junta con la perspicacia y prontitud de su penetracion, los brindaba á darla lecciones mas elevadas que las que pudieran fiarse á tan tierna edad, se empeñaban en instruirla en los puntos mas sublimes de la Religion. Era demasiado buena la tierra de aquel corazon para temer se sufocase la semilla de estas santas instrucciones; ántes se adelantaba á dar cada dia centuplicados frutos de devocion, de amor y de gratitud al Supremo Criador, cuyo conocimiento era el objeto de todo aquel empeño de los Sacerdotes.

¿Y qué mucho que produxese tan sazonados frutos con el cultivo de los Sacerdotes, si ya el Espíritu Santo habia fecundado anticipadamente aquella tierra con el rocio celes-

tial de su divina gracia? Á los tres años de su edad testifican los Santos Padres haber Dios enriquecido á la felicísima Ana con el don de una perfectísima contemplacion. En conseqüencia de lo qual, el trato familiar y freqüente con su Dios la tenia enagenada de todo lo terreno y caduco: haciendo escala de las Criaturas para subir continuamente al Criador, no hacia otro uso de las cosas criadas sino aquel que necesitaba para la conservacion de su vida, sin fixar en ellas el corazon: de ellas se servia, como de espejo en que estaba mirando siempre la infinita bondad de aquel Señor, que criando todos los demas seres para servicio del hombre, no quiso otra cosa para sí sino el corazon del hombre. Se lo habia dado Ana tan enteramente, que no latia en él otro afecto que el del amor á su Dios: este la traía tan alejada de sí, y tan desaforada de lo caduco y transitorio, que no hallaba consuelo sino quando en soledad y retiro desahogaba sus fervorosos afectos en coloquios amorosos con su Amado: allí alababa y bendecia al Criador, dándole gracias por los

inmensos beneficios de que la habia colmado: allí le suplicaba acelerase la venida del Mesias prometido para la redencion de Israel: allí ilustraba el Señor su entendimiento y lo llenaba de luces muy claras con que llegaba á penetrar muchos de los profundos misterios de la divina Providencia: allí la enriquecia la mano poderosa del Altísimo con extraordinarios aumentos de las virtudes de la Fé, de la Esperanza, de la Caridad, y de las demas que forman el ramillere mas vistoso y grato á los ojos del Señor, qual es el de una Alma santa, pura y devota. Finalmente, aunque el cuerpo de la niña Ana vivia como inquilino en la tierra, pero su espíritu no tenia otro trato ni conversacion sino en el Cielo, tirando desde entónces en este Valle de miserias gages de bienaventurada en la Gloria.

Nueve años habia vivido Ana en aquel Conservatorio ó Colegio una vida de Angel mas que de Criatura humana, quando viéndola sus Padres en edad proporcionada para el matrimonio, trataron de sacarla de allí para llevarla á su casa. Efectivamente, á los nueve

años de moradora de aquel Colegio, y doce de edad, la restituyeron á su casa para resarcir con su amable compañía la dilatada pena que habian sufrido tan largo tiempo con su ausencia. El consuelo que recibieron al verla entrar por las puertas de su casa fue muy inferior al que les llenó el corazon luego que comenzaron á ser testigos oculares de sus virtudes heroicas: fue muy grande sin duda el gozo en que se hallaron anegados quando vieron honradas las paredes de aquella casa con la niña Ana, que por la hermosura y gentileza de su rostro, por la honestidad y recato de su conversacion, y por el juicioso y humilde señorio de su porte, era el hechizo de toda la familia; pero fué sin comparacion mayor el gozo que concibió su espíritu al contemplar en la tierna edad de la niña una muy adelantada y cana prudencia, y una cordura muy sobre la esfera de su edad.

Esta madurez de juicio tan anticipada de la niña Ana desembarazó el corazon de Emerenciana de aquellos temores que era justo la asustasen quando llegase el caso de tratarla en

materia de matrimonio. Conoció que el entendimiento era bastantemente vivo para penetrar el espíritu de qualquiera insinuacion que sobre esto se le hiciese: por eso no descubriéndole desde luego los designios con que la habia sacado del Colegio, que eran de instruirla y aleccionarla práćticamente en la dificílima ciencia del matrimonio, la procuraban dar lecciones con el exemplo y con las obras mejor que con las palabras. Persuadida Emerenciana por su propia experiencia á que la felicidad del matrimonio no la hace otra cosa que la union y la conformidad de los casados, procuraba con la mayor eficacia hacerle entrar por los ojos á la niña Ana la conformidad que ella observaba con su esposo Estolano: haciala que reflexase en que sus dićtámenes jamas iban nivelados por otra regla que por el gusto y beneplácito de su Esposo. Con cuidadoso descuido le daba por razon decisiva de sus obras la voluntad de su Esposo, como que una muger honrada, para serlo, ha de renunciar enteramente su voluntad en la del Esposo; porque no puede mantener-

se en paz una familia en donde hay muchos pareceres y dictámenes, y así como un cuerpo no se rige sino por una cabeza, así una familia no se ha de gobernar sino por un dictámen: haya enhorabuena muchos miembros que concurran á la formacion del cuerpo; pero cada uno debe contentarse con hacer el oficio que le señaló la naturaleza, sin querer adelantarse al gobierno de los otros. La Madre, los Hijos, los Sirvientes y los Criados, todos son miembros del cuerpo político de una familia; pero cada uno de estos debe ceñirse al cumplimiento de sus obligaciones, esperando que la cabeza dé las órdenes que se han de executar. Así texia sus conversaciones Emerenciana con la niña Ana para que esta tomase las lecciones, mas como que se le salian de las manos á su Madre, que como dadas de propósito. De este modo iba disponiendo aquel tierno é inocente corazon para poderle hablar despues con mas desembarazo, y sin recelo de ofender su recato virginal y su vergonzoso encogimiento, ni ocultarle las obligaciones anêxas al estado. Estas, le decia

con sagacidad oportuna, estas obligaciones del matrimonio son un justo contrapeso que pone la Divina Providencia á las utilidades y comodidades de que viene acompañado. El consuelo de la compañia, del recíproco amor, de los mutuos auxîlios y emolumentos con que el uno al otro se ayudan los Consortes, se contrapesan con la precisa necesidad de hacerse igualmente participante el uno de las penas del otro, de comunicarse sus disgustos y desazones, y de ser responsables en el Tribunal de Dios, no solo de su conducta personal, sino de la conducta de toda la familia. Por lo que respecta á la muger, que es la que mas de cerca presencía todos los movimientos de los familiares, ¡qué vigilancia, qué zelo, qué atencion tan despierta necesita una Madre de familia para gobernar con acierto su casa! En la cuenta que ha de dar á Dios se han de multiplicar las partidas al paso que se multiplican los individuos de su cargo. Hijos, Criados, Sirvientes, todos son capítulos distintos para su residencia. No necesitaba de estas instrucciones Ana estando tan al-

tamente ilustrada del Espíritu Santo; pero queria el Señor que Emerenciana cumpliese con su obligacion, para que Ana tuviese un modelo y exemplar práctico de los mismos conocimientos que le habia inspirado su infinita sabiduria.

CAPÍTULO QUINTO.

Sale la niña Ana del Templo, y celébranse sus Desposorios con el Señor San Joachin.

COrria apresurado el tiempo, y casi diez años se habian pasado mientras Ana cursaba en la Escuela de su Madre la dificílima arte del matrimonio. Acercábase con esto su edad á los veinte y dos años, y de consiguiente se daban prisa sus Padres á solicitarle Esposo, que igualándole en la limpieza de la sangre, en el explendor del linage y en las qualidades de la persona, hiciese feliz el desposorio. Entendidos de la dificultad de la empresa, no fiaban tanto de sus diligencias y cuidado, quanto de las luces del Cielo, que pedian incesantemente y con el mayor fervor al

Padre de las lumbres: conocian que las diligencias humanas salian por lo comun fallidas y engañosas, quando no van ayudadas de las súplicas continuas, humildes y fervorosas al Dador de todo lo bueno: y por eso poniendo siempre por objeto principal de sus oraciones la gloria y honra de Dios, clamaban constantemente á su Magestad les alumbrase y diese á entender su santísima voluntad en la eleccion que se veian precisados á hacer de Esposo para su hija Ana. El justísimo aprecio que hacian de las prendas sobresalientes de la niña Ana, mancomunado con el amor de Padres, dificultaba demasiado la eleccion: contemplaban que la hermosura celestial de su rostro, la gentileza de su cuerpo y la juiciosa compostura de sus movimientos era lo ménos que habia que admirar en aquella criatura; y que lo que debia llevarse toda la atencion era la inocencia de su corazon y las heroicas virtudes que la veian practicar. No creian poderse encontrar en todas las familias de su Tribu Varon que fuese digno de entrar en la posesion de joya tan preciosa; pero la necesidad

indispensable de buscarlo, les hacia correr la imaginacion por todas ellas, pesando las qualidades y méritos de cada uno de los Jóvenes que se les presentaban á la vista. Dieron por fin en uno, que si no superior á la doncella, era seguramente su igual por todas sus circunstancias. Este era Joachîn, Varon de edad madura, que se acercaba á los quarenta años; ilustrísimo no ménos que Ana por la sangre, pues era rama del mismo tronco, tan unido á ella que era su Primo hermano; de disposicion tan gallarda en el cuerpo, como religiosa y piadosa en la alma; recomendable no ménos por la arreglada conducta de su vida, que por las ventajosas luces de su entendimiento. Este fue el que eligieron entre todos los Candidatos de su Tribu, y despues de haber conferenciado largamente sobre el punto, resolvieron los Padres de Ana hacerla sabedora de su resolucion. Dixéronla que estando ya ellos muy cerca de concluir su peregrinacion en este valle de miserias, se les hacia preciso consultar á la quietud de su conciencia, dexándola en estado correspondiente á su nobleza é

hidalguia. Que puesto que su edad estaba ya proporcionada para el matrimonio, debia emplear su pensamiento algunos ratos en la consideracion de este negocio: que aunque el conocimiento de su propia indignidad los ponia á ellos muy léjos de esperar que su linage y descendencia fuese honrada con el íntimo parentesco del Mesias, que habia de venir al mundo vestido de la carne; pero que á ella le tocaba no poner embarazo á los designios del Señor: que aunque ya ellos habian conferido entre sí mucho tiempo ántes el negocio, restaba que ella, como la mas interesada, lo pensase y meditase: que para ello podia tomarse todo el tiempo que le pareciese necesario para consultarlo con Dios en la oracion, así como ellos lo estaban executando incesantemente ansiosos del acierto. No dexó de hacer impresion en el virginal recato de Ana semejante discurso, asomándose en el color encendido del rostro la verguenza del corazon; pero con una presencia de espíritu muy superior á su sexô y á su edad, les respondió humilde y sucintamente: que no teniendo ella

voluntad sino para querer obedecerles, estaba pronta para hacer lo que la mandasen: que siendo ellos el árbitro de su voluntad, lo que á ella le tocaba era conformarse enteramente con su beneplácito, conociendo que no podia ser otro sino el mas arreglado á la razon. Alentados con esta respuesta sus Padres, adelantaron su proposicion y la siguieron diciendo: que en atencion á que siempre aguardaban de su obediencia la respuesta que acababan de oir, habian ya resuelto que se llevase este negocio á la execucion con la mayor brevedad: que para eso habian puesto los ojos en Joachîn su Primo, Sugeto bien conocido de ella, y adornado de todas las qualidades y virtudes que se podian desear en un hombre que se destinaba para llevar la casa y mantenerla con el decoro y reputacion que se habia conservado hasta allí: que en vista de esto pensase ella su resolucion y se declarase luego que la hubiese consultado con Dios en la oracion. No le pareció prudencia á Ana regatear á sus Padres el consuelo que recibirian de su condescendencia: por eso considerando que el Su-

geto que le proponian era el mismo que le tenia ganado el corazon por la suma sinceridad de su trato, y por su incomparable compostura y honestidad, respondió desde luego: que se ratificaba en la respuesta que les habia ya dado, y que para dar su consentimiento no tenia ella necesidad de otra cosa que saber que esa era la voluntad de sus Padres.

Entretanto que pasaba esto entre Ana y sus Padres, pasaba lo mismo entre Joachîn y sus Padres; porque reflexando estos en el olvido ó descuido que habian padecido en dar estado á su hijo, se empeñaban con gran solicitud en dárselo con prontitud. Efectivamente, la omision con que hasta este tiempo se habian manejado los Padres del Jóven Joachîn pudiera condenarse de culpable, si no se creyera haber sido disposicion estudiada del Cielo; pues no era regular que sin particular misterio hubiesen dexado sus Padres que llegase Joachîn á la edad que contaba ya de quarenta años sin casarse, siendo estilo corriente en aquella Nacion tomar estado de matrimonio los Primogénitos de la casa luego que llega-

sen á edad proporcionada, con el designio de que no faltase la sucesion. Empeñados pues sus Padres en enmendar la culpa que á su parecer habian cometido en no tratar su casamiento, se daban prisa á tratarlo, pesando en su juicio las calidades de las doncellas que sobresalian en nobleza y virtud, y que podian darle la mano á Joachîn, añadiendo decoro y explendor á la familia. No tardaron mucho en esta inquisicion, porque á los primeros pasos dieron con la doncella Ana, la mas ilustre, la mas hermosa y la mas virtuosa de quantas honraban entónces su Tribu. El parentesco tan cercano y la familiaridad íntima con que se comunicaban una y otra familia, les habia proporcionado ocasiones muy freqüentes y oportunas para certificarse de las prendas sobresalientes de Ana, en conseqüencia de lo qual no tuvieron necesidad de meditar mucho sobre la eleccion: siendo testigos oculares de las virtudes tan realzadas de la doncella, era preciso conociesen las ventajas apreciables que traía este matrimonio. Propusieronlo pues á Joachîn, y despues le previnieron lo consul-

tase con Dios y le pidiese á su Magestad las luces que necesitaba para acertar en negocio de tanta importancia.

Estaba de mas esta advertencia, porque aunque Joachîn habia guardado un profundo silencio en testimonio del respeto y veneracion con que miraba á sus Padres, pero no omitia pedir á Dios continuamente le alumbrase para que en el estado que pensaba tomar del matrimonio no tuviese otro objeto que el de buscar Consorte que le ayudase á guardar la ley y cumplir su santísima voluntad. Pero ahora con la propuesta de sus Padres y con sus consejos saludables redoblaba sus súplicas al Todo-Poderoso, y se fervorizaba mas en la oracion, entendido de que instaba ya el tiempo para su resolucion. Fácil le fuera el tomarla luego al punto si se hubiera dexado llevar de su natural inclinacion, porque estaba esta tan declarada á favor de Ana, que nada le quedaba que pensar si la eleccion corriese precisamente á cuenta de sola su voluntad y de su amor. Como el vínculo tan estrecho de la sangre le habia franqueado la en-

trada, y en la casa de Estolano habia encendido en su corazon el fuego de una purísima y castísima aficion hácia la Jóven hermosa y virtuosa Ana: la igualdad en la nobleza, la conformidad en las virtudes, y sobre todo la mano de Dios que comenzaba ya á preparar los caminos al humanado Verbo, habia impreso en la alma de Joachîn un reverente amor y una castiza inclinacion á la prima Ana, para que el matrimonio que habia de producir el fruto preciosísimo de la Madre del humanado Verbo, se celebrase entre los Personages mas santos, mas puros y mas virtuosos que habia sobre la tierra.

De este modo iba disponiendo el Todo-Poderoso los corazones de ambos Contrayentes, para que llegado el tiempo de celebrarse el desposorio se efectuase por el órden regular establecido por el Autor de la naturaleza, y se uniesen por último con el lazo indisoluble del matrimonio, los que estaban ya unidos con el lazo de una pura y natural aficion. Pero no quiso el Señor fiar solo de las disposiciones regulares y ordinarias un negocio en

que tanto interesaba su sabiduria infinita; quiso certificar por modo milagroso á uno y otro Consorte, y dexarlos satisfechos de que el matrimonio que iban á celebrar era del agrado del Altísimo, y por particular disposicion de su divina providencia. Como Joachîn y Ana oraban incesantemente á Dios y le pedian con fervorosas ansias les diese á entender su divino beneplácito sobre el estado que meditaban tomar, se los manifestó el Señor por ministerio del Arcangel San Gabriel, quien se le apareció en forma visible y corporal á Ana puntualmente en medio de la oracion fervorosa con que estaba pidiendo á Dios acelerase el tiempo definido para la redencion de Israel y remedio del mundo. Dexóse ver el sagrado Príncipe rodeado de un resplandor extraordinario y celestial, y de una belleza tan superior á las humanas hermosuras, que causaba efectos muy encontrados, porque al mismo tiempo que turbó y sobresaltó su corazon, lo dexó anegado en un júbilo interior mas fácil de sentirse que de explicarse. Serenó su turbacion el Santo Príncipe advirtiéndole ser

Embaxador del Señor de Cielo y tierra, uno de los Príncipes que asisten ante el trono de su divina Magestad, y enviado ahora para asegurarle de su santo beneplácito. Postróse Ana al oir esto, y quiso pegar su rostro contra el suelo para reverenciar al Embaxador del Altísimo; pero la detuvo el Santo Arcangel y no la permitió hacer demostracion tan humilde, mirándola ya él y reverenciándola como Madre de la Madre de Dios. Hablóle pues en esta forma: el Altísimo te dé su bendicion, ¡ó Sierva suya! y él sea tu salud: su Alteza ha oido tus oraciones, quiere que perseveres en ellas y clames por la venida del Salvador. Es su voluntad que recibas por Esposo á Joachîn, que es varon de corazon recto y agradable á los ojos Señor: con su compañia podrás perseverar en la observancia de su divina Ley y servicio. Continúa tus oraciones y súplicas, y de tu parte no hagas otra diligencia, que el mismo Señor ordenará el modo con que se ha de executar. Esto la dixo el Santo Arcangel, y desapareciendo de sus ojos la dexó ilustrada en la mente con profundos y admirables mis-

terios, y confortada en el espíritu con inexplicables júbilos y consuelos.

La misma inteligencia tuvo Joachîn sobre la voluntad de Dios; porque aunque no se le apareció en forma visible el Santo Arcangel Gabriel, pero en sueños percibió que le decia: Joachîn, bendito seas de la Diestra del Altísimo: persevera en tus oraciones y deseo, y vive con rectitud y pasos perfectos. Voluntad del Señor es que recibas por tu Esposa á Ana, á quien el Todo-Poderoso ha dado su bendicion. Cuida de ella, y estímala como prenda del Altísimo, y dale gracias á su Magestad porque te la ha entregado.

CAPÍTULO SEXTO.

Método de vida que establecieron los nuevos desposados.

EL nuevo estado en que se hallaba colocada Ana la ponia en la dura pero precisa necesidad de separarse de la amable compañía de sus Padres, y de dexar su casa para ir á la de Joachîn su Esposo á poner en prác-

tica las lecciones de Madre de familia que habia aprendido en la escuela de su Madre. El explendor y decoro heredado de los Progenitores de uno y otro santísimo Consorte, y conservado honrosamente hasta su tiempo, junto con la abundancia de bienes temporales de que gozaban sus Padres, y que venia á ellos por legítimo derecho, pedia justamente que aquellos ministerios domésticos y baxos en que no era decente se ocupasen los Señores y dueños de la casa, se cometiesen á otras personas, á quienes ó la baxeza de su nacimiento, ó la falta de bienes de fortuna abate á la humilde esfera de sirvientes. Á pesar de su humildad, pero obligada de este conocimiento, hubo de conformarse Ana con este estilo político, y allanarse á introducir en su casa sirvientes y criados.

La eleccion de estos, y el método de vida que debian observar fue el objeto que le llevó las primeras atenciones de su cuidado. Considerando que la multitud de criados en una casa mas bien conduce á la confusion y al desórden, que al servicio puntual y regulado de ella, tasó el número de sirvientes consul-

tando mas con la necesidad que con el explendor y lucimiento. Atenta á que no se diese entrada á la discordia en una familia en que no debia reynar sino la paz y tranquilidad, procuró reducir el número de sirvientes á las ocupaciones y ministerios de la casa, destinando á cada uno de ellos á aquel empleo á que se proporcionaba su habilidad, inhibiéndolos severamente de la intrusion en otro ministerio, con lo que se conseguia que empeñado cada uno en dar satisfaccion á su empleo, no estorbase el cumplimiento de las obligaciones de los otros, ni se padeciesen en el servicio de la casa aquellos defectos que de ordinario se experimentan por descuidar de su ministerio y ocupacion un criado, fiado en que el otro lo executará.

En quanto á la calidad de los sirvientes no buscó en ellos otra prenda que la del santo temor de Dios y la fidelidad en su santo servicio: dos qualidades que creía ser garantes de todas las demas que podia apetecer para el buen gobierno de la casa y para ser servida á satisfaccion: como que era justo se pro-

metiese fidelidad en el manejo de la hacienda, exâctitud en el cumplimiento de sus peculiares obligaciones, y observancia puntual en los órdenes y mandatos que ella diese á unos sugetos que temiesen á Dios, y que estuviesen resueltos á agradarle y no faltar á su servicio. La eleccion de sirvientes de esta naturaleza fué el exe principal sobre que se movia toda la máquina del económico gobierno: sentada esta basa, no le fué difícil arreglar en lo de adelante sus exercicios y ministerios, señalando á cada uno el suyo, sin la pension de estar velando sobre él para que se pusiese en execucion: estaba de mas el miedo servil y grosero donde reynaba el santo temor de Dios, y no hacian falta las reprehensiones ásperas de la Señora, donde cada uno de los de la familia cuidaba de no ser reprehensible en los ojos de Dios. Sin embargo de todas estas precauciones, no se daba por satisfecha Ana, y procuraba, hecho un Argos de cien ojos, velar sobre cada uno de los de su familia como si solo aquel fuera el único objeto de su cargo: sobre todo se empeñaba en desterrar de su fa-

milia la ociosidad, como fuente de toda la corrupcion del corazon humano, y fecundísimo orígen de todos los vicios: las conversaciones y confabulaciones largas de los sirvientes estaban prohibidas con gravísima severidad, y conminados los delinqüentes con la pena de ser despedidos de la casa en el instante mismo en que se justificasen reos de este crímen; estando evidenciado que jamas falta culpa donde sobran las palabras, y que infaliblemente queda herida la fama y la reputacion del próximo quando la lengua se desata de las prisiones de la moderacion y del recato.

Pero ninguno de estos arbitrios produxeran el buen efecto que buscaba Ana, si ella misma no se pusiera por exemplar y modelo de la conducta de sus familiares. Por eso, persuadida altamente á que los súbditos mas bien se gobiernan por los ojos que por los oidos, y que mejor nivelan sus operaciones por el exemplo de los Amos y Superiores que se les pone á los ojos, que por las instrucciones que se dirigen á sus oidos, todo su empeño puso en reglar el plan exterior de su conduc-

ta, de manera que pudiese servir de pauta á sus domésticos, para que sus acciones fuesen todas dirigidas por la justicia y la razon. La obediencia que ella prestaba á los órdenes de su santo Esposo Joachîn era leccion que daba á sus sirvientes para instruirlos en la obediencia con que debian executar los mandatos de los Amos: atenta á no dar lugar á la menor displicencia de su Esposo, casi le adivinaba los pensamientos, leyendo en su semblante las insinuaciones de su querer y de su voluntad, ántes que saliesen á explicarse con las voces: y en vista de esto no podian los criados resistir ni dilatar su obediencia á los mandatos de los Señores, quando á la Santísima Señora Ana no le era embarazo la dignidad de Esposa del Señor de la casa para sujetarse á su imperio y voluntad. La humilde afabilidad con que intimaba sus preceptos, templando la dureza del mandato con la dulzura de las palabras, ó encubriendo la aspereza del imperio entre las apariencias del ruego, era para los criados una muda reprehension que condenaba la soberbia y el orgullo con que quisiesen los unos

elevarse sobre los otros á título de mas alto el empleo en que se ocupaban, de mas noble el ministerio á que estaban destinados, ó de otra qualquiera superioridad que les fingiese su amor propio. La justa estimacion que hacia del mérito de cada uno, procurando mostrar su agradecimiento á los que veía mas exâctos en el cumplimiento de su obligacion, y celebrando los servicios como efectos del favor y de la gracia, aun mas que como satisfaccion de un derecho de justicia, era para los criados una eloqüente peroracion con que los excitaba á tomar con empeño su trabajo, y con que al mismo tiempo los instruia en la noble arte del agradecimiento, recibiendo como obsequios graciosos los mismos oficios á que podia alegar derecho de justicia: era esto al mismo tiempo una tácita reprehension de los desidiosos, con que, sin el estrépito de las voces desentonadas, castigaba su desidia y hacia que la pena del desagrado con que ella los miraba, los obligase á sacudir la flexedad y pereza, y los alentase al mas exâcto cumplimiento de sus deberes.

La honestidad que resplandecia en sus vestidos, la moderacion que guardaba en sus conversaciones y pláticas, y la templanza religiosa con que se manejaba, así en la mesa al tiempo de tomar el alimento necesario á la conservacion de la vida, como en la cama para dar el descanso necesario del sueño á los miembros fatigados con los afanes del dia, todo esto para los sirvientes era una viva, eloqüente y eficaz exhortacion con que los alentaba y animaba á que, desterrando de su corazon sentimientos ménos puros, ó deseos ménos castos, solo pensasen en arreglar su conducta por el plan que les presentaba su Ama, temerosos de perder su gracia si se desviaban criminalmente de él.

Lo que sobre todo esto procuraba inspirar á sus sirvientes era el respeto y temor debido á la divina Magestad, y el reconocimiento y gratitud á su bondad infinita. Á fin de entrañarles en su corazon estos afectos, no perdia ocasion de traerles á la memoria, así los inmensos beneficios recibidos de su mano, como las dulces promesas de su bondad y mi-

sericordia. Procuraba hacerles ver la singular predileccion con que habiéndolos sacado del resto de las demas Naciones que habitaban sobre la tierra, los habia elegido á ellos para que compusiesen y formasen el Pueblo que por antonomasia se conocia con el título honroso de Pueblo de Dios, de heredad y patrimonio suyo, y de Pueblo escogido para la habitacion del Dios de Israel. Que habiendo dexado sepultadas en las sombras del error y del engaño á las demas Naciones de la tierra, á la Nacion Judaica habia alumbrado con las luces sagradas de la Fe: y quando los demas mortales andaban tropezando y deslumbrados en el conocimiento de la Divinidad, atribuyéndola y poniéndola en criaturas inanimadas, insensibles y groseras, á ella la habia dado á conocer el verdadero Dios Criador de todo lo visible é invisible, y Autor del Universo. Que no dándose por contento con unas pruebas tan sensibles de su especial amor hácia aquel Pueblo, habia pasado hasta el extremo de olvidar los magníficos y excelsos nombres con que su Magestad era reconocida y adora-

da, y se habia adoptado como propio y característico el del Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob.

Que siendo el testimonio mas auténtico y concluyente de un sincero amor la comunicacion de los secretos, harto claras eran las pruebas de este género que Dios habia dado á la Nacion Judaica de su amor, pues nada habia ocultado de quanto podia conducir á su verdadera felicidad. Que abatiéndose unas veces á tratar con los antiguos Padres y Patriarcas de la Nacion, y baxando en persona á hablar con ellos, como puede un amigo hablar con otro: otras veces comisionando á alguna sagrada Inteligencia y enviándola revestida de toda su divina autoridad; ó finalmente iluminando en otras ocasiones á algunos Siervos suyos, ilustrándolos con las luces de la profecia, habia franqueádole todos los Sacramentos y misterios mas arcanos y reservados de su divina Providencia: que no olvidándose jamas, ni descuidándose en continuar tamaños beneficios, siempre habia procurado que estuviesen en medio de la Nacion algunos de estos Persona-

ges siervos suyos, para servirse de ellos como de órganos por donde le comunicase sus designios, le notificase sus preceptos y le declarase sus pensamientos relativos todos á su bien. Que las santas y sagradas Escrituras, en que estaban depositadas las verdades de la Religion, eran un testimonio fiel y constante de la especial atencion y cuidado con que velaba Dios sobre su Pueblo; pues no contento con haber franqueado abiertamente sus piadosas intenciones á los Padres y Patriarcas de la Nacion, habia querido que se perpetuasen y conservasen indelebles en los libros, para que la perpetuidad y la constancia que no podia darles la voz de los Patriarcas, que con el ayre se desvanecia, se las diesen los caracteres permanentes en las hojas de aquellos Códigos y Libros sacrosantos. Que por todo esto bien se podia decir que la Nacion Hebrea era el archivo de los secretos del Altísimo y el depósito de las verdades de la Religion.

Las extraordinarias luces de que Dios habia dotado el entendimiento de Ana, juntas con el fervor de su devocion y con la efi-

cacia de su piedad, les daba tanta energía á estos razonamientos, que dexaba casi transportados á los de su familia de tal modo, que engolfados en la suavidad y dulzura de sus conversaciones, léjos de sentir en ellas algun género de molestia ó de enfado, ántes deseaban que se alargase en su discurso, y ansiaban porque llegase la hora destinada para este exercicio. Mucho mayor era el deleite y suavidad que percebian quando el asunto de estas conversaciones era la venida del Mesias prometido; porque de modo se encendia y fervorizaba Ana, que no pronunciaba palabra que no fuese un dardo penetrante que atravesaba el corazon de los que la oian, ó una asqua de fuego que los encendiese en el amor de Dios. ¿Con qué afectos de agradecimiento (les decia) no deberiamos corresponder á la divina Magestad el inestimable favor de haber preferido á nuestra Nacion sobre todas las demas para que ella fuese la que diese al mundo el Mesias prometido, para que en ella naciese el deseado de las gentes, la expectacion del mundo y la salud de todo el humano linage?

¿Quando seremos capaces de pagar una deuda tan grande como la que contraimos con la infinita bondad del Señor desde el instante mismo en que su soberana dignacion nos elevó á tan alto grado de honor con tan gloriosa eleccion? En nuestro suelo ha de nacer aquella vara prodigiosa, de cuya raiz ha de nacer y brotar la flor hermosa en que ha de descansar el espíritu de Dios y la verdadera sabiduria: en nuestro suelo ha de nacer el Supremo Legislador, cuyas leyes no han de ser otras que las de la justicia y la equídad: en nuestro suelo ha de nacer el Sol hermoso de justicia que destierre las sombras del error y del engaño, y haga resplandecer las luces claras de la verdad: en nuestro suelo ha de nacer el que viene á obrar la reconciliacion del humano linage con su Criador, y á formar un Pueblo agradable á su Magestad. ¡Qué insensibilidad tan grosera! ¡Qué desatencion tan criminal! Que quando por este inestimable favor somos nosotros el objeto de la justa envidia de las demas Naciones, nosotros no sepa-

mos apreciarlo, ni nos esforcemos á corresponderlo.

Así se explicaba la gloriosísima Matrona en aquellos discursos familiares que hacia á sus criados en las horas que, desembarazados de las ocupaciones y servicios de la casa, se congregaban á oir las instrucciones que les daba para el cumplimiento de sus obligaciones, consiguiendo con este arbitrio el logro de dos fines: lo primero que no se diese entrada á la ociosidad y á los vicios que de ordinario la acompañan: y lo segundo que se instruyesen en los puntos esenciales de la Religion y la piedad, considerando que de esta obligacion no la libertaba el cuidado que tenian los Sacerdotes de instruir al Pueblo, y doctrinarlo en las Colectas ó Asambleas que se celebraban en el Templo los dias festivos asignados por la Ley para esta funcion; pues no percibe la gente ruda é ignorante las lecciones que se le dán, si no se les dán en estilo familiar y casero. Á mas de que aquellas instrucciones de los Sacerdotes solo eran una sencilla recapitulacion de los preceptos y or-

denanzas de la Ley, y no podian adaptarse á la corta capacidad de los criados, sino con el auxîlio de otras mas claras, mas individuales y mas freqüentes explicaciones.

Obraban estas mexor en la familia de Ana, porque como no se quedaban en la esfera de conocimientos especulativos, sino que las veian practicadas en su Señora, se alentaban ellos á su imitacion. Veían que su Señora empleaba muchas horas del dia y de la noche en la contemplacion de estas verdades, y que las acciones todas y los pasos de su vida iban regulados por estos conocimientos, no dando en su conducta motivo alguno á la censura, ántes bien á la admiracion, que no acababa de celebrar y ponderar tan eminente santidad y perfeccion en aquella muger.

CAPÍTULO SEPTIMO.

Resignacion humilde con que sufrió la Señora Santa Ana la pena de su esterilidad.

LA cuerda distribucion con que Ana habia repartido los oficios y servicios de

su casa, la prudente vigilancia con que zelaba su cumplimiento y desempeño, la paz y la union que resplandecia entre todos los domésticos, y sobre todo el santo temor de Dios y la sólida piedad que habia procurado inspirar en sus corazones, hacia que aquella feliz familia fuese un abreviado Cielo, ó una celestial Sion donde reynaba la paz, la tranquilidad, el gusto y todas las demas satisfacciones lícitas y honestas que forman la bienaventuranza de esta vida. Dábales el lleno á todas la uniformidad de los Señores, porque unieron de tal modo sus corazones, sus voluntades y su querer, que la voluntad del uno se gobernaba puntualmente por la del otro: el corazon del uno no se movia sino con los movimientos del otro, y no era el querer del uno sino el mismo querer del otro; no dando lugar esta uniformidad de voluntades y de corazones á la contrariedad en los pareceres, ni á la diversidad en los dictámenes.

Ni podia ser de otra suerte, porque siendo la pauta por donde regulaban sus operaciones el servicio y la gloria de Dios, jamas po-

dian salir discordes, ni habia que temer se desagradase el uno de los Consortes por las disposiciones ó providencias del otro, quando ambos en lo que obraban aspiraban á agradar á Dios. Venturosa situacion en que debieran mantenerse siempre los casados para llamarse felices: estar firmemente resueltos á no desagradar á Dios en sus acciones, y no tendria ya lugar la desconfianza de si acierto ó no acierto á darle gusto á mi consorte. Sea el blanco de sus intenciones el servicio de Dios, y ya podrán obrar seguros de que no desagradan en ellas á su consorte. Guiado de este espíritu el santo Esposo Joachîn, y persuadido á que no podia agradar á Dios si no llenaba las partes de Esposo amante y generoso, procuraba manejarse afable, liberal y cariñoso hácia su Esposa Santa Ana, templando la autoridad de cabeza de la casa con la afabilidad de compañero, y escondiendo los respetos de Señor entre las humildades de Siervo. Atento á no romper el yugo que el Autor de la Naturaleza puso sobre las cabezas de uno y otro, estudiaba en las inclinaciones y afectos de su

Esposa, para satisfacerlos ántes que á ella le tuviesen el costo de manifestarlas. Instruido por la experiencia en que los pensamientos de su Esposa no tenian otro norte que el de la voluntad del Señor, de ayudar á su Esposo á llevar con igualdad la carga del matrimonio, se adelantaba á ponerlos en execucion luego que los percebia, casi obligando á Ana á respetar como disposiciones de su Esposo los mismos que eran frutos de su consideracion propia, y llenando su corazon de consuelo al ver que no habian sido erradas sus ideas, pues habian merecido la aprobacion anticipada de su Esposo. Últimamente, la regularidad con que Joachîn veía moverse la máquina de toda la familia, lo hacia venir en conocimiento de quan justo era dexar las riendas del económico gobierno en unas manos en quienes Dios habia vinculado la felicidad del acierto; por eso temeroso de perturbarla, se abstenia con prudencia de introducirse en él, contentándose con cooperar en quanto estaba de su parte con las disposiciones de su Esposa.

Conducta tan prudente y cuerda del San-

tísimo Patriarca Joachîn no podia ménos que inspirar en el corazon de Ana sentimientos de gratitud y de reconocimiento, los que procuraba sensibilizar siempre que las circunstancias del tiempo le franqueasen ocasion. Por eso vivia tan atenta á complacer á su Esposo, que la mas ligera insinuacion de su voluntad era para ella un inviolable precepto, en cuya pronta execucion encontraban algun desahogo sus deseos: pareciéndole poco contenerse en los límites de obediente á los órdenes positivos y formales de su Esposo, se empeñaba en adivinarle sus pensamientos, por tener la gustosa satisfaccion de que su Esposo viese la execucion ántes que saliese de sus labios el mandato. Observaba con devota atencion las virtudes de su Esposo, y sumergida en el profundo abismo de su propio conocimiento, no se juzgaba digna de ser compañera, ni de llamarse Esposa de Varon tan justo y santo: y por eso los obsequios y servicios que le hacia iban siempre acompañados de un humilde respeto, que los hacia parecer mas bien efectos de la veneracion y reverencia á tan elevada

virtud, que frutos del cariño y del amor. En una palabra, Joachîn y Ana parece andaban á porfia sobre qual habia de llevarse la palma en el desempeño de sus obligaciones: Joachîn manejándose como noble, generoso y fiel amante de su Esposa: Ana correspondiendo á esta nobleza, á esta generosidad y fidelidad con todo el caudal de su afecto y de su amor.

Era conseqüencia forzosa de esta uniformidad de voluntades la division que sin especial estudio habian hecho del gobierno de la casa, encomendándose Joachîn de los negocios y dependencias exteriores, y dexando á Ana el de los interiores y caseros. Sin embargo de que la frugalidad de aquellos siglos, que no se habian alejado mucho del estado de la inocencia, no admitia caudales gruesos ni opulentos en las familias, habia con todo su distincion entre ellas, logrando algunas mayor riqueza que las otras, y sobresaliendo algunas en el explendor y brillo que trae consigo la opulencia, respecto de las demas que no logran de semejantes bienes de fortuna. Entre las de la Tribu de Judá una de las mas opu-

lentas era la de Señora Santa Ana y de Señor San Joachîn. Reduciase toda la riqueza á unas cabañas ó rebaños de ovejas, que encomendâdas al cuidado de los Pastores sirvientes de la casa, fructificaban una porcion considerable de esquilmos, suficientes á mantener la casa con decencia y decoro. El destino que de acuerdo de ambos Dueños se daba á este producto era en esta forma: haciase una cuenta fiel y legal de toda la suma que debia entrar en poder de Joachîn, y dividiéndose esta en tres partes iguales, la primera se dedicaba al culto divino, y se entregaba á los Sacerdotes para que ellos la empleasen en los reparos del Templo, de los vasos sagrados, vestiduras y demas, y para la manutencion de los mismos Ministros del Templo. La segunda se dedicaba para el socorro de los Templos vivos de Dios, y para el remedio de las necesidades que llegaban á su noticia, y que conocian ser acreedoras á este exercicio de la piedad. La tercera se reservaba para la manutencion de la familia y la moderada subsistencia de la casa, siempre con atencion á que ni la demasiada

economía de los gastos diese justificado motive á la quexa de los domésticos, ni la excesiva profusion lo diese á la censura de los extraños.

Conjunto de prendas tan brillantes y realzadas como las que Dios habia depositado en aquellos venturosos Consortes, no podia ménos que grangearse la estimacion y aprecio de todo el Pueblo, que no veía en ellos sino un exemplar el mas perfecto de virtud, y un modelo el mas sublime de santidad. Mancomunada de esta suerte la abundancia y riqueza de la casa con la religiosa y piadosa conducta de los Señores, se llevaban con el respeto y la veneracion el amor y la estimacion de todos: al paso que la nobleza de su sangre y la opulencia de sus bienes les hacia un lugar muy distinguido en el aprecio de todos, su piedad y religion les negociaba su amor y su cariño. No sirviéndose ellos de su hidalguia ni de sus riquezas sino para beneficiar á sus hermanos, no tenian motivo para padecer el odio del público por su elacion y soberbia, ni la envidia por su miseria ó tacañeria. En-

tendidos de que la preeminencia de la sangre solo debe servir para hacer mas recomendable la virtud, no se acordaban de su nobleza sino para obrar segun la obligacion que tienen los nobles de ponerse por exemplar á la conducta de los inferiores y vulgares. Persuadidos igualmente á que las riquezas se extravian del destino para que Dios las concedió á los ricos, quando se emplean en el luxo, en la pompa, en la vanidad, no destinaban la suya sino para el culto del Altísimo y para beneficio de los próximos: de manera, que conduciéndose en todas sus acciones con respecto á Dios y á los hombres, así como eran objeto delicioso y agradable á los ojos de Dios, así tambien eran blanco de la admiracion y centro del cariño de los hombres.

Pero no podrian lisonjearse por mucho tiempo de ser objeto del agrado de Dios, si manteniéndose siempre en esta tranquilidad, no experimentasen algunas adversidades ó desgracias en que se viesen precisados á emplear su paciencia. No habian tenido hasta ahora en el mundo cosa alguna que pudiera turbarles

su reposo y serenidad: unidos gustosamente con el vínculo del matrimonio, satisfechos recíprocamente de su amor y correspondencia, obedecidos y respetados de sus domésticos, estimados de los extraños, y colmados de todos los bienes necesarios para la comodidad de la vida, era preciso que el Señor probase su virtud, y la metiese en el crisol de la tribulacion y la amargura. Executólo así su divina y santa Providencia haciendo que Ana padeciese la pena insoportable y el durísimo martirio de la esterilidad. Habian pasado ya mas de veinte años despues de su matrimonio sin haber dado señas Ana de su fecundidad. Era esta la suma de las desgracias que pudiera padecer. Como la gloria toda á que aspiraban las mugeres en aquel tiempo era tener parte en la venida del Mesias, verse privadas de tamaña felicidad era un desconsuelo de lo mas acerbo y afligente. Persuadidos todos á que la esterilidad era una especie de maldicion que la divina Justicia descargaba sobre las mugeres, hallándolas indignas de tener influxo en la concepcion del Mesias, y castigándolas por

esto con la pena de privarlas de descendencia, la muger que se calificaba de infecunda se miraba con desprecio y se reputaba por infame como desechada y reprobada de la divina Sabiduria para tener parte y cooperar á designio tan alto. Las resultas funestas que seguian á este desprecio de las gentes, eran un manantial fecundísimo de mortificaciones, de martirios y de penas, aun mas amargas que la muerte.

Por mas que aterrada y sumergida Ana en el profundo abismo de su humildad se reconociese y confesase en los ojos del Señor indigna de esta felicidad, y justamente excluida de la genealogía del Salvador, no podia ver esto con indiferencia, ni era posible le dexase de causar una tristeza inconsolable y amarguísima. Lo ménos que la lastimaba el corazon eran los desprecios y ultrajes á que se veía expuesta por causa de su esterilidad; porque estos á los ojos de su humildad eran un castigo muy condigno á sus culpas y descuidos criminales en el servicio del Señor. Lo que le atravesaba fieramente el corazon era

juzgarse rea en el tribunal de la Justicia divina, y acreedora á tamaña pena. El dolor de considerarse objeto de las iras y enojos del Todo-Poderoso, á quien tan tiernamente amaba, y á quien con tan tiernos afectos deseaba complacer, le quitara sin duda la vida si no la sostuviera maravillosamente el brazo del Señor. De buena gana sufriria todas quantas mortificaciones se originaban de semejanse castigo, si con ellas esperara que se diese por satisfecha la Justicia divina, y que calmasen sus enojos; pero como el tiempo la iba desengañando de que seguian los efectos de la que Ana juzgaba indignacion y enojo del Todo-Poderoso, no podian servirle de lenitivo á su pena aquellas mortificaciones. Procuraba hacer sacrificio de su resignacion y paciencia, y como era tan dilatado el campo que le franqueaba su padecer, cogia abundantísimas cosechas de paciencia y de sufrimiento. La misma elevacion del grado en que la habia colocado su nacimiento, hacia mas dolorosa la infeliz situacion en que se hallaba: los resplandores y brillos de su nobleza, de su opulencia y de

las otras qualidades ilustres con que la habia favorecido la naturaleza, al paso que la hacian mas distinguida, mas visible, la dexaban tambien mas descubierta á los tiros de la imprudencia, de la envidia y de la malignidad.

Las mismas obras de piedad, de misericordia, de religion que habia practicado hasta entónces, y que hasta allí la habian hecho objeto de la estimacion, del aprecio y de la gratitud, se transformaban ahora en criminales hipocresias, en embustes, engaños, y en artes maliciosos para cubrir y solapar su indignidad. Así se atrevió á decírselo una de sus criadas, que incomodada de ver á su Señora tan entregada á la pena y tan negada al consuelo, quiso introducirse á Consejera, culpando de excesiva y demasiada su tristeza, y haciéndole cargo de la mortificacion en que era preciso estuviese penando la familia toda al ver de tan mal semblante á la Ama: que la desgracia que ella sufria no era acreedora á tanto sentimiento: que no siendo ella la única que padecia el deshonor de la esterilidad, podia consolarse con tener tantas compañeras en

la desgracia, y que por fin la tristeza, la melancolia y las lágrimas tan continuas no eran medio proporcionado para curarse de aquella enfermedad: que mejor sería olvidarla y tratar de buscar alguna diversion con que desechar la pena.

Escandecióse Ana al ver el poco honor que hacia á su persona aquella criada, creyéndola susceptible de un consejo tan vil é indecoroso, qual era mirar con indolencia un asunto que tanto interesaba á su honor y fama; y reprehendiéndola ásperamente la hizo apartar de sí con confusion. No estaba la criada de humor de sufrir, y volviéndose contra su Ama, como vívora pisada, se desató en dicterios é injurias, tratándola de hipócrita, hazañera, embustera, con otros epítetos fraguados en la oficina de su cólera. Miren (decia) en que paró la santidad de la Señora: por algo la tiene Dios así, sin concederle el gusto de ser Madre: bien es que pague su soberbia: es bueno que nosotras las sirvientes háyamos de pagar con su mal modo lo que ella por sus culpas y maldades se ha acarreado: trate ella como de-

be á su familia y no sea tan soberbia, y ya Dios le concederá lo que le pide. Con estas y semejantes expresiones iba inficionando el ayre la criada al retirarse; pero Ana, cuya humildad creía que estas imposturas eran justas acusaciones de su conciencia, disimuló con prudencia por no exâsperar mas el ánimo irritado de la muger.

No fue este solo el lance en que tuvo Ana que exercitar su paciencia y humildad. Dios que estaba empeñado en purificar aquella alma, y en hacer que resplandeciesen los quilates de su resignacion y conformidad con la voluntad divina, le franqueaba á cada paso motivos de manifestarla. Como eran tan freqüentes las concurrencias á que se veía precisada á asistir Ana por razon del parentesco y de las conexîones que habia entre las dos Tribus de Judá y de Leví, eran tambien muy continuos los sinsabores que de estas concurrencias le resultaban. Acreditando como culpa de Ana las disposiciones del Cielo en retardar la honra de su fecundidad, la miraban ya con desprecio, la trataban con poca atencion, y

no dexaban pasar ocasion en que no le diesen á entender los parientes y los deudos, que el deshonor de la casa procedia de su conducta poco justa y arreglada. Traspasaban el corazon de Ana estos insultos, y la tenian en un perpetuo y duro martirio; pero sacrificando esta pena en las aras de su resignacion con la divina voluntad, callaba y sufria con invicta paciencia sus desprecios y ultrages.

El que mas le llegó á lo íntimo del corazon fue el que sufrió en el Templo de Jerusalen, adonde por órden del Señor habia ido con su Esposo el Señor San Joachîn á ofrecer oraciones y sacrificios por la venida del Mesias, y por el fruto de bendicion que deseaba con tantas ansias. Fue el caso, que llegada la solemnísima fiesta llamada de las Encenias, les fue preciso á los dos Santos Esposos ir con todos los demas Señores y Personages de su esfera á celebrarla. Entraron al Templo y se acercaron al Altar á ofrecer los dones y ofrendas que prescribia la Ley; pero alcanzando á verlos uno de los Ministros que acompañaban al Sumo Sacerdote, y cuyo nom-

bre era Isachar, se enderezó al Santo Anciano Joachîn y le reprehendió ásperamente, mandándole se retirase de allí, y no quisiese provocar el enojo del Señor. ¿No te conoces, le dixo, no acabas de persuadirte á que eres un hombre de ningun provecho ni utilidad al Pueblo, y que desechado de Dios como inútil, no debes venir á provocar su ira con tus ofrendas y sacrificios? Ya puedes desengañarte de que ni tu ni tus sacrificios agradan al Señor, y por tanto trata de retirarte de aquí y de no volver mas á este lugar.

Qual quedaria Joachîn de avergonzado y de confuso, mexor se dexa entender con solo reflexar en el lance, que con la ponderacion de las palabras. La humildísima Esposa quedó igualmente avergonzada y confusa; pero considerándose ella rea, y no su Esposo de semejante deshonor, se le doblaba la pena y la confusion, porque sentia como Joachîn el desaire, y sentia que siendo ella la culpada hubiese descargado sobre su inocente Esposo el rayo de aquella reprehension; pero no tuvieron otro recurso los santísimos Esposos en

afliccion tan desmedida, sino el del sufrimiento y la paciencia, resignándose humildes en la voluntad de Dios; y procurando hacer mérito de ella salieron del Templo, Joachîn enderezando sus pasos á una Granja ó Casa de campo que tenia fuera de la Ciudad, y Ana restituyéndose á su casa; pero uno y otro á seguir en sus oraciones y peticiones al Señor, á fin de que les concediese, si fuese de su agrado, el fruto deseado de bendicion, y instando con mayor fervor y eficacia sobre la venida del Mesias prometido.

CAPÍTULO OCTAVO.

Anuncia el Arcangel San Gabriel á Señora Santa Ana la concepcion de su hija María Santísima.

LLegó ya el tiempo de enjugar el Señor las lágrimas de su amada Sierva Ana, y darse por entendido á sus clamores y ruegos. Habia ya acrisolado en el fuego de la tribulacion aquel purísimo espíritu, y habia perficionado la obra que comenzó la gracia, aña-

diendo á las heroicas virtudes que adornaban á la santísima Matrona las de una invencible paciencia, una firmísima constancia, y una humildísima conformidad en la voluntad divina; era preciso que despues de una noche tan tenebrosa de amarguras y desconsuelos, amaneciese el dia sereno y alegre de una fundada esperanza de sucesion. Retirados como se dixo Joachîn á su Casa de Campo y Ana á la suya, se entregaron con mayor fervor y espíritu á la oracion, fecundando con el riego continuo de las lágrimas el campo de su corazon, para coger el fruto felicísimo que Dios tenia dispuesto producir en él. Á mas de las fervientes súplicas que hacian de lo íntimo de su pecho, y de los tiernos suspiros con que clamaban al Todo-Poderoso á fin de que acordándose de sus antiguas misericordias se moviese á redimirlos del oprobrio funesto y doloroso de su esterilidad, hicieron voto expreso de consagrar á su divina Magestad el fruto que lograsen de su matrimonio.

Para hacer este voto se hallaron uno y otro movidos de un especial impulso del Es-

píritu Santo, quien tocando fuertemente el corazon de ambos, los obligó á prometer á Dios que el fruto de bendicion que se sirviese concederles lo entregarian á su servicio en el Templo santo. Parece que el Señor aguardaba á que Joachîn y Ana hiciesen este género de renuncia ó protesta de poner y consagrar en las aras el fruto de su matrimonio para concederseles: parece que el Señor retardaba la concepcion de aquella Criatura purísima, como receloso de que la que estaba destinada para Madre del Unigénito divino fuese herencia y posesion de otro ántes que de su suprema Magestad. Por eso dispuso que ántes que tuviese sér la que habia de ser su única y singular Esposa dilectísima, fuese por medio de aquel voto entregada y ofrecida al mismo Señor.

Ofrecido pues á Dios, de acuerdo de ambos, el fruto de su matrimonio, y alentados interiormente con una especie de esperanza, que aunque no acertaban á conocerla, pero no dexaban de sentirla, proseguian en sus piadosos exercicios, haciéndose cada dia por medio de

ellos mas acreedores ó proporcionados á la dicha que les aguardaba. Ella era de tan alto precio, que se debian reputar por nada quantos ruegos, quantas súplicas y quantas lágrimas se derramasen para lograrla. Ella era una obra enteramente de la gracia, y no debia salir á luz sino á esfuerzos del Poder divino, movido de los ruegos y los clamores de los Justos. Era la obra mas grande que hasta ahora habia salido de las manos del Criador, y era fuerza se conociese su grandeza en lo mucho que tenia de costo, y en lo mucho que se dilataba su execucion.

No podia penetrar todo esto la gloriosísima Matrona, porque firme en el baxísimo concepto que su rara humildad habia formado de su persona, nada se prometia de grande ni de honroso: abatida hasta el polvo de su propio conocimiento apénas tenia aliento para esperar que Dios oyese sus clamores. Pero en medio de estas humillaciones y abatimientos, quando mas engolfada estaba en el abismo de su nada, la declaró Dios por ministerio de un Angel quan de su divino agrado

sería siguiese con fervor en sus antiguas súplicas, pidiendo á su divina Magestad el fruto de bendicion con la santa y recta intencion que hasta allí lo habia pedido. Enterada de este modo Ana de la voluntad de Dios, y llena de confianza, se postró en la presencia del Señor, y ratificando el voto que ya tenia hecho de consagrar á su suprema Magestad el fruto que la concediese de su vientre, le habló en esta forma: Altísimo Señor y Dios mio, Criador universal de todas las cosas, á quien mi alma reverencia como Dios verdadero, santo é infinitamente perfecto, permitidme que postrada en vuestra real presencia hable, aunque sea polvo y ceniza, y dadme licencia para que os manifieste mi necesidad y afliccion. Hacedme, Señor, digna de vuestra bendicion, y concededme el fruto santo que deseo y que ofrezco poner en vuestro Altar y dedicar á vuestro servicio. Acordaos, Señor, que Ana vuestra Sierva, Madre de Samuel, padecia tambien la pena de esteril, y por un efecto de vuestra misericordia logró el cumplimiento de sus deseos. Yo siento en el fon-

do de mi corazon una fuerza que me alienta y aníma á pediros semejante favor y á esperar igual misericordia. Oid pues, dulcísimo Señor mio, mis súplicas, y acordaos de los servicios de mis Padres, y de los sacrificios que ellos hicieron á vuestra Magestad para grangearse los favores con que tuvisteis á bien honrarlos. Yo quisiera ofreceros un sacrificio agradable á vuestros ojos; pero no tengo otro que la alma que Vos me disteis con todas sus potencias y sentidos, esta os ofrezco de nuevo: y si mirándome con piedad me concedierais sucesion como deseo, desde ahora os la ofrezco y consagro á vuestro servicio en vuestro Templo.

Estas eran las peticiones que hacia la humildísima Matrona, esperanzada en que Dios la habia de oir y concederle el favor que le pedia, porque creía que aquellos extraordinarios impulsos con que se sentia movida á clamar al Todo-Poderoso, y que aquel órden positivo que habia intimádole el Angel del Señor de que continuase en sus peticiones y ruegos, eran un pronóstico muy fiel de que la

voluntad de Dios estaba ya allanada á condescender con sus deseos.

Efectivamente, como se lo prometia Ana así lo vió felizmente cumplido. La Beatísima Trinidad tuvo á bien darse por entendida de los clamores y ruegos de estos dos dichosísimos Esposos, y destinando al Arcangel San Gabriel para que él fuese el Mensagero de negocio tan alto y admirable, le dió las órdenes correspondientes, y le reveló muchos de los misterios ocultísimos y sacramentos que se encerraban en aquella embaxada. Recibió el Santo Arcangel el mandato del Señor, y partiendo prontamente á executarlo, se le apareció á Ana baxo la forma de un Jóven hermosísimo, refulgente mas que el Sol, de aspecto agradable al mismo tiempo que modesto, y enderezando á ella sus palabras la dixo: El Señor ha oido tus clamores: Tu y tu Esposo Joachîn habeis pedido fruto de bendicion, y el Altísimo ha resuelto dároslo admirable, concediendoos mucho mas de lo que habeis pedido, y aun de lo que podias desear: tus oraciones juntas con tus limosnas han

abierto los tesoros del Todo-Poderoso, y te ha elegido para que seas dichosa y bienaventurada, concibiendo en tu seno y pariendo á la que ha de engendrar y parir al Unigénito humanado del Padre Eterno. Parirás una hija que por disposicion divina se ha de llamar MARÍA. Esta será bendita entre todas las mugeres y llena del Espíritu Santo. Será la puerta de la vida y la salud para los hijos de Adan. Reserva para tí esta noticia, y no la comuniques ni aun á tu Esposo Joachîn. Él está ya noticioso y enterado en el beneficio que Dios ha querido haceros de daros sucesion; mas no es voluntad del Altísimo sepa que su hija ha de ser la Madre del Mesias: Tu reconociéndote favorecida con tan liberal y extraordinario privilegio, ve al Templo del Señor á rendirle las debidas gracias: en la puerta Aurea encontrarás á tu Esposo Joachîn, que con el mismo fin camina al Templo: acompáñalo á dar gracias á Dios por favores tan altos, y no desistas ni desmayes en pedir al Todo-Poderoso el remedio del humano linage.

La variedad de afectos que excitó en el

corazon de Ana embaxada tan nunca esperada ni prevenida, fácilmente se pueden inferir de las circunstancias del tiempo en que la recibió, porque era puntualmente quando estaba en altísima contemplacion del misterio admirable de la Encarnacion, de que Dios la habia dado claras inteligencias, pidiendo con fervor á su divina Magestad se dignase acelerar los felicísimos instantes destinados por su Providencia para la execucion de este misterio. ¡Ó Altísimo Señor (decia Ana) Criador de todo lo que tiene sér, quien pudiera obligaros, aunque fuese á costa de su vida, á que abreviaseis el tiempo de nuestra salud! ¡Ó si vuestra infinita piedad se inclinase á remediar nuestra necesidad! ¡Ó si mis ojos vieran al Reparador y Redentor del humano linage! Acordaos de vuestras antiguas misericordias, y de la promesa que habeis hecho á nuestros Padres de darnos á vuestro Unigénito, para que vestido de nuestra carne obre nuestra salud. ¿Es posible que vuestro hijo ha de baxar desde el Trono de vuestra gloria á hacerse hombre? ¿Es posible que ha de tener Madre en la tierra?

¡Qué bienaventurada, qué dichosa la muger á quien se le concediere tamaño privilegio! ¡Ó si tuviera yo la dicha de conocerla y de servirla! ¡Bienaventuradas las Generaciones que la vieren, y bienaventurada la familia que eligiere el Altísimo para tomar de ella Madre! Ea, Señor, executese tu decreto de remediar al mundo, y haz que venga pronta tu salud.

Estas eran las oraciones y coloquios en que Ana estaba empleada quando vino á traerle la embaxada el Arcangel San Gabriel, y ya se dexa ver la turbacion que causaria en su espíritu noticia tan no esperada ni prevenida. Batallando en su corazon los afectos de humildad y de reconocimiento, no acertaba á qual acudir. Su profundísima humildad apénas la dexaba aliento para creer lo que acababa de oir: la infalible certeza que sentia en su corazon de que quien le habia dado aquel feliz anuncio era un Angel de luz Embaxador del Altísimo, la obligaba á darse por entendida de favor tan extraordinario, y á rendir á Dios las debidas gracias por tan amante dignacion: pero sobrecogida del pasmo, no hubiera podi-

do prorrumpir en alguna expresion de estos afectos si la divina Providencia no la hubiera confortado: ni hubiera podido sufrir su corazon el peso de tanto júbilo, si el Espíritu Santo no hubiera fortalecido su flaqueza y le hubiera dado esfuerzos para que no desfalleciera. Recibió al fin la noticia con indecible alegria, y dilatando su corazon con los esfuerzos de la Gracia, se preparó para ir al Templo á dar á Dios las debidas gracias, y para obedecer el órden que se le habia intimado de acompañar á su Esposo Joachîn.

No estaba este ignorante del suceso, porque al mismo tiempo que á Ana, habia aparecidósele el Santo Arcangel Gabriel haciéndolo sabedor del misterio, aunque con la diferencia de que á la Señora Santa Ana se le apareció en forma visible en figura de un hermoso Jóven cercado de resplandores, y al Señor San Joachîn se le apareció entre sueños, disponiendo el Señor que en un transporte misterioso, en medio de la altísima contemplacion en que estaba, tuviese un místico sueño en que veía al Arcangel San Gabriel, que acer-

cándose á él le decia: Varon justo y recto, el Altísimo ha oido tus peticiones, y ha determinado hacerte dichoso sobre todos los que han nacido de Madre, cumpliendo tus deseos. Tu Esposa Ana concebirá y parirá una hija, á quien las Generaciones todas llamarán Bienaventurada. El Señor Increado, Eterno y Criador de todas las cosas se ha agradado de tus buenas obras y de tus limosnas, y por eso me envia á darte esta feliz nueva: la hija que pariere Ana es voluntad del Señor tenga por nombre Maria: desde su niñez ha de ser consagrada á Dios en su Templo, así como lo has prometido: su concepcion será milagrosa, porque el Todo-Poderoso hará que vencida la natural esterilidad de Ana, se fecunde su vientre con este fruto prodigioso; y no solo en su concepcion será milagrosa, lo será tambien en toda su vida y en todas sus acciones: alaba tu y engrandece al Señor por tan singular beneficio, y endereza tus pasos hácia el Templo de Jerusalen á dar gracias al Todo-Poderoso; y en testimonio de la verdad, en la puerta Au-

rea encontrarás á tu Esposa Ana que con el mismo fin va al Templo.

Volvió de su místico sueño el Santo Patriarca, y bañado su corazon en júbilo y alegria, se humilló en la presencia del Señor y derramó su espíritu deshecho en afectos de ternura y agradecimiento, y dándose prisa para rendir á Dios las gracias, como era justo y como se le ordenaba, se encaminó hácia el Templo, en donde encontró á su Esposa Ana, segun se les habia anunciado á ambos, y estando ya juntos y certificados del extraordinario favor que Dios les queria hacer, dándoles una hija tan admirable y milagrosa, se postraron á darle gracias y á renovar el voto que habian ya hecho de ofrecer á su divina Magestad la hija que se dignaba darles: y añadiendo á este voto el de subir todos los años en aquel mismo dia al santo Templo á ofrecer particulares sacrificios, y á emplearlo todo en loores y alabanzas al Todo-Poderoso, se restituyeron á su casa á conferir los favores y beneficios que de su infinita bondad acababan de recibir.

No se le habia ordenado á Ana que

guardase silencio, sino solo en quanto al destino que debería tener la hija que naciese de sus entrañas; por tanto, considerando que la relacion de lo que le habia pasado era muy conducente para excitar en el espíritu de su Esposo nuevos afectos de agradecimiento hácia el Señor, y para provocarlo á encenderlo en mas tiernos sentimientos de amor á tan insigne Bienhechor, le contó la maravillosa vision que habia tenido, en que el Santo Arcangel Gabriel, Comisionado del Altísimo, se le habia presentado á sus ojos en forma visible, y la habia prometido de parte del Señor una hija que sería agradable á los ojos de Dios y admirable á los de los hombres: que la habia ordenado fuese al Templo á rendir á su Magestad santísima las gracias debidas á tan alto beneficio, y que para acreditar la verdad de su embaxada, la habia asegurado que en la Puerta Aurea encontraria á su Esposo, quien sabedor por medio del mismo Santo Arcangel de todo el Misterio, caminaba al Templo á dar á Dios las gracias como era justo. Y supuesto que llegó la ocasion (prosiguió diciendo Ana)

de descubrir el Sacramento del Rey de las eternidades, que hasta ahora habia tenido escondido en mi pecho, y que no me era lícito revelar sin órden expresa del Señor, te hago saber que el consentimiento que dí para que se efectuase nuestro matrimonio fue por mandato del Señor, quien me ordenó te recibiese por Esposo, por ser esa su voluntad.

Oyó el Santo Patriarca Joachîn el discurso de su Esposa, y lleno de una consolacion divina al contemplar la anticipacion con que la diestra del Todo-Poderoso lo habia favorecido, disponiendo su matrimonio con tan particular providencia, le comunicó á Ana lo que á él habia pasado, y que aunque no habia logrado la satisfaccion de ver al Santo Arcangel Gabriel en figura corporal; pero que habia merecídole le diese aviso del misterio que se iba á executar de fecundar Dios maravillosamente aquel vientre anciano, esteril é infecundo; y que del mismo modo que á ella, le habia mandado Dios tomase el estado de matrimonio y recibirla por Esposa. En estas conversaciones y conferencias empleaban es-

tos dos Santos Esposos el tiempo que gastaban por el camino desde el Templo hasta su casa, adonde se restituyeron despues de haber ofrecido á Dios sus sacrificios y dádole gracias.

CAPÍTULO NONO.

Efectuase la Concepcion maravillosa de MARIA Santísima.

COMO la dignidad á que estaba provista y destinada Ana era de una esfera superior á toda la naturaleza, pareció conveniente á la Sabiduría infinita adornarla ántes con singulares privilegios de la gracia, que la proporcionasen y la hiciesen digna de ella. En conseqüencia de esto, á mas de aquellas grandes y excelentísimas virtudes con que resplandecia su alma purísima desde que salió de las manos de su Criador, la quiso enriquecer ahora el Señor con una celestial inundacion de gracias, de mercedes y carismas, y la llenó de bendiciones de dulzura. Iluminó su entendimiento y derramó sobre él copia abundante de luces y de conocimientos soberanos de la

divina ciencia: la fortaleció con los dones del Espíritu Santo, le comunicó sublimes inteligencias, la purificó y limpió de toda imperfeccion, y casi la espiritualizó de modo, que elevando su espíritu y alejándolo de todo lo terreno desde el punto en que recibió la feliz embaxada de ser ella la destinada para Madre de la Madre del Hombre Dios, jamas perdió de vista á su Señor, ni hubo criatura alguna en este mundo que la pudiese embarazar para tener constantemente fixa la atencion y los afectos todos de su mente en Dios.

Y ya se ve que siendo Ana la primera entre todos los mortales á quien se reveló el mayor Sacramento de la divina Providencia, convenia no solo que estuviera ilustrada cerca de los misterios de la divina Encarnacion, y de todos los demas relativos á él, mas tambien de otros muchos cuya noticia podia conducir á la decente educacion y crianza de la hija que habia de parir y criar á sus pechos, y á quien con el alimento corporal debia ministrar el pábulo de santos pensamientos y divinas ilustraciones, de las que estando venta-

josamente enriquecida la niña, debian servir de asunto á sus conversaciones y conferencias. Diéronsele pues á conocer con toda claridad las disposiciones sabias y justificadas de la divina Providencia en la promulgacion de las dos leyes Natural y Escrita, y asímismo se le reveló la misericordiosa y admirable economía de la ley Evangélica, cuyos cimientos comenzaban ya á zanjarse en la formacion de aquella excelentísima criatura que se iba á concebir en su dichoso vientre. Diósele á conocer la maravillosa union del Verbo eterno á la humana naturaleza, en virtud de la qual aquella humanidad santísima que despues de algunos años habia de concebirse en el virginal vientre de su hija, habia de ser elevada al mismo sér de Dios; de manera, que sin dexar de ser individuo de la naturaleza humana, habia de ser Dios igual al Padre Eterno, consubstancial á él, y uno mismo en la esencia y demas perfecciones.

Adornada así Ana y enriquecida con todos los tesoros de virtudes, de ilustraciones, de conocimientos é inteligencias pertenecien-

tes al alma y al espíritu, pedia el órden regular de las cosas que su cuerpo santísimo fuese igualmente preparado, dispuesto y proporcionado para la obra purísima y perfectísima de la concepcion de la niña María: porque aunque esta habia de ser por el órden comun y natural de las demas generaciones, pero la virtud omnipotente del Señor la habia de purificar de toda imperfeccion y desórden, y dexando que la naturaleza ministrase lo preciso y necesario para la materia de un cuerpo el mas hermoso, el mas puro y el mas excelente que vió jamas el mundo en pura criatura, le habia de poner límites y términos para que en nada se excediese. Prevenida pues la naturaleza y fortalecida con los auxîlios de la gracia, para que en lugar de la culpa ó de las impresiones que de ordinario la acompañan en semejantes funciones, substituyesen el mérito y la virtud, obró la gracia su efecto sin perjuicio de la naturaleza, realizando el título de Padres de María Santísima á Joachîn y á Ana, aunque en la santísima Matrona Ana resplandeció con particularidad el milagro de la di-

vina Omnipotencia, porque siendo naturalmente infecunda y esteril, el concurso que prestó en funcion tan admirable, ya que no fuese absolutamente superior ni extraño á la naturaleza, pero lo fue en el modo, corrigiendo y gobernando á esta á fin de que obrase del modo mas perfecto. No dexó por esto de ser milagroso el concurso del Santísimo Patriarca Joachîn, porque aunque él no era naturalmente infecundo, pero como por la edad y por la sobriedad y templanza en que habia pasado su vida estaba casi extenuada y debilitada la naturaleza, fué necesario que la virtud divina la reanimase y reparase para obrar de su parte con todos los esfuerzos proporcionados á la esterilidad de la Madre, pero con tasa y medida, y con toda la perfeccion debida. De manera que á esta obra, siendo efecto igualmente de la naturaleza y de la gracia, ambos concurrieron, pero con grande diferencia: porque la naturaleza concurrió ceñida, limitada y reducida; pero la gracia concurrió bizarra, liberal y generosa: y para que se conociese que la gracia la habia tomado por su

cuenta, no permitió que la naturaleza concurriese sino en lo indispensable, y en lo que no se podia excusar, para que fuese como las demas concepciones de los hijos de Adan.

Formóse en conseqüencia de esto el purísimo cuerpo de María con toda aquella limpieza, pureza y perfeccion que convenia á la que habia de ser tálamo puro y virginal en que el Verbo divino se desposase con la humana naturaleza: lo formó la Sabiduría divina con gran peso y medida en las qualidades y quantidades de los humores naturales, para que la proporcion perfectísima de la mezcla de ellos y su compostura cooperase ó influyese con perfeccion y sin embarazo en las operaciones santas y virtuosas de aquella alma grande que lo habia de animar y vivificar. De este admirable y milagroso temperamento en que fué desde el principio organizado el cuerpo de María, tuvo orígen la paz y la serenidad én que se conservaron siempre sus potencias; porque no habiendo en los humores de su cuerpo ni guerra, ni contradiccion, ni alguno de ellos predominase á los otros, todos

quatro recíprocamente se ayudaban y servian para conservarse en armonía, y para que la fábrica del cuerpo que ocupaban no padeciese corrupcion ó putrefaccion, como efectivamente sucedió, pues estando ajustados siempre los humores en la debida proporcion, así de la quantidad, como de las qualidades de ellos, ni le faltó ni le sobró jamas cosa alguna de las que el cuerpo necesita para su conservacion.

Pero esta admirable fábrica del cuerpo en nada embarazaba ni impedia aquellas sensaciones que ocasionan así las actividades excesivas del calor, del frio, de la humedad &c. como de las influencias de los Astros; ántes bien quanto mas delicado y mas perfecto era en su fábrica, tanto mas susceptible era de semejantes impresiones: y tanto mas le ofendia qualquier extremo ó exceso en la una parte, quanto ménos tenia de extremo con que defenderse en la otra parte, resultando por último que su misma delicadeza le hiciese sentir gravemente lo que en otros cuerpos produciria una sola ligera sensacion. Y aunque

aquel cuerpecito que se formaba en el vientre de Ana no era capaz de privilegios ni dones espirituales, pero lo era de los naturales y de los corporeos, y de estos se le concedieron quantos conducian al fin del alto ministerio á que se ordenaba aquel cuerpo purísimo: obra de la virtud sobrenatural, con extraordinarios esfuerzos muy superiores á toda la naturaleza, á efecto de que se concibiese con una complexîon y con unas potencias tan excelentes, quales no podria formar por sí sola la naturaleza.

Ni es de extrañar que la Sabiduría divina se manejase con tanta bizarria en la formacion del cuerpo de esta excelentísima Criatura, quando en la formacion y creacion de nuestros primeros Padres se portó tambien con generosidad muy semejante: porque quando formó á Adan y á Eva los formó con una excelentísima complexîon y con unas potencias perfectísimas, como convenía á unas obras que salian inmediatamente de las manos del Señor: á este modo obró su poderosa mano en la formacion de Maria, aunque con mu-

chas mas ventajas, y con tanto mayor esmero, quanto era mas ilustre y excelente esta niña que nuestros primeros Padres; porque á nuestro modo de entender, mas cuidado puso Dios en formar el cuerpecito de esta niña, que en la creacion de todas las demas criaturas puras que se encierran en el Cielo y en la tierra. De aquí resultó que el fomes de la culpa estuviese muy léjos de esta Señora, y aun de sus Padres al tiempo de concebirla, pues estuvo como refrenado y atado, á fin de que no se desmandase ni perturbase á la naturaleza, la qual en aquella obra era solo un instrumento de que Dios se servia para sus altos designios, y por consiguiente dexaba el campo todo á la gracia.

El dia en que se efectuó la concepcion ó formacion del cuerpo de Maria fue Domingo, puntualmente el mismo que corresponde en la creacion del Universo al de la creacion de los Angeles, para que aun en esta circunstancia se conociese que era Reyna de los Angeles la que se concebia, pues comenzaba á tener sér el mismo dia que lo recibieron los

Angeles. Y aunque para la formacion y aumento de los demas cuerpos son necesarios muchos dias por la debilidad con que obra la naturaleza en su organizacion, y en las disposiciones previas á la infusion de la alma racional; pero en la formacion de este cuerpo admirable aceleró Dios el tiempo, y lo que segun el órden natural habia de hacerse en muchos dias, se hizo precisamente en siete, organizándose y disponiéndose perfectamente en el dichoso vientre de Ana con aquel aumento, quantidad y qualidades que se necesitaban para recibir oportuna y debidamente la alma santísima y purísima de María, la qual fue criada é infundida en el cuerpo el Sábado inmediato. De manera que la obra de la concepcion de María santísima fue en correspondencia á la de la creacion del mundo, obra del Sábado, ó del descanso del Señor; porque sacando á luz la criatura mas santa, mas perfecta, mas agradable á sus divinos ojos, y la que daba principio á la obra de la encarnacion del divino Verbo, en ella descansaba su Magestad, y hallaba la satisfaccion que

no podian darle todas las demas criaturas.

Fué pues criada é infundida en el cuerpo la alma de María santísima en el Sábado inmediato despues del Domingo en que fué criado su cuerpo, consumiéndose ó empleándose estos siete dias en la organizacion y disposicion necesaria, y al instante en que fué infundida la alma en el cuerpo, se halló llena de gracia, y colmada de mercedes y prerogativas sobre los Serafines del Empireo, no verificándose un solo instante ni un momento en que se viese desnuda ó privada de la gracia, amistad y amor de su Criador, ni manchada ú obscurecida con la sombra del pecado original; ántes sí enriquecida con justicia perfectísima, muy superior á la en que fueron criados nuestros primeros Padres.

No parecia justo que la feliz Madre de esta tan privilegiada criatura quedase ignorante del misterio admirable que Dios executaba en su seno: por eso en el instante mismo en que fué infundida la alma en el cuerpo de la santísima niña María, sintió Ana la presencia de la Divinidad, hallándose y reconociéndose in-

teriormente movida del Espíritu Santo, y llena de júbilo y devocion tan extraordinaria y tan sobre sus fuerzas naturales, que no siendo capaz de contenerse en los términos ordinarios, quedó arrebatada y transportada en un éxtasis soberano, donde fué nuevamente ilustrada con clarísimas inteligencias de los misterios mas arcanos del Señor. Y aunque estos afectos de júbilo, de consuelo y de ternura hácia el misterio que se le habia revelado de la cercana encarnacion del Verbo eterno, le duraron todo el tiempo restante de su vida; pero en los nueve meses de su preñado fueron mucho mayores, porque en este tiempo, ó se le renovaban con mas freqüencia las ilustraciones divinas, ó se le manifestaban con mas claridad aquellos mismos Sacramentos que se le habian ántes revelado, ó se le daban á conocer algunos de nuevo: como que siendo inagotable la fuente de la Sabiduria divina, siempre salian de ella nuevos favores con que enriquecer á su Sierva.

Efectuada con tanta maravilla la concepcion de la niña María, volvió á quedar Ana en

su antigua esterilidad, porque no habiendo Dios hecho el milagro de fecundar su vientre, sino solo con el objeto de que se concibiese en él aquella criatura, concebida esta, ya no habia necesidad de continuar el milagro. Fuera de que el milagro estuvo en que el vientre de Ana, dos veces infecundo, ó infecundo por dos capítulos, el primero por su complexîon natural, y el segundo por su edad avanzada y extenuada con la parcimonia del alimento, se elevase y habilitase por un modo extraordinario y prodigioso á concurrir á la generacion, que aunque en lo esencial y substancial era efecto de la naturaleza, pero en el modo era efecto de la gracia. Explican regularmente los Doctores este milagro de la fecundidad de Ana, con el que obró Dios quando mandó al Apóstol San Pedro que anduviese sobre las aguas para acercarse á su Maestro. El milagro no estuvo en solidar, ó quaxar ni endurecer las aguas, para que como un suelo fixo y estable pudiese andar sobre ellas el Santo Apóstol; en lo que estuvo el milagro fue en que permaneciendo las aguas fluidas y líquidas, man-

tuviesen el cuerpo de Pedro, sin dividirse ni apartarse las unas de las otras, y negándoles Dios el concurso para el efecto que su naturaleza pedia de retirarse, ó de ceder al peso mayor del cuerpo que se les sobreponia. A este modo, dicen, fué el milagro de la fecundidad de Ana: no le concedió Dios que fuese constante y habitualmente fecunda, ni la remedió radicalmente el defecto de su esterilidad, sino que dexándola en su natural y permanente infecundidad, la habilitó por esta vez, supliendo por un modo milagroso la debilidad de la naturaleza.

CAPÍTULO DÉCIMO.

Adorno de virtudes y de gracias que recibió la Alma santísima de MARIA *en el vientre de su Madre Ana.*

LOS deseos que el Todo-Poderoso habia tenido desde la eternidad de derramar en la criatura destinada para Madre de su Unigénito los tesoros de la Divinidad, se vieron realizados desde aquel punto en que fué cria-

da la Alma purísima de María. Gozoso el Altísimo de que hubiese llegado el tiempo prevenido por su sabiduria infinita para satisfacer sus ansias, dexó correr el raudal impetuoso de las gracias y dones que se encierran en el inagotable manantial de su bondad infinita, y entraron con tanta abundancia en la Alma de María, que ni la humana capacidad, ni la angélica inteligencia podrán jamas dar alcance al alto grado de hermosura y perfeccion á que llegó con tal adorno. Solo aquel que la crió para recrearse en ella, y para dar satisfaccion á los deseos que habia tenido de comunicarle sobreabundantemente las riquezas de su Divinidad y los tesoros de su sabiduria, ese solo lo puede comprehender.

Lo que podemos nosotros discurrir es, que baxando del Cielo como Esposa á presentarse á los ojos de su Esposo, vendria adornada de todos los dones, privilegios y prerogativas que era capaz de recibir criatura, y que los atavios de gracias y virtudes con que venia engalanada, eran de esfera muy superior y ventajosa al resto todo de las criaturas, y

que ninguno de los Santos Cortesanos del Empireo, ni todos ellos juntos, han llegado jamas ni llegarán eternamente al grado de excelencia, de hermosura y grandeza á que llegó esta niña divina.

Pero aunque desde el instante de su concepcion fue adornada de todas las virtudes, y de todos los hábitos necesarios para obrar con toda santidad y perfeccion en el discurso de su vida; pero como estando todavía en el vientre de su Madre Ana no estaba capaz de exercitar todos los actos relativos á aquellos hábitos y virtudes infusas, solamente se exercitaba en aquellos que se proporcionaban á su actual situacion. En conseqüencia de esto, el lugar primero en su exercicio lo tuvieron las tres virtudes Teologales Fe, Esperanza y Caridad. Exercitó la Fe creyendo con el mas alto modo de conocimiento la Divinidad y Unidad de la Esencia divina con todos sus atributos y perfecciones, y con la distincion de las Personas que en unidad de naturaleza son un verdadero Dios, Criador de todo lo visible é invisible. Exercitó la Esperanza miran-

do á Dios como objeto único y suficiente para una bienaventuranza eterna, y como último fin de la criatura racional, enderezando á él los deseos de su corazon y ansiando por unirse á él con tan constante inclinacion, que ni hubo instante alguno en que no se moviese á apetecer esta felicidad, ni hubo objeto en los Cielos ni en la tierra á quien se convirtiesen ó enderezasen sus deseos. Exercitó la Caridad mirando á Dios como infinito y sumo Bien, y amándolo con tal fervor, con tal sinceridad y con tan alto aprecio, que ni los Serafines mismos, en el mas alto grado de su amor, podrán jamas llegar al eminente grado á que llegó la alma santísima de esta ilustre criatura.

Á proporcion de estas virtudes fueron las otras que se ordenan á perficionar y hermosear la parte racional de la criatura: todas estas se hospedaron en su alma con toda la perfeccion de que es capaz la voluntad humana ayudada de los auxîlios de la gracia y elevada á un órden sobrenatural y milagroso: de este mismo órden sobrenatural y milagroso

fueron los dones y frutos que el Espíritu Santo infundió en aquella alma inocentísima. Á todo esto se añadió la ciencia infusa que tuvo de todo, tanto en el órden natural, como en el sobrenatural: de manera que aun estando todavía en el vientre de su Madre esta niña, fue mas sabia, mas prudente y mas altamente ilustrada y llena de conocimientos de Dios y de sus obras que todas quantas puras criaturas hay, ha habido y habrá por toda la eternidad. Tan alto grado de perfeccion no se ceñia precisamente á los hábitos que se le habian infundido, mas tambien se extendia á los actos que exercitaba con proporcion á su edad; porque como para todo esto no tenia otros límites, ni estaba sujeta á otras leyes que las del divino beneplácito, obraba siempre con toda aquella actividad, con todo aquel fervor y con toda aquella perfeccion de que era susceptible la operacion, y á que podia llegar con los esfuerzos de la gracia.

Y sin embargo de que el Altísimo no juzgó conveniente honrar á esta criatura en el instante de su concepcion con la vista intuiti-

va de la Divinidad, la concedió otro género de luz, aunque inferior á la beatífica, pero muy ventajosa y superior á todos los otros modos con que Dios se manifiesta, ó se puede manifestar á sus criaturas; porque le concedió unas especies de la Divinidad tan claras y manifiestas, que con ellas conoció el Sér inmutable de Dios, y en Dios conoció á todas las criaturas con mayor luz y evidencia que pueden las unas conocerse en las otras. Segun el órden con que iba conociendo las maravillas del Todo-Poderoso, iba tambien obrando actos heroicísimos de adoracion, de gloria, de alabanza y de amor hácia Dios, y de dolor de los pecados cometidos contra aquella incomprehensible Bondad. Ofreciase desde aquel punto en sacrificio agradable á su Magestad, deseosa de satisfacer con su amor y reverencia las faltas que en conocerle y en amarle habian cometido, así los Angeles como los hombres, convidando á los Santos Angeles á que la ayudasen á glorificar á su Criador.

Desde este mismo instante comenzó á exercitarse en el oficio de Abogada de los mor

tales; porque como entre los demas conocimientos de que fué ilustrada tuvo tambien el de la caida de nuestros primeros Padres, dándole el peso debido á la gravedad de aquella ingratitud contra el sumo Bien, lloró y derramó tiernas lágrimas de dolor, y pidió á Dios el remedio de tanto mal, presentando para este efecto los clamores de los Santos Padres y de los demas Justos, suplicando á su infinita misericordia acelerase los instantes destinados para obrar en ellos la salud.

Claro está que en estas peticiones habian de tener el lugar primero sus Padres naturales; porque esta preferencia la pedian las virtudes del agradecimiento, de la piedad y reverencia, y del amor que como hija les debia, y á quienes, aunque no conocia en el cuerpo, pero ya los habia conocido en Dios: despues de estas hizo otras muchas peticiones, así en general como en particular, y con la ciencia infusa que tenia compuso cánticos de alabanza por todos los beneficios recibidos de la mano del Todo-Poderoso.

Verdaderamente que el vientre de Ana

fué donde se verificó que durmiese la Esposa y velase su corazon, porque aquellos sentidos corporales, que aun no habian visto la luz natural del Sol, y aquel corazon, mas incomprehensible por la grandeza de sus dones que por la pequeñez de su sér natural, velaba en el tálamo de su Madre con la luz de la Divinidad que la bañaba, y que la encendia en las llamas de su amor. Ni era conveniente que en esta niña obrasen primero las potencias inferiores de la alma que las superiores: porque si el obrar corresponde al sér, la que se concebia superior á todo, habia de obrar tambien con superioridad y excelencia á todo, y no era justo le faltase la excelencia de los Espíritus Angélicos, á la que se concebia Reyna y Emperatriz de ellos: por lo qual, así como los Angeles luego que recibieron el sér hicieron uso de sus potencias, así tambien debia hacerlo esta Señora, y tanto con mayores ventajas, quanto es mas excelente la dignidad de Madre del Altísimo, que el oficio de Siervos y Ministros suyos, y quanto vá de la Reyna y Emperatriz á los Vasallos.

Con este uso libre que tuvo de sus potencias, y con el claro conocimiento de la Divinidad y de la dignacion con que Dios tenia á bien honrarla y favorecerla, se movió la niña María á dar gracias á su Criador y á manifestar su reconocimiento y gratitud. Y haciendo facistol del mismo vientre de Ana prorrumpió en cánticos de alabanza y en accion de gracias por los beneficos que habia recibido, principalmente por haber hallado ella á la puerta de la vida la dragma preciosa que perdimos todos los hijos de Adan en nuestra entrada al mundo, mereciendo que la gracia le saliese al encuentro, que la naturaleza se agüardase y detuviese hasta que la gracia concluyese su obra para hacer la naturaleza la suya, y que el nobilísimo objeto con que se estrenaban sus potencias fuese aquel Señor que por el discurso todo de su vida habia de ser el blanco de sus operaciones y de todo su sér, dándole ahora como en primicias el conocimiento y amor divino en que habia de exercitar los instantes todos y momentos de su vida, sin verificarse jamas en esta excelentísi-

ma criatura tener sér sin conocer á Dios, ni conocerle sin amarle, ni amarle sin atesorar merecimientos. Prerogativa singular, pero debida á la que no se medía por las reglas comunes y leyes generales, sino solo por el beneplácito de su Criador que la queria hacer tan magnífica y excelsa, que á ninguno, en nada, y en tiempo alguno reconociese mayor sino solo á Dios.

Como entre los demas conocimientos con que la honró el Señor, uno de ellos fué manifestarle los Angeles de guarda que se le daban, convidó á estos para que le ayudasen á darle gracias al Todo-Poderoso, y á que alternando con ella los cánticos y loores que formaba en su corazon, alabasen á su supremo Hacedor: al mismo tiempo y en el instante mismo en que los vió y conoció, los convidó para estas alabanzas, les previno que esta habia de ser su ocupacion y su exercicio el tiempo todo de la vida mortal en que habian de guardarla y asistirla. El número de Angeles que señaló el Señor para la guarda y custodia de esta niña fué en todo misterioso y alusivo,

así á la alta dignidad á que estaba destinada de Madre verdadera y natural del verdadero Dios, como á los demas misterios y sacramentos que debian obrarse en ella. Por esto, lo primero se le destinaron de cada uno de los nueve Coros ciento: á mas de estos se le señalaron otros doce, los quales la asistian en forma visible corporea: estos hacian alusion á los que se dice en el Apocalipsi que guardaban las puertas de la Ciudad. Despues de estos se le señalaron otros diez y ocho de los mas superiores, cuya obligacion habia de ser subir de la tierra al Empireo, y baxar del Empireo á la tierra con embaxadas de su Reyna al Todo-Poderoso, y de este Señor á María; porque como en todas sus acciones era gobernada por el Espíritu Santo, y siempre procuraba saber su divino beneplácito para conformarse á él quando se le ofrecia alguna duda, aunque fuese la mas pequeña, enviaba á alguno de estos Angeles á que la propusiesen al Señor para saber lo que fuese mas agradable á su santísima voluntad. Sobre todos eligió el Altísimo otros setenta Serafines de los mas su-

periores y de los mas cercanos al trono de la Beatísima Trinidad, para que confiriesen, conversasen y se comunicasen con su Reyna, así como ellos se comunican y conversan entre sí. Con estos Espíritus excelentísimos conferia los afectos de su tiernísimo amor; y si alguna vez se le escondia ó ausentaba el Señor, ellos la consolaban. El número de setenta hacia alusion á los años de vida de esta Reyna, que fueron setenta. De todo este lucido Esquadron era Gefe el Príncipe de la Milicia celestial el Señor San Miguel, quien sin embargo de que no asistia siempre á su santísima Reyna, pero la acompañaba muchas veces y se le ponia manifiesto, especialmente en algunas ocasiones, en que, haciendo oficios de Embaxador de Jesuchristo nuestro Señor, baxaba á cuidar á su Madre santísima. Del mismo modo fué señalado el Príncipe Santo Gabriel, quien haciendo oficios de Embaxador del Padre Eterno, traía las legacias que tocaban inmediatamente á la Princesa del Empireo. En las ocasiones que se le presentaban á la vista en forma corporea, se descubrian en todos unas veneras ó divisas

que representaban los misterios, ó de la encarnacion del Verbo, ó de la pasion de Jesuchristo Señor nuestro, ó alguno otro de los pertenecientes á la misma Señora, como el de su grandeza de Emperatriz del Cielo, de la dignidad de Madre de Dios; pero nunca se le manifestó claramente el misterio de ser ella la destinada para esta dignidad, sino es mucho despues, porque los Angeles tenian órden positivo del Altísimo de no descubrirle este arcano hasta que llegase el tiempo determinado por la Sabiduría divina para hacérselo saber. Por tanto, aunque siempre sus coloquios y conversaciones tenian por asunto los sacramentos y misterios de la encarnacion del Verbo, de la redencion humana y de los demas relativos á este; pero nunca la manifestaron que el respeto y veneracion con que la asistian era en fuerza de la dignidad que sabian habia de recaer en ella de Madre del verdadero Dios.

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Efectos que sintió Señora Santa Ana en los nueve meses de su preñez.

EL preñado milagroso de la santa Matrona Ana habia causado efectos muy diversos, porque al paso que á ella la habia dexado toda absorta y anegada en divinos afectos, colmada de suavidad, y de tal modo espiritualizada, que sus potencias no se ocupaban en otro objeto que el de la Divinidad, á ese paso habia puesto á Lucifer en vela y lo habia llenado de temores y sobresaltos, pronosticando desde luego alguna cosa grande contra su Reyno de tinieblas por las extraordinarias circunstancias que veía en la santísima Matrona Ana. Hacia mucho tiempo que andaba él desvelado y asechando por si acaso encontraba con aquella muger que, aunque en sombras, se le habia ya manifestado, y aun se le habia dado á entender que su victoriosa planta habia de hollarle la cabeza; pero ahora que advertia la asombrosa santidad de Ana, y otras muchas particularidades que no podia

comprehender, se turbaba mucho mas, y zozobrando en su mismo furor é indignacion, no sabia que hacer. No contento con haber comisionado á muchos de sus infelices vasallos y compañeros para que rastreasen qual era esta muger su enemiga, él mismo por sí andaba cuidando é indagando quanto podia conducir para llegar á conocerla: y quando veía que alguna sobresalia en virtud y santidad, acestaba contra ella toda su batería, y ponia todos sus esfuerzos para derribarla y arruinarla. No habia podido adivinar el preciosísimo tesoro que se encerraba en el vientre de Ana; pero veía salir de ella una virtud y fuerza tan grande, que por mas esfuerzos que hacia para contrarestarla, no lo podia conseguir. La congoja de sentirse oprimido de aquella poderosa virtud, sin poder penetrar la causa, lo encendia en cólera y furor, y lo hacia precipitarse á qualquiera temeridad. Fiado en que su naturaleza era superior en condicion y fuerzas á la naturaleza humana, y persuadido por su desmedida soberbia y orgullo á que podia quitarle la vida á la muger que él conociese ser

Madre del Encarnado Verbo, se atrevió á hacer diligencias de quitarsela á Ana, en cuya virtud divisaba muchas señas de la muger valiente que le habia de poner el pie sobre su cabeza.

Nada de esto pudiera executar el infernal Dragon sin el permiso de la divina Providencia; pero esta lo permitia para que en la próspera navegacion con que Ana caminaba en el golfo de la felicidad, tuviese el lastre de los trabajos y las mortificaciones que le aseguraban la corona, y la hiciesen gustar mejor los frutos de la gracia y del amor. Con este permiso comenzó á poner por obra todos aquellos resortes que su malignidad y astucia contemplaba proporcionados, ó ya para quitarle de una vez la vida, ó ya para que se malograse su preñado. A este fin la tentaba con vanas desconfianzas sobre la realidad de su preñez, trayéndole á la memoria su avanzada edad, y la larga experiencia de tantos años que la certificaba de su esterilidad, y de que no era del agrado de Dios dar oido á los clamores con que ella habia pedídole sucesion;

que á ser este el divino beneplácito se los hubiera concedido en tiempo oportuno, y no hubiera dexado este beneficio para quando era solo motivo, por su irregularidad, de verguenza, sonrojo ó confusion. Otras veces la incomodaba con espantos, con sobresaltos, y con mil imaginaciones melancólicas y funestas, ordenadas todas á saltearle la voluntad y traerla á algun despecho, ó afecto desconcertado; pero resistia fuertemente la valerosa Matrona Aña todas estas diabólicas estratagemas, y revestida de las armas de la fe, de la paciencia y de la oracion continua, desvanecia las marañas fabulosas de Lucifer, las que solo servian de ocasion para aumentar sus méritos y hacerla mas acreedora á la benevolencia del Altísimo.

Desesperado Lucifer de conseguir el triunfo que deseaba por estos medios, echó mano de otros que le parecieron mas eficaces y proporcionados, quales fueron los de los mismos hombres: instrumentos en muchas ocasiones mas poderosos que los del infierno. Incitó para semejante fin á algunas mugercillas ordina-

rias y de ninguna crianza, para que acriminando con ardimiento y con ira algunas de las acciones que en la comunicacion que tenia con ellas habia executado Ana, riñesen con ella y la llenasen de injurias: tratábanla de embustera, engañosa y falsa en sus tratos, y de ninguna substancia en sus comunicaciones y amistades: y para avergonzarla mas, le echaban á la cara su preñez como embuste y embeleco, fraguado ahora al cabo de la vejez para venderse por niña. Estaba Ana muy bien zanjada en la humildad para moverse con semejantes desprecios: oyólos con mansedumbre y paciencia, y léjos de tomar alguna satisfaccion ó de pensar en el castigo, y mucho ménos en la venganza, procuró suavizar la cólera de las mugeres, y desde aquel dia se esmeró en acariciarlas, obsequiarlas y hacerles quantos beneficios pudiese, para acreditar así la sinceridad del amor que les tenia y la ninguna impresion que habian hecho en su voluntad las injurias pasadas: pero por mas que la santa Matrona se empeñaba en apagar la cólera de aquellas mugeres, ellas cada dia se en-

furecian mas: y en la misma paciencia y mansedumbre de Ana hallaban motivo para encenderse en ira, atribuyendo la mansedumbre de la Santa á desprecio de sus personas, y calificando de estupidez y rusticidad su paciencia. Habian ya dado oidos aquellas mugeres á las sugestiones del Demonio, y dado entrada en su corazon, y con esto léjos de amansarse su fiereza con el exercicio de estas virtudes, ántes se irritaba mas y cobraba nuevos brios para seguir en la persecucion. Llegó esta á tanto grado, que pensaron en quitarle la vida á la Santa, ó quando no pudiesen conseguirlo, hacerle un grave perjuicio, ó lastimarla de manera que se malograse su preñez. Pero como no hay fuerza alguna contra la virtud del Todo-Poderoso, quedaron frustrados sus intentos, debilitando Dios insensiblemente, ó desvaneciendo sus trazas, y trocando de suerte los corazones de aquellas mugeres, que vencidas por último de la paciencia de Ana, hubieron de confesar su maldad y la santidad de Ana, y reducirse á vivir en adelante una vida santa y arreglada: beneficio que en gran par-

te debieron á las oraciones de esta santa Matrona, que llena de verdadera caridad, no cesaba de rogar á Dios por aquellas enemigas que tantos motivos le daban para aumentar sus merecimientos.

Aunque con estos sucesos quedaba burlado Lucifer, pero no quedaba enmendado. El infeliz éxîto que tenian las trazas de que hasta entónces habia usado para hacer prevaricar á la pacientísima Matrona, en vez de escarmentarlo, le atizaba el fuego de su cólera para idear nuevas industrias con que conseguir su intento. Determinó para esto asustar á Ana y sobresaltarla con algun extraordinario y terrible suceso, para que el violento movimiento que causase en sus entrañas el susto, la acarrease el aborto y malogro de la criatura que encerraba en su vientre. Con el poder propio de su naturaleza, y con el permiso que Dios le daba para hacer uso de él, agîtó violentamente el ayre y excitó un uracan furioso, que soplando reciamente en la casa de Ana, la puso casi á pique de arruinarse y dar en tierra: movido furiosamente el suelo con el mas es-

pantoso terremoto, cruxian las paredes de la casa y parecia desplomarse todo el edificio; pero impidieron la ruina los Santos Angeles que estaban de custodia y como centinelas de la casa: opusiéronse á los esfuerzos del Dragon, y desterrándolo, y á todos sus sequaces, léjos de la feliz habitacion, la mantuvieron en su antigua firmeza, y serenaron toda aquella turbacion. En otras muchas ocasiones se valieron los infernales Ministros de Luzbel de este permiso de Dios para incomodar á la virtuosísima Matrona y probar su constancia; pero siempre salieron vencidos y confusos, porque la soberana Providencia, atenta á que se le guardase todo el respeto y veneracion debida á aquella muger fuerte, en cuyo seno se hospedaba la verdadera Arca del Testamento, habia dado órden á los Príncipes supremos de la Milicia celestial que velasen en su guarda, y la escoltasen con la mayor vigilancia, á fin de que los Ministros infernales no la molestasen ni perjudicasen en cosa alguna, pues que el permiso que se les habia dado, solo se enderezaba á añadirle triunfos y victorias, y au-

mentar el caudal de sus merecimientos con el exercicio de las virtudes que practicaba en el campo de estas batallas.

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

Nacimiento de la gloriosísima y purísima niña María.

CUmplidos puntualmente los nueve meses que segun el órden regular debian correr desde la concepcion de la niña María hasta su nacimiento, amaneció por fin el dia dichoso y tan deseado del parto de Ana, y prevenida esta por medio de una celestial ilustracion de que habia llegado ya la hora de franquear al mundo el tesoro que estaba depositado en su seno, se postró humildemente ante el acatamiento del Todo-Poderoso, y bañada de extraordinarios júbilos y de afectos sinceros de humildad, pidió al Señor se dignase asistirla con los auxîlios de su gracia, y le franquease su soberana proteccion para el logro feliz de su parto. Al punto que hizo esta breve súplica al Señor, sintió en su vientre un

movimiento igual y semejante en todo al que sienten todas las Madres quando se descargan del peso que han traido en sus entrañas, y la niña María, arrebatada por una extraordinaria providencia en un éxtasis altísimo, en que quedó absorta y abstraida de todas las operaciones sensitivas, salió á la luz del mundo sin percibirlo por sus sentidos; porque aunque era natural que el uso de la razon que se le habia concedido tan anticipadamente desde que su alma fué unida al cuerpo, se exercitase ahora en conocer lo que pasaba por ella, y en reflexar sobre el tránsito que hacia del seno de su Madre al lugar que iba á ocupar en el mundo; pero la providencia del Todo-Poderoso determinó que impedido este exercicio y uso de la razon por medio de aquel éxtasis maravilloso, no sintiese ni conociese la Princesa del Empireo el suceso del parto.

Sucedió este el dia ocho de Septiembre á las doce horas de la noche, hora en que partiendo su jurisdiccion sobre el dia la luz y las tinieblas, comienza á exercitar su dominio la luz, y comienzan á retirarse vencidas de

ella las tinieblas. Misterio que venia á representar con toda realidad el Lucero divino que comenzaba á brillar, y que se aparecia sobre el horizonte nuestro para dar principio á la division del dia místico y espiritual, en que retirándose las tinieblas de la Ley antigua, comenzaba á rayar la luz de la Ley de Gracia y de la evangélica claridad. Y aunque la niña nació como los demas hijos de Adan en lo substancial y esencial; pero en las circunstancias y accidentes del nacimiento salió tan fuera de lo comun, que bien pudo la naturaleza mirarla como milagrosa, y como efecto mas bien de la gracia que suyo: porque nació limpia, pura, hermosa y llena de gracia, publicando con ellas que salia libre de aquella ley universal que condena á todos los que nacen de la prosapia á la infeliz suerte de nacer objetos de la ira y de la indignacion divina.

El primer cuidado de Ana luego que salió á luz la hermosísima niña, fué tomarla en sus brazos para envolverla en los pañales y fajas que para este efecto tenia prevenidos. Como su parto habia sido libre de todas aquellas

molestas y enfadosas pensiones que padecen las demas mugeres como conseqüencias indispensables del deleite experimentado en la concepcion, quedó despues de él expedita y hábil para los oficios de Madre. Santamente ambiciosa de que la dicha que se le habia entrado por sus puertas no se hiciese comun á otro, de ningun modo quiso permitir que la prenda que el Cielo habia entregado á su cuidado y asistencia pasase á otras manos. Considerando que el mérito de la niña estaba oculto y desconocido á las demas mugeres de la familia, pues á ninguna de ellas se habia revelado el alto ministerio á que estaba destinada de Madre del Mesias, no consintió que alguna de ellas la manejase, por el temor de que no la tratasen con el respeto y reverencia que correspondia á tan excelente criatura. Por eso luego que la tuvo en sus brazos la cubrió, la vistió y la envolvió con la mayor reverencia y esmero que le dictó su humildad y reconocimiento. Altamente embelesada en la singular hermosura de la niña, y admirada profundamente de la dignacion del Todo-Podero-

so en hacerla Madre de niña tan perfecta en el órden de la naturaleza, y tan privilegiada en el órden de la gracia, no sabia á que afecto acudir, si al del amor y cariño, abrazándola, estrechándola entre sus brazos y imprimiendo dulces ósculos en sus delicaditas carnes; si al del respeto y veneracion, arrodillándose á darle las primicias de su adoracion, y postrándose ante la presencia de aquella criatura mas excelente y mayor que todo lo criado, y solo á Dios inferior.

Perplexa en esta consideracion, y deseosa de encontrarse con el acierto en el modo de manejarse con aquella divina niña, encendida en fervor y derramando tiernas lágrimas se volvió á Dios suplicándole se dignase alumbrarla para proceder con la rectitud y pureza que debia en la crianza de su hija. Vos, Señor, clamaba Ana, vos, Señor, habeis querido honrarme y favorecerme mucho mas de lo que yo merezco, y aun de lo que pudiera desear. Vos me habeis hecho Madre de la que ha de ser Madre de vuestro Unigénito, y la habeis confiado á mi cuidado y vigilancia:

eterno será mi agradecimiento á tan imponderable beneficio: no hay en mi otro caudal con que poder mostrar mi reconocimiento, sino el de ese mismo tesoro que me habeis entregado: Hija y Madre se ofrecen á vuestro beneplácito, haced de ellas lo que os agradare. Yo, á nombre de todo el linage humano, os bendigo, alabo y os doy infinitas gracias por la bondad con que habeis ya resuelto darle prenda tan segura de su redencion en esta hermosísima criatura que nace á ser tabernáculo del Verbo vestido de nuestra carne. Pero ¿como deberé yo tratar á la que me dais por hija, reconociéndome yo indigna aun de ser su sierva y esclava? ¿Como me atreveré á tocar la Arca verdadera y viva del Testamento? ¿Como osarán mis manos llegar á tocar este cuerpecito destinado para sagrario de toda la magestad de un Dios? Dignaos, Señor, de continuar en vuestra beneficencia, y ya que me habeis puesto en las manos el mayor tesoro que teneis en el Cielo y en la tierra, dadme las luces de que necesiso para obrar segun vuestro beneplácito, y alumbradme para que

no execute en la crianza de mi hija cosa que no sea del agrado vuestro y que no ceda en servicio suyo.

Oyó el Altísimo los clamores de la humildísima Matrona, y enviándola desde el trono de su sabiduría infinita un rayo de luz que disipase las sombras de aquella perplexidad y duda, la serenó perfectamente, y la inspiró la resolucion justa, prudente y acertada con que debia manejarse en este negocio, imprimiendo juntamente en su corazon una segura confianza de ser esta la disposicion del Altísimo; porque en atencion á que el alto sacramento que allí habia solo era manifiesto á Madre y Hija, y estaba enteramente oculto á los demas de la familia, no parecia conveniente que en las demostraciones exteriores se propalase y descubriese: por tanto determinó manejarse en lo público con aquellos estilos cariñosos y tiernos con que es regular traten las Madres á sus hijas, reservando para lo privado hacerle aquella reverencia y aprecio que pedia su dignidad. Desembarazada de este modo de los grillos que su respeto le ponia, y segura en

su juicio de que no desagradaba á Dios en ello, se aprovechaba de las licencias y derechos de Madre, y se regalaba á satisfaccion con su hija: la hermosa apacibilidad de su semblante, la extraordinaria soberania que brillaba desde entónces en las acciones proporciadas á la edad, y las demas gracias naturales que con tanta abundancia habia derramado el Señor sobre aquella criatura, tenian embelesada de manera á Ana, que no acertaba á retirarse un punto de su vista. Pareciéndole tibios los afectos amorosos de su corazon para amar segun su mérito á aquella hermosísima y perfectísima niña, llamaba en su ayuda á los Santos Angeles y celestiales Espíritus, para que con la actividad y finura de su amor supliesen lo que al suyo le faltaba, y con sentimientos suaves y amorosos llenasen los vacios que dexaba en su corazon la debilidad de la naturaleza humana.

No era justo que el venerable Esposo de Ana y venturoso Padre de la niña estuviese mucho tiempo privado de la felicidad de ver, abrazar y regalarse con su hija: por eso luego

que Ana concluyó todas aquellas maniobras indispensables de vestir á la niña, y de ponerla en disposicion de poderla dexar ver sin perjuicio del recato, hizo entrar á Joachîn á su recámara á que viese la prenda de que por medio de las criadas le habia ya dado aviso, y con que el Cielo habia querido favorecerlos: púsola luego en sus manos, acordándole que el voto que habian hecho de comun consentimiento de ambos de ofrecer á Dios lo mismo que conocian haber venido de sus manos, les quitaba enteramente el dominio sobre la niña, y los dexaba en calidad de Tutores ó Custodios de tan rico tesoro: que por lo que á Ana respetaba ya habia ratificado el voto, y no dudaba que Joachîn lo ratificase ántes de qualquiera otra accion con que se resolviese á practicar los oficios de Padre: que bien conocia ahora la infinita sabiduria del Señor en inspirarles hiciesen la tal promesa ántes de ver el fruto que con tanta ansia pedian á su Magestad, pues creía que les sería muy dificil ofrecer á Dios con tanta prontitud y ánimo la niña si la hubiesen visto ántes de hacer el

voto, siendo tal su hermosura y amabilidad, que casi tocaba en los términos de imposible deshacerse de ella y privarse del inestimable título de dueños de tal prenda: que este mismo conocimiento la hacia ahora mas pronta y animosa para ratificar el voto, pues veía no ser ella digna de tener dominio en criatura tan perfecta, y que solo la inefable magestad de Dios era quien debia apropiarse con particularidad una criatura de quien el mundo todo no era digno.

Oyó Joachîn el discurso de Ana, y careando en su imaginacion las expresiones que acababa de escuchar en boca de su Esposa con los propios sentimientos que habia experimentado en su corazon á vista de la hermosa niña, prorrumpió en alabanzas del Señor, magnificando y ensalzando su divina Providencia, manifiesta en haberles inspirado anticipadamente el pensamiento de sacrificar á su divina Magestad una ofrenda con que podian lisonjearse haber pagado y satisfecho el desmedido favor de hacerlos Padres. Porque ¿qué caudal, decia Joachîn en su interior, qué caudal po-

día haber en nosotros para corresponder á Dios el beneficio de darnos una hija tan divina, si su Providencia no hubiera dispuesto que la ofreciéramos en sus manos ántes que la recibiésemos en las nuestras, para que así no se considerase tanto prenda nuestra, quanto herencia suya? Sea en horabuena nuestra la dicha de la fecundidad que nos liberta del oprobrio de estériles y de indignos de tener parte en la ascendencia del Mesias; pero sea enteramente de Dios el fruto de nuestra fecundidad: que si para el desempeño de aquella deuda tenemos en esta hermosísima criatura paga que ofrecer á Dios, habérnosla dexado para mirarla como propia, sería una deuda inmensa que jamas podriamos corresponder. Reitero pues, Señor, prosiguió el venerable anciano Joachîn, reitero y ratifico la promesa hecha á vuestra Magestad, y desde luego protesto que no quiero otra parte en esta niña, sino para servirla y cuidar de ella como de prenda destinada á vuestro obsequio. Seais eternamente bendito por haberos dignado de elegirnos á nosotros para custodios suyos y

para ministros de vuestros altos consejos en su crianza y educacion: seais eternamente bendito por habernos honrado sobre nuestro mérito, concediéndonos la dignidad de Padres de criatura tan bella, tan agraciada y tan de vuestro agrado. De este modo explicaba Joachîn su reconocimiento: y aunque el título de Padre le daba derecho para practicar con la niña aquellas acciones que inspira la ternura y cariño; pero el respeto que infundia secretamente en su corazon la compostura y magestuoso recato que aquella parvulita manifestaba en su semblante, le embarazaba para semejantes demostraciones: por eso, contentándose con tenerla un breve rato entre sus brazos, la restituia á los de Ana, dándole las enhorabuenas por la felicidad que le concedia el sexô de estrechar íntimamente en su regazo á aquella niña tan hermosa, y de alimentarla de su propia substancia.

Interin que esto pasaba entre Joachîn y Ana, los Santos Angeles destinados para Guardas y Custodios de la niña se postraron humildes á adorarla, y llamando en su ayuda á

otra gran multitud de Espíritus Angélicos, formaron todos un coro, entonando cánticos de alabanza á la que ya reconocian por Reyna suya, y haciendo trono de los brazos de Ana, le rindieron vasallage y se ofrecieron á su servicio. La divina Princesa, á cuyos ojos se presentaron en forma corporea y visible, los reconoció y los distinguió por sus señas y divisas, y les pidió alabasen con ella al Todo-Poderoso y le diesen en su nombre las gracias por los beneficios que de su mano habia recibido.

No dexó de participar Ana de la música angélica, porque aunque no percibió cosa alguna del coloquio que la niña tenia con los Angeles, pero sí alcanzó á oir las melodias con que estos Espíritus manifestaban el regocijo y alegria que les habia causado el nacimiento de su Reyna, por el que se daban recíprocamente los plácemes y enhorabuenas. Lo que no alcanzó á penetrar fue el misterio que obró el Señor con la reciennacida niña: porque en el instante mismo en que salió del seno de su Madre envió el Altísimo una multi-

tud de Angeles, que tomando de los brazos de Ana á la niña, y formando una lucida y ordenada procesion, la conduxesen al Cielo Empireo, donde el Señor executase con ella los altos sacramentos que tenia dispuestos. Efectivamente los Santos Angeles, cumpliendo el órden divino, tomaron á la niña, y en cuerpo y alma la llevaron al trono de la Augustísima Trinidad, entonando por el camino cánticos de alabanza y loores al Todo-Poderoso. De manera que el primer paso que dió la niña en este mundo, luego que sus ojos vieron la luz material del Sol, fué conocer con sus sentidos corporales á sus Padres naturales y á las demas criaturas que estaban rodeándola, y cuyo conocimiento podia conducir á la gloria de Dios: y el segundo paso fué trasladarse de los brazos de Ana al Cielo Empireo, como quien entraba á tomar posesion de aquel Palacio que habia de ser su morada por toda la eternidad.

Los profundísimos misterios que obró la poderosa diestra del Señor en esta ocasion con esta felicísima criatura, exceden á la capa-

cidad humana, y apénas halla expresiones la lengua para significarlos. Lo primero fué dársela á reconocer á los Angeles por su Reyna y Señora, y ordenarles la reverenciasen como á Madre del que habia de ser su Gefe, su Cabeza y su Señor, y del que habia grangeádoles á ellos por sus méritos previstos en la divina aceptacion la gracia en que se mantenian, y la gloria que ya gozaban y habian de gozar por una eternidad. Lo segundo fué, que postrada la niñita ante el trono de la augustísima Trinidad, la Persona del Verbo Eterno, que la habia escogido para Madre, la recibió en su trono, y dándola su lado, la hizo tomar posesion de Madre suya, y de Señora y Dueña de todo lo criado. No se le dió á conocer entónces individualmente el fin de todos aquellos favores que se le hacian, ni ménos la alta dignidad de Madre del Verbo; pero como las estupendas maravillas que se obraban en ella eran patentes y manifiestas á su entendimiento, fué necesario que la virtud divina la confortase y fomentase para que la debilidad y flaqueza de sus fuerzas naturales no desfalle-

ciesen. Confortóla pues el Todo-Poderoso, y la dió nuevas gracias, dones y mercedes con que sus potencias respectivamente fuesen elevadas, y la nueva luz y gracia que recibieron sus potencias interiores, las proporcionó para poder percibir el magnífico objeto que se le iba á presentar: y añadiéndole á todo esto el *lumen* necesario, se le manifestó claramente la Divinidad, y estas fueron las primicias de su bienaventuranza; porque esta fué la vez primera que María Santísima vió intuitiva y claramente la Augustísima é Inefable Trinidad.

Entretanto que pasaba esto en el Empireo, la gloriosísima Matrona Ana estaba absorta y enagenada en un éxtasis altísimo de contemplacion, en que se le manifestaron grandes y ocultos sacramentos cerca de la persona de su hija santísima destinada para Madre de Dios, y por consiguiente para otros muchos misterios sacrosantos relativos á la redencion del linage humano. Enagenada por esto de sus sentidos, y arrebatada en la contemplacion de tan grandes maravillas, no pudo conocer lo que pasaba con su hija; fuera

de que tomando cuerpo aëreo uno de los Angeles de guarda de la niña, substituyó por ella y suplió la falta que debia hacer en este largo espacio, para que la venerable Matrona Ana no extrañase el peso y conociese la ausencia de la niña, como efectivamente sucedió, pues en virtud de estos arbitrios que tomó la divina Providencia, ni Ana percibió el misterio de ser llevada su hija al Cielo Empireo, ni alguno otro de los circunstantes lo pudieron conocer.

No olvidó la bondad infinita de nuestro Dios en medio de tantas maravillas como se obraban en el Cielo y en la tierra, dar alguna luz de consuelo á los Santos Padres y Patriarcas que estaban en el Limbo. Al punto que Ana dió al mundo la inestimable prenda que guardaba en su vientre, determinó el Altísimo enviar un Embaxador á aquellas obscuras mansiones del Seno de Abrahan, para que les diese la nueva alegre y feliz de haber ya amanecido el dia claro de la gracia, comenzando á rayar la Aurora que traía en su regazo el Sol de justicia. Fué elegido para este mi-

nisterio el Santo Arcangel San Gabriel, quien luego que recibió el órden baxó á aquellas lóbregas cabernas, llenándolas de luces y resplandores, y bañándolas en indecibles júbilos con la noticia que daba á sus Santos Moradores de haber ya llegado los dichosísimos momentos tan deseados de los Justos, y con tantas lágrimas pedidos de la reparacion del linage humano: que no pasaria mucho tiempo sin que viesen sus ojos al Mesias prometido y anunciado en las divinas profecias, pues acababa de nacer la dichosísima criatura prevista desde la eternidad para dar carne humana al Unigénito del Padre: que habia salido ya del vientre de Ana pura, limpia, hermosa, sin mancha alguna, y libre del contagio de la culpa original: que la mano omnipotente del Señor habia ya comenzado á obrar en ella maravillas tan grandes y tan extraordinarias, que bien se daba á entender en ellas quan de su divino agrado era aquella criatura, y quanto se complacia en sublimarla sobre el resto de los demas mortales, para dignificarla y proporcionarla al grande sacramento de la encar-

nacion del Verbo eterno que habia de executarse en sus entrañas. El júbilo y regocijo que causó en aquellos Santos Padres y Justos nueva tan fausta, no puede comprehenderse en las palabras: ellos habian estado padeciendo por dilatados siglos la triste congoja de su prision, privados de todo consuelo, y midiendo por años los instantes que corrian desde su esperanza hasta el logro de su deseada redencion y libertad: ellos multiplicaban sus suspiros y lamentos, pero no acababan de ver disipadas las lóbregas tinieblas en que vivian sepultados; pero ahora reanimados con la noticia que les daba el soberano Embaxador, se daban los plácemes y se derramaban en sentimientos de gratitud y de reconocimiento hácia el Altísimo, entonando cánticos de alabanza á su divina Magestad.

Era consiguiente despues del parto de Ana llevar á la niña al Templo á que se le pusiese nombre; pero Dios, por cuya cuenta corrian todos los pasos, sucesos y circunstancias de esta su dilecta Esposa, lo dispuso de tal manera, que no tuviesen los hombres influxo

alguno ni aun en la imposicion de aquel nombre, sino que todo corriese por cuenta de la Sabiduria divina. Luego que María santísima fué llevada al Empireo por el ministerio de los Santos Angeles, se determinó en el Consistorio de la Augustísima Trinidad ponerle nombre: y como ninguno es adequado y propio sino el que se pone en el sér inmutable de Dios, donde todo se executa con peso y con medida, quiso el Señor dar á entender que el nombre que se le iba á imponer á aquella excelentísima criatura, era el que desde la eternidad habia sido elegido para ella, igualmente que el del hijo que habia de concebir en sus entrañas: que estos dos sacratísimos nombres habian estado gravados firmemente en la memoria eterna del Señor, y habian merecido su agrado y beneplácito, como que en ellos y por ellos habia dado el sér á todas las cosas: que las tres divinas Personas habian sido quienes formaron los nombres dulcísimos de Jesus y María, para señalar y honrar con ellos al Hijo y á la Madre. Conocieron los Santos Angeles esta determinacion del Altísimo, y

junto con este conocimiento percibieron una voz que salia del trono de la Beatísima Trinidad que decia: María ha de llamarse nuestra electa, y este nombre ha de ser magnífico; y quantos le invocaren con reverencia y afecto devoto recibirán copiosísimas gracias: será luz para los que caminan á la vida eterna, y remedio universal de todas las necesidades; pero al mismo tiempo será terrible y espantoso para el infernal Dragon, y conseguirán los mortales por medio de este nombre triunfos y victorias de este enemigo comun.

Esta voz y esta determinacion del Todo-Poderoso, fué patente á los Santos Angeles desde aquel dia que fué llevada la niña María al Cielo; y ahora que se acercaba el tiempo de que sus Padres naturales tratasen de darle nombre en la tierra, se le reveló el misterio á la santísima Matrona Ana en esta forma: Una multitud de Angeles hermosos, lucidos y refulgentes que traían un Escudo en que venía gravado el dulcísimo nombre de María, se le presentó á Ana: levantó esta la vista hácia aquella lucida comitiva, y fixándola en el Es-

cudo, vió que en él estaba escrito con caracteres de luz el nombre de María, y al mismo tiempo percibió las voces de los Angeles que le decian: este es el nombre que el Señor ha determinado tenga la hija que acabas de parir: haz sabedor á tu Esposo Joachîn de este órden del Señor, y tratad ambos luego de que se le imponga donde convenga y donde sea público á todos. Executólo así Ana llamando á Joachîn, y advirtiéndole del órden que habia recibido del Señor, para que el nombre que se le impusiese á la niña fuese el de María, y le suplicó diese todas aquellas providencias necesarias para solemnizar la funcion. El santo varon oyó gustoso la noticia, y resuelto á obedecer con toda puntualidad los órdenes del Cielo, señaló el dia para esta ceremonia, convocó á los Parientes y Amigos, y dispuso las cosas de manera, que llegado el dia octavo del nacimiento de la niña, uno de los Sacerdotes, llamado para este efecto, celebró la religiosa ceremonia de la imposicion del nombre, estando presentes á ella los Amigos, Parientes y Conocidos, pasándose des-

pues á festejarle con un suntuoso convite, en que Joachîn hizo ostentacion, así del júbilo de su corazon por felicidad tan grande, como de su bizarria y liberalidad. Pasado todo esto se dió disposicion de que el nombre admirable de la niña María se escribiese en el Arancel en que se escribian los demas de su Tribu, como se dirá en el Capítulo siguiente.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO.

Va Ana al Templo á cumplir con el precepto de la Ley de Moysés.

HAbian ya corrido sesenta dias del parto de Ana, y executaba el cumplimiento de la Ley que el Señor habia dado á Moysés, y que estaba expresa en el Levítico, para que la muger que pariese hija se reputase por inmunda dos semanas y se mantuviese sesenta y seis dias en la purificacion de su parto, al cabo de los quales se presentase á la puerta del Tabernáculo, y llevando un Cordero de año para ofrecerlo en holocausto, y un Palomino ó Tortolita para expiacion del pecado,

lo pusiese en manos del Sacerdote para que este lo ofreciese al Señor y rogase por ella á su divina Magestad: con cuya ceremonia se reputaba ya limpia y hábil para las funciones á que no podia asistir en el Templo miéntras estaba inmunda en los dias de su purificacion.

No comprehendia esta ley á nuestra santísima Matrona Ana, porque habiendo sido su parto tan limpio y puro, qual queda dicho, y qual convenia á la hija que habia parido, no tenia necesidad de purificarse, pues la pureza celestial y divina de la niña rebosaba en la Madre, y la ponia muy léjos de qualquiera mancha, aun la mas leve, y de toda inmundicia. Sin embargo, como los sacramentos que habia obrado el Señor en Hija y Madre estaban ocultos á los ojos de los mortales, y no tenia Ana órden del Señor para manifestarlos, se resolvió á manejarse en lo exterior como una de las Madres comunes y ordinarias, necesitadas por las inmundicias de sus partos á la ceremonia que prescribia la ley para purificarse. Salió pues de su casa acompañada de multitud innumerable de Angeles, llevando

en sus brazos á la divina niña, y en los de algunas criadas la ofrenda que debia presentar. Caminaba hácia el Templo trayendo á la memoria el voto que habia hecho á Dios de ofrecerle el fruto de su vientre, y dándole las mas humildes y fervorosas gracias por haberla concedido el beneficio de cumplir felizmente su promesa, poniendo en las manos del Señor la prenda que por sola su bondad habia querido depositar por espacio de nueve meses en su vientre, que hallándose en disposicion de poner en execucion el voto, lo pensaba reiterar y ratificar con tan buena voluntad y con afecto tan sincero como si lo hiciera de nuevo, pues conocia que ninguno otro sino el Dios del Cielo podia aposesionarse de criatura tan admirable. Embebida en estos afectos de humildad y accion de gracias llegó al Templo, y acercándose á la puerta del Tabernáculo, puso en manos del Sacerdote la ofrenda que llevaba, y le pidió con lágrimas humildes y copiosas hiciese oracion al Señor por ella y su hija, á fin de que su Magestad santísima les perdonase la culpa que tuviesen. No tuvo, ya se ve,

que perdonar el Señor, quando en Hija y Madre nada habia de pecado y todo era gracia; pero tuvo que premiar la humildad profundísima con que se sujetaron á presentarse en calidad de pecadoras.

El santo Sacerdote, que lo era á la sazon el venerable Simeon, recibió la ofrenda, y sintiendo en su corazon un júbilo extraordinario y particular á vista de la niña que Ana tenia en sus brazos, quedó como absorto y extático, persuadido á que alguna cosa grande habia escondida en aquellas dos personas de Hija y Madre, pues su presencia habia causado en él movimientos tan extraños de júbilo y regocijo. ¿Qué fuera, decia el venerable Simeon entre sí, qué fuera que estas mugeres tuviesen parte en el Mesias prometido? ¿Qué fuera que estuviese ya cerca, y que estas tuviesen la felicidad de cooperar con inmediacion á su venida? Yo siento en mi interior un movimiento de alegria de órden muy superior á los que la naturaleza puede producir, y no veo el orígen en otra parte que en esta Matrona noble y grave, y en la niña que carga

en sus brazos. Así razonaba y discurria consigo mismo Simeon, mostrando en la afabilidad con que trataba á Ana, los altos sentimientos que guardaba en su corazon sobre su persona, y conduciéndola á lo interior del Templo la dió lugar á que se desahogase con el Señor, y le ofreciese la hermosísima niña que traia en su regazo.

Efectivamente, Ana resuelta á renovar y ratificar el voto que ya tenia hecho de ofrecer su hija á Dios, creyó que ninguna ocasion mas oportuna podia ser que aquella en que se hallaba en el Templo: á lo que se añadió una nueva luz interior con que el Señor la ilustró, y una voz que dexándose percibir en el fondo de su alma, la decia: cumpliese el voto de ofrecer la niña su hija en el Templo dentro de tres años. Fué esta voz del Cielo como un eco que resonó en los oidos de Ana, de la voz que habia articulado interiormente la divina Infanta María; porque viendo esta con sus ojos corporales la magestad del Templo y la grandeza del culto dedicado al verdadero Dios, sintió en su corazon admirables afectos de reverencia y ado-

racion, y quisiera, si le fuese permitido, arrodillarse, y besando la tierra del Templo adorar al Criador; mas ya que no pudo hacerlo con el cuerpo, lo hizo con el espíritu, y adoró, reverenció y veneró al Señor con profundísimos actos de humildad y reconocimiento de su nada, y de aprecio y estimacion á Dios. Esta fué la voz que hizo eco en el corazon de Ana, y la que le inspiró ratificase el voto de ofrecer en el Templo á la niña María, como lo executó, conociendo claramente con la luz interior que el Cielo la habia comunicado, que el agrado que habia de recibir el Altísimo con aquella ofrenda, no era justo dilatarlo por mas largo espacio que el de los tres años que la naturaleza pedia estuviese al abrigo de la Madre: que diferirlo mas sería agraviar á la Magestad divina, que tanto ansiaba por tomar posesion en su Templo de esta su Esposa dilectísima, y sería tambien muy injurioso á la misma niña, cuyos deseos no eran otros que el estar enteramente consagrada al servicio del Señor.

Al tiempo mismo que pasaba esto en el

corazon de Ana, baxó una clarísima y sensible luz, que bañando á la niña María y á la Madre, las llenó en lo exterior de hermosos resplandores, y en lo interior las retocó y perficionó con nuevos fulgores de gracia y santidad. Y aunque á este acto estaban presentes los Santos Angeles de Guarda, y otros innumerables Espíritus que entonaban suavísimas alabanzas y cánticos al Todo-Poderoso; pero nada entendieron de quantas maravillas obró allí el Criador, quedando ceñido y limitado el conocimiento de ellas á solo las santísimas Madre é Hija: de manera, que ni la Serpiente antigua rastreó algo de quanto realmente sucedia en el Santuario venerable de la Alma de la niña, porque en la Madre y la Hija veía muchas cosas admirables y prodigiosas que lo ponian en confusion; pero como tambien veía que habian venido al Templo á traer la ofrenda que mandaba la Ley; que habian practicado las ceremonias acostumbradas, y habian pedido al Sacerdote que rogara por ellas, así como lo executaban las demas mugeres comunes y ordinarias, quedó alucinado y persuadi-

do á que Ana era tambien una muger pecadora, de cuyo parto habia nacido aquella niña de igual condicion á los demas mortales; y que ni Madre ni Hija salian de la esfera regular, por mas que la perfeccion y santidad de la conducta de la Madre y la celestial belleza de la niña las hiciese sobresalir en toda la Tribu y Nacion.

Cumplido el precepto de la Ley en la forma que queda dicho, se regresó Ana á su casa á cuidar con particular desvelo de la crianza y educacion de la niña María, como se le tenia mandado, executándolo con tanta exâctitud y esmero, que no permitia el menor descuido en este negocio, ni daba lugar á la mas ligera falta; porque aunque en lo exterior la trataba como á las demas criaturas, pero en lo interior la miraba con aquel respeto y veneracion que correspondia á la dignidad de Madre del Verbo que habia de encarnar en su vientre. Por otro lado la niña, aunque se acomodaba en lo substancial á su edad, pero en todo guardaba las reglas de la moderacion y templanza, no tomando el alimento del pecho

sino en cantidad muy escasa, y lo mismo el del sueño, manejándose con serenidad apacible, sin ser molesta con su llanto ó enojo como los demas niños: y aunque algunas veces sollozaba y derramaba lágrimas, como efecto, á los ojos del mundo, de la edad y delicadeza, pero en realidad no eran sino efecto de su divina caridad y del zelo de la honra de Dios, llorando los pecados de los hombres, pidiéndole su remedio y clamando por la venida del Mesias, y de este modo disimulaba las maravillas del Señor, dexando burlados los ojos del mundo con las acciones que executaba.

Como el semblante de la niña, por mas hermoso y agraciado que fuese, se mantenia siempre con una magestad y seriedad peregrina, no admitia caricia alguna ni accion pueril, pues aun las de su santa Madre eran tan medidas y circunspectas, que daban exemplo á los demas para no excederse en ellas. El venerable Anciano Joachîn la trataba igualmente con un género de caricia que se acercaba á reverencia, y valiéndose del título de Padre para tomarla algunas veces en sus brazos y re-

galarse con ella, todo lo hacia sin queja del recato ni agravio de la purísima compostura de la niña, quien observando las leyes del agradecimiento y del amor debido á los Padres, se mostraba mas agradable y risueña con Joachîn, amándolo con particular ternura, como que ya lo reconocia por Padre y por amado de Dios: y aunque de él admitia algunas mas caricias que de otros; pero como el Señor habia puesto en la niña una magestad y gravedad extraordinaria, aun el cándido inocente afecto de su Padre se media y templaba en sus demostraciones.

Pasaba la niña santísima María los dias de su infancia siguiendo las leyes comunes de la naturaleza en todo aquello en que esta no embarazaba á las operaciones de la gracia, sin interrumpir ni aun con el sueño las acciones interiores del amor de Dios, y de las demas virtudes que no pendian del sentido exterior; porque como la ley que el Señor habia establecido para con su Madre santísima era la de no cesar un punto, ni interrumpir un solo instante su comunicacion amorosa y trato fami-

liar, nada embarazaba que los sentidos exteriores estuviesen embargados con el sueño, para que la santísima Señora estuviese atenta á su Criador: por eso aun quando Ana, su amantísima Madre, la procuraba recoger para que tomase el reposo del sueño, ella se empleaba en conferir con sus Angeles de Guarda los misterios profundísimos de que Dios la habia dado inteligencia, y en cantar, ayudada de ellos, las alabanzas y loores á la Divinidad, gozando al mismo tiempo de soberanas visiones y coloquios de la suprema Magestad.

CAPÍTULO DÉCIMOQUARTO.

Lleva Señora Santa Ana á su santísima Hija al Templo, y la presenta al Señor á los tres años de su edad.

COrria el tiempo mas presuroso de lo que quisiera Ana, y se acercaban los instantes dolorosos y amargos para ella de separar de sí el dulce objeto de sus caricias, y presentar á la niña María, como lo tenia prometido, en el Templo de Jerusalen. Mantenia fir-

me en su corazon el propósito de cumplir sin dilacion alguna la promesa que habia hecho al Señor, y teniendo siempre presente en su memoria el beneficio que habia recibido de su divina mano, y la obligacion en que estaba de regraciarlo restituyendo al Señor la prenda que se le habia confiado, no dudaba un punto ponerlo en execucion. Pero como la santa resolucion de su voluntad no podia impedir los tiernos afectos de la naturaleza, sentia en el fondo de su corazon una gran pena al verse obligada á privarse de la dulce compañía de aquella hermosísima criatura en quien tenia depositados los afectos todos de su alma. Léjos de resfriar esta pena la resolucion de cumplir su promesa, ántes la daba mas valor, pues aun á pesar de dolor tan grave como el que pronosticaba de aquella separacion, cada momento ratificaba el voto, y solo aguardaba á que llegase el tiempo oportuno para su cumplimiento.

Habia logrado ya la satisfaccion de oir hablar á la niña María y de verla andar, porque pasado año y medio despues de haber sa-

lido á la luz del mundo, y acercádose el tiempo regular y comun para empezar á hablar, tuvo órden expreso de la Santísima Trinidad para desatar su lengua de los impedimentos de la infancia. Originóse este órden y precepto del recelo que tenia la niña en romper el silencio; porque conociendo mejor que todos los mortales los riesgos que trae consigo la lengua desatada de los lazos del silencio, quisiera la santísima niña permanecer en él toda su vida sin articular palabra alguna con las criaturas de la tierra; pero el Señor que conocia su santidad y la inocencia con que habia de usar su dilectísima Esposa de sus sentidos corporales, la mandó que comenzase á usar de este, hablando con las criaturas racionales, y conversando con ellas en quanto fuese honra y gloria del Altísimo y beneficio de los mortales. Humillóse la niña María y se rindió á la voluntad del Señor; pero para proceder cuerda y advertida pidió licencia de nuevo á su divina Magestad para estrenar aquel sentido con sus felicísimos Padres Joachîn y Ana.

Efectivamente, las primeras palabras que pronunció la graciosísima niña fue pedir su bendicion y licencia á sus santísimos Padres para comenzar á usar de sus labios y de su lengua, haciendo un género de reconocimiento humilde y obsequioso á aquellos á quienes, despues de Dios, debia su sér. Los santos Padres llenos de regocijo por verla ya expedita para usar de aquella facultad, la dieron su bendicion, y unieron sus palabras con las de la niña para dar gracias al Todo-Poderoso por las inexplicables maravillas que usaba con ellos.

Al mismo tiempo que comenzó la niña á hablar, empezó tambien á dar pasos y andar por sí sola, de lo que regocijada Ana, no pudo ménos que tomarla en sus brazos, y llenándola de bendiciones la decia: Hija mia amadísima, sea enhorabuena que Dios me haya concedido el gozo de oir tu voz y de escuchar tus palabras: sea todo á honra y gloria del Altísimo. Sea á honra y gloria del Altísimo ver que comienzas ya á dar pasos que no han de enderezarse jamas á otra cosa que al servicio del Señor. Sea enhorabuena que tus

labios comienzen á hablar quando tus palabras han de ser gobernadas siempre por las leyes de la clemencia y la equidad: sigue enhorabuena desfrutando el beneficio que la divina Providencia ha querido hacerte rompiendo las ataduras que la edad te habia puesto, y concediéndote el llegar á hacer uso de los sentidos que hasta ahora habia tenido aprisionados con la infancia.

Sería empeño dificultoso, y aun imposible á la capacidad humana, referir los coloquios y conversaciones celestiales que desde aquel tiempo empezaron á tener Hija y Madre. Atenta esta á cumplir con toda puntualidad el órden que le habia dado el Señor de educar á su hija y manejarse con ella en lo exterior con el método regular de las demas Madres, la llamaba algunas ocasiones y la mandaba hablar acerca de los misterios de la Religion y de las maravillosas obras del Altísimo: y la niña, Madre de la Sabiduria divina, exercitando á un mismo tiempo las virtudes de la humildad y de la obediencia, hablaba altamente de ellas y se deshacia en afec-

tos amorosos de su Criador, derramando copiosas y dulces lágrimas en la debida contemplacion de la bondad y misericordia con que el Señor estaba determinado á tomar carne humana; y particularmente se encendia en afectos de gratitud, de amor y de admiracion quando hablaba de la felicísima Muger que habia de lograr la dicha de ser Madre del Mesias. La venerable Matrona Ana, que atendia á todo esto, y que lo careaba con el conocimiento que tenia de ser ella misma la felicísima Muger destinada en los consejos del Altísimo para Madre de Dios, se llenaba de gozo; y aunque no podia adelantarse á descubrir el sacramento del Señor, ni declararle aquel arcano, pero en su interior se quedaba suspensa y embelesada al contemplar á aquella parvulita mas digna de reverencia y veneracion que la Arca figurativa del Testamento.

Así como hizo estreno la niña María de sus potencias y facultades de hablar y discurrir con sus Padres, siendo ellos los primeros con quienes habló, así tambien hizo

estreno de sus fuerzas naturales en servicio de ellos; porque aunque la tierna edad no le permitia exercitarse en servicios pesados y gravosos, pero su humildad se esforzaba quanto podia á ocuparse en los ministerios mas baxos y abatidos de la casa, y los primeros en que se ocupó fueron servir á sus Padres los platos á la mesa, y en otros iguales. Hubiérase ocupado desde entónces en otras obras mas humildes y abatidas, como era barrer, limpiar y asear la casa; pero la santa Madre Ana, considerando la debilidad de sus fuerzas, y lo que es mas, la alta dignidad de la niña, no se lo permitia. Andaban con esto á porfia la humildad de la hija y la veneracion de la Madre: la hija no creía satisfacer la obligacion que tenia de humillarse hasta el suelo, y ser hollada y despreciada de todos, si á todos no los servia, y si no se manejaba en las obras exteriores como la mas vil y despreciable de todas las criaturas; pero la Madre, teniendo siempre presente el órden del Señor de respetar á la hija y mirarla con la veneracion debida á su alta dignidad, procuraba evi-

tarle estas ocupaciones, sin darle á conocer en lo exterior el motivo porque lo hacia.

La humildad de la niña no solo la llevaba á exercitarse en los ministerios y servicios baxos de la casa, tambien se extendia á portarse en el vestido y en lo demas como pobre: y aunque Joachîn y Ana no eran de los mas ricos y opulentos, pero no se podian reputar por pobres, porque Dios los habia favorecido con abundancia en lo necesario á la decencia y decoro correspondiente á su nobleza, por lo que Ana no juzgó conveniente condescender con las ideas de la niña en quanto al vestido grosero y tosco que deseaba; pero sí condescendió con ellas en quanto al color, que siempre era ceniciento. Y aunque por esto podia estar quexosa la humildad de la niña, se compensaba este afecto de humildad con el de la obediencia, rindiéndose gustosa á la voluntad de su Madre, en quien veneraba la voluntad de Dios: y este fué el estilo que observó siempre en todo, no solo obedeciendo en quanto la mandaban sus Padres, sino pidiéndoles su bendicion y licen-

cia para aquello que juzgaba conveniente executar, y besándoles la mano despues de alcanzada la licencia: accion que aunque no podia embarazar Ana en conseqüencia del aviso que tenia de Dios de manejarse en lo exterior con superioridad de Madre, pero la compensaba en lo interior reverenciando la dignidad de la niña.

En lo que jamas resistió Ana á la niña fué en la liberalidad con que socorria á los pobres; porque atendiendo á que en la licencia que la daba para esto satisfacia igualmente al deseo de la niña, y á su propia obligacion, la dexaba obrar con largueza, y la persuadia á que con la limosna y el socorro material les mostrase amor y caridad, y los venerase como acreedores al respeto, por haberlos puesto Dios en el mundo para exercicio de la humildad y conmiseracion de los ricos. Y la niña, aunque maestra de la misericordia y piedad, oía las exhortaciones de su santa Madre con humildad y atencion, y las procuraba practicar con tanta puntualidad, que al tiempo de dar el socorro al pobre le besa-

ba la mano, y si estaba sola le besaba los pies, y quando esto no podia, besaba la tierra donde los habia puesto el pobre: y jamas dió limosna alguna que no la acompañase con la espiritual, rogando á Dios por aquel pobre, y pidiéndole se doliese de su alma, y le concediese la gracia que necesitase para conseguir su salvacion.

No se descuidaba Ana de practicar con la niña todas aquellas obras que conducian á la buena crianza y educacion de las demas niñas; por esto trató de enseñarla á leer, y de instruirla en todas aquellas cosas que correspondian á su sexô y á su edad: y la niña, aunque ilustrada por la ciencia infusa que Dios habia impreso en su alma de todo quanto la pertenecia, oía con atencion y humildad las lecciones que la daba la Madre, dexando suspensos y admirados á los Angeles que la asistian, de ver en niña tan delicada y tierna prudencia tan extraordinaria. Pero ninguno admiraba y ponderaba tanto esta prudencia como la santa Matrona Ana, quien sabedora de lo que se encerraba en aquella criatura, no cesa-

ba de engrandecer al Altísimo por haberla dotado de prendas tan celestiales y divinas, acompañadas de tan profunda humildad y de prudencia tan divina.

Acercábase ya el tiempo de presentar Ana á su hija en el Templo, y la niña, que no podia olvidar jamas esta obligacion, como que tanto anhelaba á verla cumplida, comenzó á acordársela á su Madre seis meses ántes de que llegara el plazo. No la habia olvidado Ana: trayéndola siempre á los ojos, andaba asustada y sobresaltada, considerando que cada hora que corria del tiempo, le acercaba el sensibilísimo momento de separarse de su hija: pena para ella tan grave y amarga, que daria gustosa la vida por no experimentarla, pues el trato y presencia de la niña eran mucho mas apreciables que la vida. Mucho mas se sobresaltó quando oyendo de boca de la niña que ya se acercaba el tiempo de ser presentada al Señor en su santo Templo, porque aunque su voluntad y deseos no eran otros que cumplir la promesa, y siempre estaba pronta á obedecer al Señor, pero el amor na-

tural, de que no podia prescindir, le hacia muy sensible y doloroso el golpe de la separacion, y hubiera rendido á él la vida si la mano poderosa del Señor no la confortara.

Pocos dias ántes de que se cumpliesen los tres años de la edad de la niña, tuvo la santa Matrona Ana una vision del Señor que la acordaba el voto que tenia hecho, y la ordenaba lo cumpliera sin dilacion luego que cumpliese la niña los tres años. Atravesóle de nuevo el corazon á la amante Madre precepto tan executivo; pero el Señor, que conocia que este dolor natural de Ana en nada perjudicaba la prontitud de su obediencia, la confortó y consoló prometiéndole su gracia y su asistencia en aquella soledad. La misma vision tuvo el santo anciano Joachîn, á quien hizo el Señor memoria del voto que tenia hecho, mandándole lo executase prontamente luego que la niña cumpliese la edad: y habiendo conferido los santos Esposos la vision que uno y otro habian tenido, determinaron obedecer la voz del Señor, y llevar la niña al Templo en

el instante mismo en que cumpliese los tres años de su edad.

Cumplicrónse al fin estos, y habiendo dado aviso á algunos deudos del viage que emprendian á Jerusalen para presentar á la niña María en el Templo, salieron Joachîn y Ana de Nazaret acompañados de una pequeña carabana, llevando consigo la verdadera Arca del Testamento. Llevaba Ana á la niña en sus brazos, y á su lado caminaba Joachîn precedido de aquellos pocos parientes á quienes se habia dado parte del viage: pero aunque esta sagrada y admirable procesion no iba con aparato alguno, ni pompa exterior ó mundana, pero iba con un numeroso acompañamiento de Espíritus celestiales, que á mas de los que ordinariamente guardaban á la niña, habian baxado á celebrar esta fiesta con cánticos de alabanza al Altísimo.

Llegaron al Templo, y tomando Ana de la mano á la niña, la introduxo en él, haciendo una breve oracion á la suprema Magestad: lo mismo hizo el santo Esposo Joachîn, y lo mismo la niña; pero esta sola mereció oir una

voz que salia de entre un maravilloso resplandor con que el Templo todo fue iluminado, y percibió se le decia: Ven, Esposa mia, electa mia: ven al Templo, donde quiero que me alabes y glorifiques. Despues de un breve rato en que hicieron los tres su oracion, se levantaron del suelo, y acercándose al Sacerdote le entregaron á la niña, y le pidieron le echase su bendicion y la recibiese para ponerla entre las demas Doncellas que se criaban en aquel Colegio contiguo al Templo. El Sacerdote la echó su bendicion, y tomándola de la mano la introduxo á la pieza destinada para este efecto. Pero como la subida á este Colegio tenia quince gradas ó escalones, ántes de subirlos pidió licencia al Sacerdote para despedirse de sus Padres y tomarles la bendicion: el Sacerdote se la concedió, y hincando la niña las rodillas en la primera grada, se despidió tierna y amorosamente de sus Padres, les besó la mano y les pidió la encomendasen al Señor. Qual fuese la pena que sintió el corazon de la tiernísima Madre al oir la despedida de su hija, mas fácil es de comprehender que de

explicarla. Ella no obstante la echó su bendicion, la dió su mano para que la besase, y lo mismo hizo Joachîn, admirados ambos Esposos, igualmente que todos los asistentes, de la peregrina entereza con que se manejaba la niña, sin derramar lágrimas ni manifestar sentimiento alguno, ántes subiendo con grande gozo y con alegre devocion todas las quince gradas por su pie sin necesitar de arrimo. Luego que subió la recibieron los demas Sacerdotes que acompañaban al Sumo Sacerdote Simeon, y la llevaron á las piezas interiores del Colegio y la entregaron á las Maestras, entre las quales estaba la Matrona Ana profetiza honrada del Señor por su virtud rara, y distinguida con la dicha de ser ella la destinada para Maestra de la Reyna del Cielo y de la Madre de la Sabiduria.

Los santos Padres Joachîn y Ana se regresaron á Nazaret tristes, apesarados y llorosos sin el precioso tesoro que habian dexado depositado en el Templo, y entrando en su casa se les dobló la pena con la falta de aquella prenda, que habiéndoles costado tan-

tas lágrimas para lograr su posesion, no se habian regalado con ella sino el corto espacio de tres años, regulados en el fiel de su cariño por tres instantes solos. Era mucho mas grande en Ana el sentimiento, así porque solo ella conocia el mérito de la niña, valuándolo por la dignidad inefable de Madre del Mesias, como porque la íntima y freqüente comunicacion que ella sobre todos los demas habia logrado con la niña, la habia engendrado mayor cariño, y por consiguiente su ausencia la acarreaba mayor desconsuelo. Ni hubiera sido posible resistir á golpe tan duro y rigoroso si confortada de la divina Omnipotencia, y revestida de una humilde resignacion en la voluntad divina no hubiera ensanchado su corazon.

CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.

Muerte del Santísimo Patriarca Joachîn, á la que despues de algunos años sigue la de Señora Santa Ana.

LA ausencia de la niña María habia privado á Ana de la apreciable satisfac-

cion de regalarse con su vista y su presencia, pero no la privaba de su comunicacion y trato, porque el Altísimo por modo maravilloso dispuso darle á Ana en premio de su resignacion y conformidad con la divina voluntad el consuelo de que necesitaba su horfandad. No se descuidaba el maternal amor de esta Matrona santa de informarse de la situacion de la niña en el Colegio: sin excederse á ridículas é impertinentes averiguaciones de su salud, de su gusto y de las demas incidencias que podian ocurrir en su nuevo método de vida, tenia cuidado de enviar con freqüencia prudente y moderada alguna criada, para que tomando esta razon de la Maestra sobre los sucesos de la niña María, la comunicase á Ana, y la diese entera é individual noticia de ello, y la dexase quieta y consolada. Pero á mas de esta comunicacion por el medio regular y ordinario de las sirvientes, quiso el Señor favorecerla inspirando á la niña María encomendase á sus Angeles de guarda la diligencia de visitar á su Madre, darle aviso de lo que pasaba, y consolarla en su soledad y desampa-

ro. Efectivamente, la Reyna de los Angeles, en cuyo magnánimo pecho se hacian lugar sin confundirse todas las virtudes, no olvidando la piedad y atencion de que era deudora á sus Padres, rogó á doce Angeles de los que tenia de guarda fuesen á visitarlos y á consolarlos en la afliccion que era natural tuviesen por su ausencia: que para esto pidiesen licencia al Altísimo, de cuyo beneplácito no dudaba, como que en esta súplica no habia otra cosa que cumplir con la ley del agradecimiento que su Magestad misma habia estampado en los corazones de los hijos. Los Santos Angeles, que nada deseaban mas que exercitarse en la obediencia y sumision á su Reyna y Señora, tomaron esta comision con tanto empeño, que no pasaba instante ni momento en que no acudiesen á la casa de Joachîn y Ana á consolarlos y asistirlos, y á ofrecerse para quanto fuese conducente al servicio de Dios y de la niña María.

Como quien mas necesitaba de estos consuelos era Ana, ella era la que mas desfrutaba con mas freqüencia estos favores. Habia

traspasado el corazon de Joachîn esta pena de la ausencia de la niña; pero era incomparablemente mayor la de Ana, porque á los títulos de muger piadosa y de Madre amante se añadia el del conocimiento, á solo ella reservado, de la alta dignidad de la hija que miraba ausente, y no podia su resignacion y conformidad con la voluntad divina, por mas grande y sincera que fuese, vencer los movimientos naturales que era fuerza produxesen estos títulos. Sin embargo, la pena de la ausencia ya que no se desterrase enteramente de su corazon, á lo ménos se suavizaba con estas visitas de los Santos Angeles: y ya que le faltaba la satisfaccion de ver á su hija, tenia la de verla servida y respetada de ellos.

Así entretenia Ana su soledad y afliccion, quando quiso el Señor exercitar su paciencia con otro golpe no ménos doloroso para su corazon que el que estaba padeciendo; porque habiendo pasado seis meses de haber presentado á la niña en el Templo y enclaustrádola en el Colegio, comenzó á conocer en su Esposo Joachîn accidentes que lo dispo-

nian y acercaban á la muerte: no desmayó por esto en su resignacion, ántes resuelta á recibir el golpe, se armaba con nuevos actos y sentimientos de humildad, de paciencia y resignacion en la voluntad divina, pronosticando desde luego el efecto funesto de aquellas novedades.

Habia ya el Señor avisado á la santísima niña María la cercania de la muerte de su Padre Joachîn, y la habia asegurado de su especial proteccion y asistencia en aquella hora: y quando ya faltaban ocho dias, le dió nuevo aviso declarándola que solo este tiempo le restaba á su Padre de vida. Afligióse como era natural la amantísima hija; pero sin perder por esto la serenidad de su magnánimo corazon, pidió al Señor le mirase con misericordia en aquella hora, y libertándolo de las astucias de Lucifer, le pusiese en el número de sus escogidos, y lo llevase á acompañar á sus Santos Padres y Patriarcas Abrahan, Isac y Jacob. Despues pidió á doce de los Angeles que tenia de guarda asistiesen á su amado Padre en aquella última enfermedad, lo confor-

tasen y consolasen, y no permitiesen que el Dragon infernal se acercase á su cabecera. Los Santos Angeles cumplieron puntualmente el precepto de su Reyna, y llegada la última hora de la vida del Santo Anciano, quiso la santísima hija reforzar la compañía, y pidió á todos sus Santos Angeles fuesen á la cama de Joachîn, y al mismo tiempo suplicó al Señor se le manifestasen de manera, que alentado con su vista, entrase á la última batalla que habia de tener en el campo de esta vida; y en virtud de este deseo de la niña santísima, logró el venerable Anciano Joachîn que los mil Angeles que la guardaban se le pusiesen al rededor de la cama en forma visible, y lo esforzasen con santas y dulces inspiraciones, y le diesen el mayor consuelo que podia apetecer, y le participasen la noticia que hasta aquella hora se le habia ocultado de ser su hija la elegida para Madre de Dios. Varon de Dios, le dixeron los Angeles, el Altísimo sea contigo: María tu hija nos manda te asistamos en esta hora en que vas á pagar la deuda de toda carne: ella está intercediendo por tí delante del

Señor, y con tan poderosa intercesion es justo salgas alegre y consolado de este mundo; y aunque el Señor por sus altos juicios ha querido ocultarte el sacramento de ser tu hija la elegida para Madre del Mesias prometido; pero ahora, para que el dolor y tristeza natural de la muerte se tiemple y endulce con esta nueva, quiere su Magestad que te la comuniquemos: María, tu hija y nuestra Reyna, es la escogida entre todas las mugeres por el brazo omnipotente del Altísimo para darle en sus entrañas purísimas forma y carne humana al Verbo eterno.

Ana, que estaba á la cabecera de la cama quando los Angeles manifestaron á Joachîn el misterio de su hija, oyó y entendió por disposicion divina quanto los Angeles hablaban á su Esposo, y con esto se consoló y quedó libre de la pena que le causaba ver partir á Joachîn de este mundo sin el consuelo de saber que habia llegado el tiempo de la redencion de Israel, y que el deseado de las gentes estaba tan cerca, que aquella niña que dexaba en el Templo consagrada á Dios era l-

que le habia de concebir en su vientre, y la que habia de dar al mundo su Redentor. Esforzada pues Ana y consolada con este conocimiento, se resignó á sufrir el golpe que veía le estaba amenazando por instantes de la muerte de su Esposo, y aunque el dolor natural era fuerza le penetrase el corazon, pero la consideracion de que la muerte para un hombre justo y virtuoso, qual era Joachîn, solo era un pasadizo para la vida eterna, se procuraba moderar en sus sentimientos, atendiendo entretanto al cuidado y asistencia del enfermo con toda aquella eficacia y prontitud que era debida, así á la gravedad del achaque y á la situacion del moribundo, como al amor y cariño de Esposo. Pero toda esta asistencia y cuidado de Ana no podia embarazar la sentencia promulgada contra todos los vivientes de sujetarse á la muerte: y entrando Joachîn en la vereda comun á toda carne, comenzó á agonizar con una maravillosa lucha de afectos entre el júbilo de la nueva que se le acababa de noticiar, y el dolor natural de la muerte. Venciendo no obstante el conocimiento del

alto misterio de la redencion del linage humano, cedieron los sentimientos de la naturaleza, y todo él se ocupó en actos heroicos de amor á Dios, de fe, de agradecimiento, de humildad y de otras muchas virtudes, hallándolo en el exercicio de ellas la muerte, que sucedió á los sesenta y nueve años y medio de su edad. En el mismo instante fué llevada su alma por ministerio de Angeles al Seno de los Santos Padres y Justos, á quienes sirvió de gran consuelo y gozo su llegada; porque movido el Altísimo de su propia bondad y misericordia, determinó que la alma del felicísimo Anciano Joachîn fuese el Paraninfo y Legado del Señor que llevase á aquella santa Congregacion de Justos la feliz nueva de haber amanecido el dia de la Gracia, y estar sobre el emisferio de la tierra la Aurora celestial María hija de Joachîn y Ana, en cuyo seno habia de tomar cuerpo de hombre el verdadero Sol de Justicia Jesuchristo Redentor del humano linage. Llenáronse los Santos Padres y Justos de una extraordinaria alegria con esta nueva, y aquel obscuro calabozo se transformó ins-

tantaneamente en Palacio de luz, resonando por todos sus ángulos cánticos de alabanza y de reconocimiento al Todo-Poderoso.

El primer cuidado de Ana luego que espiró Joachîn fué dar providencia de que se le llevase á la niña María la noticia; pero arreglada á los estilos de la atencion política, no quiso que se le diese sino por medio de la Señora su Maestra, para que esta la pasase á la niña con la prudencia y suavidad posible, y procurase consolarla y templar el dolor natural que debia causarle con razones y consideraciones oportunas. La divina niña María, no obstante de ser ya sabedora de la muerte de su Padre, porque los Angeles de su guarda, á quienes ella habia mandado le asistiesen en sus últimas agonias, volvieron á darle noticia de la muerte luego que se verificó, escuchó á su Maestra con prudente disimulo, y permitiendo á la naturaleza aquellas demostraciones que podian significar su pena, sin quexa del juicio ni de la cordura, se fué prontamente al Templo á ofrecer al Señor el sacrificio de su conformidad y resignacion en la divina voluntad,

de su paciencia, de su humildad y de sus oraciones, suplicando al Señor se dignase consolar á su Madre Ana en aquella triste situacion, dirigirla, gobernarla y asistirla como Padre en la soledad en que la dexaba la muerte de su Esposo Joachîn.

Produxeron estas oraciones de María el efecto que deseaba, porque movido el Señor de los fervorosos clamores de la hija, extendió el brazo de su misericordia y derramó sobre el corazon de Ana dulces sentimientos de conformidad, de humildad, de paciencia y de firmísima esperanza de la salud eterna de su Esposo. Esforzada con estos piadosos sentimientos y consideraciones, y desembarazada de aquellos primeros cumplimientos y visitas que prescribe el ritual de la política en semejantes casos, se dedicó Ana á reformar la familia y reducirla á ménos número de sirvientes, considerando que si hasta allí habia permitido la nobleza de su sangre y el explendor de su casa servirse de un número considerable de criados y dependientes, pero que ya debia ajustarse á la moderacion que pedia

la calidad de Viuda, contentándose con las muy precisas, sin faltar á la decencia, pero inclinada siempre á la pobreza y humildad. Las ventajas que se prometia Ana con esta determinacion eran, lo primero, hacer mas fácil el gobierno de la familia, y poder atender al cumplimiento de las obligaciones de los criados con mas puntualidad y eficacia teniéndolas todas á la vista: y lo segundo, cercenar los gastos de la casa para aumentar el sobrante á beneficio de los pobres mendigos, á quienes consideraba acreedores de quanto no necesitaba para su precisa indispensable subsistencia. Con el mismo designio de aumentar este sobrante procedia en todos los demas gastos forzosos del vestido y del alimento; porque ceñida á los términos de la necesidad, procuraba economizarlos sin faltar á la justicia y equidad para con los domésticos, ni al decoro de su persona. En quanto á los exercicios piadosos que prescribe la Religion, se manejaba entónces con mas razon y constancia, como que descargada en mucha parte de las atenciones de Madre de familia, tenia mas libertad y pro-

porcion para el retiro. En conseqüencia de esto no era la vida de Ana sino una série continuada de acciones virtuosas y santas, desfrutando desde el retiro de su casa gages de Bienaventurada, cuya única ocupacion era la contemplacion de la Divinidad y su ardiente amor.

Así pasaba Ana los dias de su vida, quando determinando el Señor dar el premio á sus virtudes y poner fin á su destierro, le envió la última enfermedad. Habian corrido ya ocho años y meses despues de la muerte de Joachîn, y la santísima niña María habia cumplido doce años de su edad, quando los Angeles de su guarda, sin manifestársele en forma visible, la hablaron y dixeron: que era ya llegado el último término de la vida de su Madre Ana, y que la Magestad del Altísimo determinaba desatarla de las prisiones de la carne para poner fin á sus trabajos. No dexó de enternecer esta noticia el corazon piadosísimo y amantísimo de la niña; pero humillándose en la presencia de su Dios, y conformándose con su santísima voluntad, alabó sus jus-

tas determinaciones, y haciendo una fervorosa y larga oracion por la feliz y dichosa muerte de su Madre, dixo: Rey inmortal, Señor del universo, aunque soy polvo y ceniza, y confieso tener desobligada á vuestra grandeza, no por eso dexaré de hablar á mi Señor y derramar mi corazon en su presencia, esperando que no despreciareis los clamores de quien siempre ha confesado vuestro santo nombre: enviad, Señor, en paz á vuestra Sierva y Madre mia, y haced que triunfante y victoriosa de sus enemigos, salga al puerto seguro de vuestros escogidos: asístala y fortalézcala en el término de su carrera aquella misma diestra poderosa que hizo perfectos sus pasos, y descanse en la amistad y gracia vuestra la que en toda su vida no procuró otra cosa que hacer vuestra voluntad, y hacerse digna de vuestro beneplácito.

La respuesta que dió el Señor á esta peticion de la niña María fué hacerle un favor extraordinario, y el mas apreciable para Ana en aquella coyuntura: mandó á los Angeles de guarda de María la llevasen á la recámara

de Ana para que personalmente la asistiese, y la diese el consuelo de partir de esta vida, y despedir los últimos alientos de ella en los brazos de su hija. Executáronlo prontamente los Santos Angeles, quedándose entretanto uno de ellos en el Templo substituyendo la persona de María con cuerpo aëreo que tomó. Entró la soberana Princesa del Empireo á la recámara de Ana, y saludándola afable y cariñosamente, besó su mano y la dixo: Madre y Señora mia, el Altísimo sea bendito, que no quiso que yo quedase sin el beneficio de vuestra bendicion: hacedme el favor de dármela, y tambien vuestra mano para que mis labios impriman en ella el último testimonio de mi reverencia y respeto. No quiso la prudentísima enferma negarle esta humilde satisfaccion de su piedad á la santísima niña; pues aunque veneraba en ella la altísima dignidad de Madre de Dios, el órden que tenia era de manejarse en lo exterior con la superioridad de Madre: en conseqüencia de lo qual se procuró incorporar en la cama para darle su bendicion envuelta entre lágrimas de ternura y amor, y

acompañadas de afectuosas expresiones de agradecimiento hácia Dios por haberle hecho beneficio tan apreciable, y hácia la niña María por el amor con que la habia ido á visitar en ocasion que tanto deseaba su vista.

Luego que dieron lugar los sollozos y suspiros con que la santa Madre Ana desahogaba su corazon, desplegó sus labios la Madre de la Sabiduria divina, y derramando consuelos y dulzuras dixo á su venerable Madre: Señora y querida de mi alma, por la puerta de la muerte es preciso que pasemos á la vida eterna que esperamos: amargo es el paso, pero es fructuoso, porque lo admitimos por ser así el beneplácito divino: recibid pues la muerte para pagar la deuda comun; pero recibidla con alegria, pues por ella partís á hacer compañía á los Santos Patriarcas, Profetas y Amigos de Dios, que esperan la redencion que nos ha de enviar el Altísimo por medio de su Unigénito.

Oyó la moribunda estas sapientísimas razones de la niña con toda aquella atencion y reverencia que correspondia al conocimiento con que estaba de que quien las pronunciaba

era la misma Madre del Unigénito del Padre y del Redentor del mundo, y para corresponder con recíproco afecto sus piadosas exhortaciones la dixo: María, hija mia querida, pedid á Dios vea la necesidad que tengo de su proteccion en esta hora: advertid lo que debeis á quien os concibió y os traxo nueve meses en su vientre, y os alimentó á sus pechos y siempre os traxo en el corazon: pedid á Dios extienda el brazo de sus misericordias sobre esta inútil criatura suya, á quien dió el sér, no con otro designio que el de que le glorificase, sirviese, amase y gozase. Yo os suplico, hija mia, no me desampareis hasta no haber cerrado mis ojos. Vos quedais huerfana en el mundo, pero el Altísimo toma por su cuenta vuestro amparo: caminad por las sendas de las justificaciones del Señor, y pedidle os dirija, os gobierne y sea vuestra guía en todos vuestros pasos. Lo que principalmente os pido es, que no salgais del Templo hasta haber tomado estado; pero para tomarlo pedireis á Dios continuamente os alumbre y aconseje para el acierto, y á los Sacer-

dotes pedireis os ayuden á implorar las luces del Señor para lo que debeis hacer: y quando al fin os resolvais á tomar estado, cuidad que vuestro Esposo sea de la Tribu de Judá, del linage de David. Del patrimonio que os queda por la muerte de vuestro Padre y mia partireis con los Pobres, siguiendo el exemplo que os hemos dado, y cuyo efecto habeis visto en las ventajosas medras con que Dios ha querido multiplicar nuestra hacienda. Sobre todo os encargo no dexeis de pedir al Todo-Poderoso abrevie los instantes felicísimos de la redencion del humano linage. Yo os doy mi bendicion, y pido al Señor os dé la suya santísima y os guarde y defienda de todo mal.

Estos eran los piadosísimos oficios con que Hija y Madre llenaban sus obligaciones en la última despedida, alentando la Hija á la Madre para pagar con resignacion la deuda de la mortalidad, y dando la Madre á la Hija el último testimonio de la piedad y virtud con que la habia educado.

Entre esta mezcla de afectos gozosos y dolorosos iba ya acercándose el plazo de la

vida de Ana, y la hija santísima, que hasta allí habia estado sentada á la cabecera de la cama, conociendo ya las agonias de la muerte, la tomó con indecible ternura en sus brazos, y levantando el corazon á Dios le pidió con el mayor fervor de su espíritu asistiese á su Madre en aquel trance, y la confortase para dar en paz el último paso de su vida. La feliz moribunda, reclinada en el trono de la gracia, y acostada en el lecho verdadero del divino Salomon, entregó su alma al Criador. El dolor que atravesó el corazon de la santísima hija la muerte de Ana, fué igual al amor con que la habia estimado: la naturaleza hizo allí su oficio, y mancomunado el afecto natural de hija con el conocimiento de las prendas singulares que resplandecian en la santísima Matrona, hacian que el dolor de su pérdida llegase hasta lo sumo. Pero no por esto dexó de alabar al Señor por las misericordias que habia usado con su Madre, y de ofrecer el sacrificio de su pena en las aras de su resignacion y conformidad con la voluntad divina.

Luego que desahogó la niña María los primeros movimientos de su corazon en templadas lágrimas y sollozos, se dedicó á cumplir el encargo que la habia hecho su Madre de que la cerrase los ojos y compusiese su cadáver ántes de restituirse al Templo: hízolo así, y dexando el cuidado de los demas oficios funerales á los domésticos de Ana, se restituyó por el mismo ministerio de los Angeles al Templo.

Luego que espiró Ana fué llevada su alma al Seno de los Santos Padres, quienes sabedores ya por la noticia que de órden del Señor les habia dado su santo Esposo Joachîn de ser ellos los Padres de la Madre del Mesias, se regocijaron de nuevo y entonaron cánticos de alabanza al Todo-Poderoso por las disposiciones favorables en que veian estaba su divina providencia de acelerar los plazos de la redencion del mundo. Su cadáver fué depositado en el sepulcro en que habia sido enterrado su Esposo y sus Abuelos, sito en Nazareth.

Murió á los cincuenta y seis años de su

edad, de los quales solo los tres que tuvo en su compañía á su santísima hija María se puede decir que fueron de gozo y placer, porque los demas fueron de amargura y dolor: Sábia y justísima disposicion del Señor, que no dexa á sus escogidos que alucinados con las satisfacciones y placeres engañosos de este mundo pierdan el tiempo de esta vida, destinado para merecer con las mortificaciones y trabajos pasageros, inmenso peso y grados indecibles de bienaventuranza en la Gloria. En conseqüencia de lo qual Ana murió llena de méritos, porque siempre vivió mortificada. En la hermosura y gentileza de su cuerpo fué muy parecida, aunque no igual, á su santísima hija, porque la estatura era un poco menor que la de María: el rostro mas inclinado á redondo que á aguileño: el color blanco, y mezclado el de las mexillas con algo de rosado. El entendimiento claro, despejado y vivo, aunque lo moderaba mucho con lo pacífico y sosegado del genio: el semblante lo mantuvo siempre igual y tranquilo, sin que hubiese habido accidente alguno próspero ó adverso que

lo turbase ni descompusiese. Finalmente, cuerpo y alma de esta felicísima Matrona fueron perfectos, hermosos y agraciados, como correspondia á la alta dignidad de Madre de la Madre de Dios: es decir, á la que despues de su nieto divinísimo y de su santísima hija era la criatura mas acreedora á la veneracion de los hombres, á la admiracion de los Angeles y á la complacencia de la Beatísima Trinidad: la qual era justo se empeñase en honrarla, y llenar de gracias y favores á la que habia dado al Padre Eterno Hija tiernísima, al Hijo Madre amantísima, y al Espíritu Santo Esposa fidelísima.



PARABIEN

Á LA SANTÍSIMA SEÑORA AMA NUESTRA

SEÑORA SANTA ANA.

EXERCICIO PIADOSO

Para dar los plácemes á Señora Santa Ana los tres dias seguidos á la Concepcion purísima de Maria Santísima.

Hecha la señal de la cruz y dicho el Acto de Contricion, se dice la siguiente

ORACION.

SEA parabien, Ama mia y mi Señora gloriosísima Señora Santa Ana, sea parabien que haya querido visitarte el Señor, y que despues de la noche larga y triste de tu esterilidad, te haya amanecido el dia alegre y festivo de tu fecundidad dichosa. Con el fruto bendito que ha aparecido este dia en tu vientre has reemplazado con ventajas indecibles los muchos años que has llorado el opro-

brio de estéril. ¡Dichosa paciencia! ¡Dichosa resignacion y conformidad con la voluntad santísima de Dios, que te ha grangeado un consuelo tan grande, que te ha merecido un premio tan sobre todas tus esperanzas y deseos! Yo te doy, Ama y Señora mia, yo te doy mil plácemes, te repito los parabienes de tu dicha: déntelos tambien los Angeles todos y los hombres, porque esa hermosísima criatura que se concibe hoy en tu vientre, se concibe pura, limpia y sin la mancha del pecado original: recibe tambien los plácemes de toda la Augustísima Trinidad, porque en esa hermosísima niña que hoy concibes en tu vientre, le das al Padre Eterno Hija tierna y agraciada: le das al Hijo Madre amante y cuidadosa: le das al Espíritu Santo Esposa purísima y fidelísima. En esa hermosísima niña que hoy se concibe pura y limpia del pecado original, les amanece á los hombres la Aurora alegre que les trae el dia feliz de gracia; se les aparece el Iris que ha de hacer la paz entre Dios y los hombres; se les prepara la Abogada que ha de hablar por ellos en el Tribunal del Todo-

Poderoso. En esa niña tierna que se hospeda hoy en tu seno, les das á los Angeles Santos del Empireo Reyna á quien obedezcan, á quien sirvan y á quien rindan los omenajes de su culto y de su amor. En esa niña das honra á la naturaleza humana, felicidad á la tierra, gloria al Cielo y gozo al mismo Dios: gózate enhorabuena con tan grande felicidad; y pues nada puedes ya apetecer ni desear para tí, emplea el poder y la autoridad que te da el título de Madre de la Reyna del Cielo y de la tierra, en abogar por mí, en alcanzarme de la Augustísima Trinidad que poniendo la vista en la inocencia celestial de su Hija, de su Madre y de su Esposa, se mueva á piedad de mí, y me conceda una contricion tan grande, que limpio de las asquerosas manchas de mis culpas, me haga digno de su gracia y de su benevolencia. Amén.

Concluida esta Oracion se rezan tres Ave Marias á honra y gloria de la Beatísima Trinidad, y en accion de gracias por haber criado á MARIA Santísima limpia y libre del pecado

original: Devocion á que tiene prometida M*ARIA* *Santísima su asistencia á la hora de la muerte, y singularísimos beneficios y favores en vida, saludándola de esta suerte.*

Dios te salve MARIA Santísima Hija de Dios Padre. Dios te salve María, &c.

Dios te salve MARIA Santísima Madre de Dios Hijo. Dios te salve María, &c.

Dios te salve MARIA Santísima Esposa de Dios Espíritu Santo. Dios te salve María, &c.

ORACION

PARA EL PRIMERO DIA.

O Gloriosísima Señora y Ama mia Señora Santa Ana, que en premio de la invicta paciencia con que llevaste la pena de tu esterilidad, te concedió el Señor el gozo de concebir en tu vientre á la purísima niña María, elegida del Padre Eterno para Hija suya amabilísima: Yo te suplico me alcances de esta tu santísima Hija, se haga mi intercesora con su Padre celestial, á fin de que su Mages-

tad Santísima me conceda luz para conocer que los trabajos de esta vida son ordenados por su divina providencia para beneficio de nuestras almas: alcánzame conformidad con la voluntad divina, para que de suerte padezca yo los trabajos que Dios me enviare, que me haga digno del premio de la gloria. Amén.

JACULATORIA.

Sea parabien que gozosa
hayas, Ana, concebido
una niña muy hermosa,
á quien Dios Padre ha elegido
para Hija tierna amorosa.

ORACION
PARA EL SEGUNDO DIA.

O Ama mia santísima Señora Santa Ana, que en premio de la profundísima humildad con que sufriste los baldones y oprobrios de esteril, te concedió el Señor la inestimable honra de concebir en tu vientre á la

purísima criatura María destinada para Madre del Verbo Eterno: Yo te suplico seas mi intercesora con tu Santísima Hija, para que humillándome como debo á vista de mis maldades, aleje de mí el espíritu de la altivez y soberbia, y me haga digno por la humildad, de que la bondad divina ponga en mí los ojos de su misericordia, y me dé la gracia que necesito para lograr el fruto de la sangre que derramó por mí en la Cruz. Amén.

JACULATORIA.

Sea parabien que el destino
que Dios á tu vientre ha dado,
sea ese fruto peregrino
de la niña que ha nombrado
por Madre el Verbo divino.

ORACION
PARA EL TERCERO DIA.

O Señora y Ama mia queridísima Señora Santa Ana, que en premio de aquel

fervoroso zelo con que pedias á Dios la redencion del linage humano, te concedió el Altísimo la gloria de concebir en tu vientre á la niña purísima María, destinada para Esposa del Espíritu Santo: Yo te ruego con todas las veras de mi corazon, interpongas tu autoridad con esa excelentísima Señora, hija tuya, á fin de que me alcance de su divino Esposo un zelo verdadero y legítimo de la honra y gloria de Dios, que comenzando por mí, nada admita, nada haga que sea ofensa de su infinita Magestad. Amén.

JACULATORIA.

Sea parabien que tu llanto
enjugue la niña hermosa,
que hoy te libra del quebranto
de esteril, y sube á Esposa
de Dios Espíritu Santo.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE QUADERNO.

FIN.

FIN.

lum nostrum. ℟. Amen.

℣. Divînum auxílium máneat semper nobíscum. ℟. Amen.

Deinde dicitur secretò, Pater noster, Ave María, Credo.

Sic dicitur Completorium per Annum.

Si post Completorium immediatè sequatur Matutinum, tunc bis dicatur, Pater noster. Ave María, & Credo, quia Completorium, quod est finis Officij, sic terminari debet; & ante Matutinum iterum repetitur pro principio Officij sequentis diei.

Antiphona prædicta dicitur etiam in fine Laudum, quando discedendum Ho... per, quando terminata aliqua Hora, discedendum est à Choro; & tunc post ℣. Fidélium ánimæ & Pater noster, secretò dicitur ℣. Dóminus det nobis suam pacem. ℟. Et vitam ætérnam, Amen.

Deinde prædicta Antiphona; & in fine. Divînum auxílium máneat semper nobíscum. ℟. Amen.

Extra Chorum autem dicitur in fine Laudum, si tunc terminandum sit Officium, alioquin in fine ultimæ Horæ. Post aliis verò Horas, quando terminatur Officium, dicitur tantùm Pater noster. secretò.





